

Si las resistía, estaba machacándose la cabeza inútilmente contra el propósito ineludible de Dios.

Pablo tiene la misma idea. Dice que todas las cosas colaboran para el bien, pero sólo *de los que aman a Dios*. Si una persona ama y confía y acepta a Dios, si está convencida de que Dios es el Padre infinitamente sabio y amoroso, entonces puede aceptar todo lo que le manda Dios. Uno puede ir al médico, que le prescribe un tratamiento que al principio es desagradable y hasta doloroso; pero si confía en el médico, acepta lo que le prescribe. Así nos sucede a nosotros si amamos a Dios. Pero si uno no ama a Dios ni confía en Él, se quejará de lo que le sucede y peleará contra la voluntad de Dios. Sólo al que ama a Dios y confía en Él todas las cosas ayudan para bien, porque para él vienen de un Padre que siempre obra bien y con sabiduría, amor y poder que son perfectos.

Pablo va más lejos; pasa a hablar de la experiencia espiritual de cada cristiano. La versión Reina-Valera lo expresa de una manera inolvidable: «Porque a los que antes conoció, también los predestinó para que fuesen hechos conformes a la imagen de su Hijo, para que El sea el primogénito entre muchos hermanos. Y a los que predestinó, a éstos también llamó; y a los que llamó, a éstos también justificó; y a los que justificó, a éstos también glorificó.» Este es un pasaje que desgraciadamente se ha usado mal. Si hemos de llegar a entenderlo, tenemos que reconocer el sencillo hecho de que Pablo nunca se propuso que fuera una formulación teológica o filosófica; lo que quería era que fuera una expresión casi lírica de la experiencia cristiana. Si lo tomamos como filosofía o teología y le aplicamos las leyes de la fría lógica, querrá decir que Dios escogió a unos y no a otros. Y no es eso lo que quiere decir.

Piensa en la experiencia cristiana. Cuanto más la considera un cristiano más se convence de que él no tuvo nada que ver con ello y que todo es cosa de Dios. Jesucristo vino a este mundo, vivió, fue a la Cruz, resucitó. Nosotros no hicimos nada para que todo eso sucediera; es la Obra de Dios. Nosotros oímos la historia de este amor maravilloso. No *la hicimos*;

solamente *la recibimos*. El amor despertó en nuestros corazones; vino la convicción de pecado, y con ella la experiencia del perdón y de la salvación. No lo realizamos nosotros; todo es de Dios. Eso es lo que Pablo está pensando aquí.

El *Antiguo Testamento* usa la palabra *conocer* de una manera iluminadora. «Yo te conocí en el desierto», le dijo Dios a Oseas acerca de Su pueblo Israel (*Oseas 13:5*). «A vosotros solamente he conocido de todas las familias de la Tierra», le dijo Dios a Amós (*Amós 3:2*). Cuando la Biblia dice que Dios *conoce* a un hombre, quiere decir que tiene un propósito y un plan y una tarea para él. Y cuando miramos hacia atrás y pensamos en nuestra experiencia cristiana, todo lo que podemos decir es: «Yo no lo hice; jamás hubiera podido hacerlo; Dios es el Que lo hizo todo.» Y sabemos muy bien que eso no es negar nuestra libertad. Dios conocía a Israel; pero llegó el día cuando Israel rechazó el destino que Dios le había asignado. La dirección invisible de Dios está en nuestra vida; pero en cualquier momento podemos rechazarla y seguir nuestro propio camino.

Es la profunda experiencia de todo cristiano que todo es de Dios; que él no hizo nada, y que Dios lo hizo todo. Eso es lo que Pablo quiere decir aquí: que Dios nos ha elegido para la salvación desde el principio del tiempo; que a su debido tiempo nos dirigió Su llamada; pero el orgullo del corazón humano puede estropear el plan de Dios, y la desobediencia de la voluntad del hombre puede rechazar la invitación de Dios.

EL AMOR DEL QUE NADA NOS PUEDE SEPARAR

Romanos 8:31-39

*Entonces, ¿qué podemos decir nosotros a todo esto?
Si Dios está de nuestra parte, ¿quién estará en contra
nuestra? Si Dios mismo no escatimó ni el dar a Su
propio Hijo, sino Le entregó a la muerte por todos*

nosotros, ¿cómo vamos a pensar que no nos dará generosamente con Él todas las cosas? ¿Quién se atreverá a acusar a los que Dios ha elegido, si es Dios Quien los absuelve? ¿Y quién nos va a condenar, si el Que intercede por nosotros es Jesús, el que murió y resucitó y está sentado a la diestra de Dios? ¿Quién o qué nos podrá apartar del amor de Cristo? ¿Pruebas, opresión, persecución, hambre, desnudez, peligro, espada? Porque escrito está: «Por causa de Ti nos están matando a todas horas, y nos consideran como ovejas para la matanza. » ¡Pero si en todas estas cosas somos más que vencedores por medio de Aquel que nos amó! Así es que yo estoy convencido de que no nos puede apartar del amor que Dios nos ha mostrado en nuestro Señor Jesucristo ni la muerte, ni la vida, ni los ángeles, ni los principados, ni la edad presente, ni la edad por venir, ni poderes, ni alturas, ni profundidades, de esta o de ninguna otra creación, nos podrá apartar del amor que Dios nos ha mostrado en nuestro Señor Jesucristo.

Este es uno de los pasajes más líricos del apóstol Pablo. En el versículo 32 hay una maravillosa alusión que impactaría a cualquier judío que conociera bien el *Antiguo Testamento*: < Por amor a nosotros Dios no escatimó ni el dar a su propio Hijo; no cabe duda de que esa es la garantía definitiva de que nos ama lo suficiente para suplir todas nuestras necesidades. » Las palabras que usa Pablo refiriéndose a Dios son las mismas que Dios usó acerca de Abraham, que Le demostró su lealtad a ultranza cuando estuvo dispuesto a sacrificarle a su propio hijo único Isaac cuando Dios se lo mandó. Dios le dijo: «No te has negado a darme a tu hijo, a tu único hijo» (*Génesis 22:12*). Pablo parece decir: < Considera el ejemplo más grande del mundo que ha dado un hombre de su lealtad a Dios; así es la lealtad de Dios contigo. » De la misma manera que Abraham fue tan leal a Dios que estuvo dispuesto a sacrificarle lo más precioso que tenía, Dios es tan leal a los hombres que

estuvo dispuesto a sacrificar a su propio Hijo único por ellos. Sin duda podemos confiar en una lealtad así para todo.

Es difícil decidir cómo hemos de tomar los versículos 33-35. Se pueden tomar de dos maneras, cada una de las cuales tiene un sentido excelente y contiene una preciosa verdad.

(i) Podemos tomarlos como dos afirmaciones seguidas de dos preguntas que les hacen referencia: (a) Es Dios el que declara a los hombres no culpables -esa es la afirmación-. Siendo así, ¿quién se atreverá a condenar a los hombres? Si es Dios Quien ha declarado a los hombres no culpables, entonces están a salvo de que nadie los condene. (b) Ponemos nuestra fe en Cristo, Que murió y resucitó y vive para siempre -esta es la afirmación-. Siendo así, ¿puede haber algo en este o en otro mundo que nos pueda separar de nuestro Señor Resucitado?

Si lo interpretamos así, se establecen dos grandes verdades: (a) Dios nos ha declarado no culpables; por tanto, nadie nos puede condenar. (b) Cristo ha resucitado; por tanto, no hay nada que nos pueda separar de Él.

(ii) Pero hay otra manera de interpretarlo. Dios nos ha declarado no culpables. Entonces, ¿quién nos puede condenar? Y la respuesta es que Jesucristo es el Juez de toda la humanidad, el único que tiene derecho a condenar -pero, lejos de condenar, está a la diestra de Dios intercediendo por nosotros; así que estamos a salvo.

Puede que Pablo esté diciendo algo muy maravilloso en el versículo 34. Está diciendo cuatro cosas acerca de Jesús: (a) Que murió. (b) Que resucitó. (c) Que está a la diestra de Dios. (d) Que allí intercede por nosotros. Ahora bien: el primer credo de la Iglesia Cristiana, que sigue siendo la quintaesencia de todos los credos, dice: «Fue crucificado, muerto y sepultado; al tercer día resucitó de la muerte, y está sentado a la diestra de Dios; *de allí vendrá a juzgar a los vivos y los muertos.* » Tres afirmaciones de la declaración de fe de Pablo coinciden con las del credo de la Iglesia Primitiva: que Jesús murió, que resucitó y que está sentado a la diestra de Dios. *Pero la cuarta*

es diferente. En el credo es que Jesús vendrá *como Juez de vivos y muertos.* En Pablo, que Jesús está a la diestra de Dios *defendiéndonos como nuestro Abogado.* Es como si Pablo dijera: «Creéis que Jesús es el Juez que está ahí para condenaros; y bien pudiera, porque tiene derecho. Pero os equivocáis. No está ahí como Fiscal, sino como Abogado encargado de nuestra defensa.»

Yo creo que la segunda forma es la correcta. En un tremendo salto de pensamiento, Pablo contempla a Cristo, no como Juez, sino como Amador de las almas de los hombres.

Con fervor de poeta y en raptó de amante, Pablo prosigue cantando que nada .nos puede separar del amor de Dios que se nos ha manifestado nuestro Señor Resucitado.

(i) Ni la aflicción, ni las penalidades de la vida, ni el peligro nos pueden separar (versículo 35). Los desastres del mundo no separan de Cristo al que es Suyo, sino le acercan más a Él.

(ii) En los versículos 38 y 39 Pablo hace una lista de cosas terribles.

(a) *Ni la vida ni la muerte* nos pueden separar de Cristo. En la vida, vivimos con Cristo; en la muerte, morimos con Él; y como morimos con Él, también resucitamos con Él. La muerte, lejos de ser una separación, es solamente un paso hacia una más íntima unión; no es el final, sino « la puerta en el Cielo» que nos da acceso a la presencia de Jesucristo.

(b) *Los poderes angélicos* no nos pueden separar de Él. En aquel tiempo, los judíos habían desarrollado mucho la creencia en los ángeles. Todo tenía su ángel: había ángeles de los vientos, de las nubes, de la nieve, del granizo y de la escarcha, del trueno y del rayo, del frío y del calor, y de las estaciones. Los rabinos decían que no había nada en el mundo, ni siquiera una brizna de hierba, que no tuviera su ángel. Según los rabinos había tres rangos de ángeles: el primero incluía tronos, querubines y serafines; el segundo, poderes, señoríos y fuerzas, y el tercero, ángeles, arcángeles y principados. Pablo se refiere a estos ángeles en más de una ocasión (*Efesios 1:21; 3:10; 6:12; Colosenses 2:10, 15; 1 Corintios 15:24*). Ahora bien: los rabinos

-y recordemos que Pablo había sido uno de ellos-creían que los ángeles eran poco amigos de los humanos. Creían que se habían enfadado cuando Dios creó a los hombres; se habían puesto celosos, porque no querían compartir a Dios con otra especie. Los rabinos tenían la leyenda de que, cuando Dios se apareció en el monte Sinaí para darle la Ley a Moisés, estaba rodeado de sus ejércitos de ángeles, que no estaban de acuerdo con que se diera la Ley a Israel y asaltaron a Moisés cuando subía a la montaña y le hubieran impedido llegar arriba si Dios mismo no hubiera intervenido. Así es que Pablo, haciéndose eco de las ideas de su tiempo, dice que « ni siquiera los mezquinos y celosos ángeles nos pueden separar del amor de Dios, por mucho que lo intenten.»

(c) No hay época de la Historia que nos pueda separar de Cristo. Pablo habla de *cosas presentes y cosas por venir.* Sabemos que los judíos dividían el tiempo en *esta era presente y la era por venir.* Pablo está diciendo: « En este mundo presente no hay nada que nos pueda separar de Dios en Cristo; llegará el día cuando este mundo será sacudido y amanecerá la nueva era. Pero no importa; porque entonces tampoco, cuando se acabe este mundo y se haga realidad el nuevo, el lazo de unión con Cristo permanecerá.»

(d) *Ninguna influencia maligna* (poderes) nos separará de Cristo. Pablo menciona específicamente *altura y profundidad.* Son términos de astrología. El mundo antiguo estaba obsesionado con la idea de la tiranía de las estrellas. Creían que todas las personas nacemos bajo una cierta estrella que decide nuestro destino. Todavía hay algunos que creen en la influencia de las estrellas; pero en el mundo antiguo era una creencia más general y obsesiva. *La altura (hypsóma)* era cuando una estrella estaba en su cenit, y se suponía que su influencia era máxima; *profundidad (hathos)* era cuando estaba en su nadir, dispuesta a empezar a ascender y ejercer su influencia en alguna persona. Pablo dice a los que estaban -y a los que están- obsesionados con estas cosas: «Las estrellas no te pueden hacer ningún daño. En su subir y bajar son impotentes para separarte del amor de Dios.»

(e) *Ni ningún otro mundo* nos podrá separar de Dios. La palabra que usa Pablo para *otro* es *héteros*, que significa realmente *diferente*. Está diciendo: «Supongamos que, inexplicablemente, como por arte de magia, os encontrarais en otro mundo totalmente diferente de éste. Estaríais a salvo: seguiría envolviéndoos el amor de Dios.»

Aquí tenemos una visión que despeja toda soledad y todo temor. Pablo está diciendo: «Podéis pensar en cualquier cosa aterradora que pueda producir este mundo o cualquier otro mundo diferente: ninguna de ellas conseguirá separar al cristiano del amor de Dios que se encuentra en Jesucristo. Que es Señor de todo terror y de todo mundo.» En Él se hace realidad la seguridad que anunciaba proféticamente el salmo 27:

El Señor es mi luz y mi salvación. ¿De quién temeré? El Señor es la fortaleza de mi vida. ¿De quién he de atemorizarme?

EL PROBLEMA DE LOS JUDÍOS

En los capítulos 9 al 11 Pablo se enfrenta con uno de los problemas más desconcertantes que se le presentan a la Iglesia Cristiana: el problema de los judíos. Los judíos eran el pueblo escogido de Dios; habían ocupado un lugar exclusivo en el propósito de Dios; y sin embargo, cuando vino al mundo el Hijo de Dios, Le rechazaron y Le crucificaron. ¿Cómo se puede explicar esta trágica paradoja? Este es el problema que Pablo trata de resolver en estos capítulos, complicados y difíciles. Antes de empezar a estudiarlos en detalle, será conveniente que veamos en líneas generales la solución que Pablo nos presenta.

Hay algo que debemos tener presente antes de empezar a desentrañar el pensamiento de Pablo, y es que estos capítulos no se escribieron con ira, sino con profundo dolor de corazón. Pablo no podía olvidar que era judío, y estaba dispuesto a dar su vida para traer a sus hermanos de raza a Jesucristo.

Pablo no niega nunca que los judíos eran el pueblo escogido. Dios los había adoptado como propios; les había dado los pactos, el culto del Templo y la Ley; les había concedido la presencia de Su misma gloria, y les había dado los patriarcas.

Pero, sobre todo, Jesús era judío, de la tribu de Judá, como estaba profetizado. Pablo acepta como axioma en toda esta cuestión que los judíos ocupaban un lugar especial en la economía de la Salvación.

Lo primero que Pablo aclara en su argumento es que, si bien es cierto que los judíos, como nación, rechazaron y crucificaron a Jesús, también lo es que *no todos los judíos Le rechazaron*; algunos Le recibieron y creyeron en Él, porque todos los primeros seguidores de Jesús eran judíos. A continuación, Pablo repasa la historia, e insiste en que lo que hace que un hombre sea judío no es el ser descendiente de Abraham. Repetidas veces en la historia de Israel hubo un proceso de selección -Pablo lo llama *elección*- en el que algunos descendientes

de Abraham fueron elegidos, y otros rechazados. En el caso del mismo Abraham, su hijo Isaac, que nació en cumplimiento de la promesa de Dios, fue elegido; pero Ismael, que nació sencillamente como el resultado de un proceso natural, no lo fue. En el caso de Isaac, su hijo Jacob fue elegido; pero el

mellizo de éste, Esaú, no. Esta selección no era el resultado de los méritos personales, sino de la sabiduría y la soberanía de Dios.

Además, el verdadero pueblo escogido nunca era toda la nación, sino un *resto fiel*, unos pocos que eran leales a Dios cuando todos los demás Le negaban. Ese fue el caso en los días del profeta Elías, cuando permanecieron fieles al Señor siete mil, mientras la mayoría de la nación se había apartado para seguir a Baal. Era una parte esencial de la enseñanza de Isaías, que dijo: «Aunque el número de los hijos de Israel sea como la arena del mar, *sólo un resto de ellos se salvará*» (*Isaías*

10:22; Romanos 9:27). Lo que Pablo deja bien sentado es que nunca fue toda la nación el pueblo escogido. Siempre hubo *selección* por parte de Dios.

Sin embargo, el que Israel fuera rechazado no fue insensible ni caprichoso. Se le cerró la puerta a Israel para que pudiera abrirse a los gentiles. Dios endureció el corazón de los judíos y cegó sus ojos con el propósito final de abrirles el camino de la fe a los gentiles.

¿Qué error fundamental cometieron los judíos? Pablo sostiene que, aunque estaba en el plan de Dios el que los judíos fueran rechazados, sin embargo no tenía por qué haber sucedido. No se podía desembarazar de la paradoja eterna -ni lo pretendía- de que, al mismo tiempo, todo es cosa de Dios y el hombre es libre. El error fundamental de los judíos fue que intentaron llegar a la perfecta relación con Dios por su propio esfuerzo. Trataron de ganarse la Salvación; mientras que los gentiles se limitaron a aceptar con perfecta confianza lo que Dios les ofrecía. Los judíos deberían haber sabido que la única manera de llegar a Dios era mediante la fe, y que los logros humanos no llevan a ninguna parte. Así lo expresó Isaías: «Nadie que ponga en Él su confianza quedará defraudado» (*Isaías 28:16; Romanos 10:11*). Y Joel: «Todos los que invoquen el Nombre del Señor se salvarán» (*Joel 2:32; Romanos 10:13*). Es verdad que nadie puede tener fe hasta oír el ofrecimiento de Dios; pero a los judíos se les hizo el ofrecimiento. Ellos se aferraron al mérito humano de la obediencia a la Ley; se lo jugaron todo a sus obras; pero deberían haber sabido que el camino que conduce a Dios es el de la fe, porque ya se lo habían dicho los profetas.

Una vez más es necesario subrayar que todo esto era el plan de Dios, y que Su propósito era que los gentiles pudieran entrar. Por tanto, Pablo se vuelve ahora a los gentiles. Les dice que no caigan en el orgullo. Están en la posición del acebuche del que se han injertado algunas ramas en el olivo cultivado. No merecieron la Salvación más que los judíos; de hecho, dependen de los judíos, porque no son más que ramas injertas: la raíz y el tronco son el pueblo de Israel. El que fueran elegidos y los judíos rechazados no debe producir orgullo en el corazón de los gentiles, porque si no ellos también serán rechazados.

¿Acaban aquí y así las cosas? ¿De ninguna manera! El propósito de Dios es que los judíos sientan envidia de la relación que los creyentes gentiles tienen con Él, y eso los mueva a solicitar su admisión. Moisés dijo: « Os hago tener celos de los que no son *la* nación; os provocaré a envidia con los que no Me conocían» (*Deuteronomio 32:21; Romanos 10:19*). Al final, los gentiles serán el instrumento para la Salvación de los judíos: « Y así se salvará todo Israel» (*Romanos 11:26*).

Vamos a resumir los pasos por los que Pablo llega a este final de su argumento:

- (i) Israel es el pueblo escogido.
 - (ii) Pertenecer a Israel quiere decir más que ser descendiente natural. Siempre ha habido elección dentro de la nación, y los verdaderamente elegidos eran el resto fiel.
 - (iii) La selección que Dios hace no es injusta.
 - (iv) Dios endureció el corazón de los judíos, pero sólo para abrirles la puerta a los gentiles.
 - (v) El error de Israel era depender de los méritos humanos sobre la base de la Ley; el único acceso a Dios es el del corazón totalmente confiado.
 - (vi) Los gentiles no tienen por qué estar orgullosos; porque no son más que ramas del olivo borde injertas en el olivo cultivado. Y eso es algo que no debemos olvidar jamás.
 - (vi₁) La cosa no termina ahí; los judíos se sentirán tan avergonzados y envidiosos del privilegio que han recibido los gentiles que, al final, éstos los harán entrar.
 - (vi₂) Así que, al final, tanto los judíos como los gentiles se salvarán.
- La gloria se encuentra al final del argumento de Pablo. Empezó diciendo que algunos eran aceptados y otros rechazados. Pero acaba diciendo que la voluntad de Dios es que todos se salven (*Cp. 1 Timoteo 2:4*).

EL TRÁGICO FRACASO

Romanos 9:1-6

Os digo la verdad, como corresponde a los que estamos unidos a Cristo. No estoy mintiendo si os digo en conciencia y de acuerdo con el Espíritu Santo que soporto una ardiente pesadumbre y una angustia permanente en mi corazón. Porque estaría dispuesto a que me cayera una maldición que me desterrara totalmente de la presencia de Cristo si de esa manera se salvaran mis hermanos, los que son mis parientes por naturaleza. Porque son israelitas; Dios los hizo miembros de Su propia familia, y les confió la gloria, los pactos, la Ley, el culto del Templo, las promesas... Suyos son también los patriarcas; y de ellos, en cuanto a Su naturaleza humana, vino el Ungido de Dios. ¡Bendito sea siempre el Dios que está sobre todo! Amén.

Pablo empieza intentando explicar el que los judíos rechazaran a Jesús como Mesías; y empieza, no con rabia, sino con angustia; no en una tempestad de airada condenación, sino con el dolorido sentir de un corazón quebrantado. Pablo compartía el sentimiento del Dios al que amaba y servía: odiaba el pecado, pero amaba al pecador. Nadie ni siquiera empezará jamás a intentar salvar a nadie a menos que empiece por amarle. Pablo veía a los judíos, no como culpables a los que había que azotar con ira, sino como personas a las que había que anhelar con amor.

De buena gana habría dado Pablo su vida si así hubiera podido ganar a los judíos para Cristo. Tal vez sus pensamientos le transportaban a uno de los grandes episodios de la historia de su pueblo. Cuando Moisés subió a la montaña para recibir la Ley de la mano de Dios, el pueblo que había dejado abajo pecó haciéndose un becerro de oro y adorándolo. Dios estaba airado con ellos; y entonces Moisés hizo la gran oración: «Así

que, si quieres, perdónales su pecado; y si no, Te lo suplico, bórrame del libro que has escrito» (*Éxodo 32:32*).

Pablo dice que, por amor a sus hermanos, estaría dispuesto a que cayera sobre él la maldición de Dios si así se pudiera remediar algo. La palabra que usa es *anáthema*, que es una palabra terrible. Cuando algo era anatema, estaba *bajo maldición*; estaba consagrado para una destrucción total. Cuando se tomaba una ciudad pagana, todo lo que había en ella se destruía totalmente porque estaba contaminado (*Deuteronomio 3:6; 2:34; Josué 6:17; 7:1-26*). Si alguien trataba de seducir a Israel para apartarle del culto al único Dios verdadero, se le condenaba irremisiblemente a una destrucción total (*Deuteronomio 13:8-11*). La cosa más amada que Pablo tenía en su vida era la seguridad de que nada le podía separar del amor de Dios en Jesucristo; pero, si así podían salvarse sus hermanos, estaba dispuesto a perderla.

Aquí tenemos una vez más la gran verdad de que el que quiera salvar al pecador tiene que empezar por amarle. Cuando un hijo o una hija ha hecho algo por lo que merece castigo, muchos padres y madres cargarían con gusto con el castigo si pudieran. Como Myers hace decir a Pablo en su famoso poema inglés:

«Como un escalofrío de anhelo insoportable, que me recorre todo cual toque de trompeta, ¡Oh, para que se salven entregar vida y alma, ofreciéndolo todo en sacrificio a Dios!>

Eso fue lo que sintió e hizo Cristo. Pablo también tenía el mismo sentimiento. Si hemos de ser instrumentos para la Salvación de otros, eso es lo que debemos sentir.

Pablo no negó ni por un momento que los judíos ocupaban un lugar especial en la economía de Dios. Y enumera sus privilegios:

(i) En un sentido especial eran hijos de Dios, especialmente elegidos y adoptados en la familia de Dios. «Vosotros sois los

hijos del Señor vuestro Dios» (*Deuteronomio 14:1*). «¿Es que no es Él vuestro Padre, el que os crió?» (*Deuteronomio 32:6*). «Israel es mi primogénito» (*Éxodo 4:22*). «Cuando Israel era un chico, le amé; y de Egipto llamé a Mi hijo» (*Oseas 11:1*). La Biblia está llena de esta idea de la especial relación filial de Israel con Dios, que el pueblo rehusó aceptar hasta las últimas consecuencias.

Boreham dice en algún lugar que, cuando era pequeño, estaba una vez de visita en casa de un amigo. Había una habitación en la que tenía prohibido entrar. Se encontraba una vez en la habitación de enfrente cuando se abrió la puerta y vio dentro a un chico de su misma edad, pero en un estado sobrecogedor de idiotez animal. Vio que la madre se acercaba al chico. Había visto al joven Boreham, sano e inteligente, y miraba a su hijo, no pudiendo por menos de hacer una comparación que le partía el corazón. La vio arrodillarse al lado de la cama del idiota, y la oyó decir gimiendo de angustia: « Te he alimentado, y vestido, y querido... ¡y tú ni siquiera me reconoces!» Eso era lo que Dios hubiera podido decir de Israel; solamente que en este caso aún era más terrible, porque el rechazo de Israel era deliberado y consciente. Es terrible llegar a partirle el corazón a Dios.

(ii) Israel tenía la gloria. La *shejina* o *kabod* aparece una y otra vez en la historia de Israel. Era el divino esplendor de luz que descendía cuando Dios visitaba a su pueblo (*Éxodo 16:10; 24:16s; 29:43; 33:18-22*). Israel había visto la gloria de Dios, y sin embargo Le había rechazado. A nosotros se nos ha concedido contemplar la gloria del amor y la Gracia de Dios en el rostro de Jesucristo, y sería terrible que escogiéramos el camino del mundo.

(iii) Israel tenía los pactos. Un pacto es la relación en que entran dos personas, un acuerdo de interés mutuo, un compromiso de amistad recíproca. Una y otra vez Dios se había acercado al pueblo de Israel y había entrado en una relación especial con Él. Lo hizo con Abraham, Isaac y Jacob, y en el monte Sinaí cuando dio la Ley.

Ireneo distingue cuatro grandes ocasiones en las que Dios llegó a un acuerdo con los hombres. La primera fue el pacto con Noé después del diluvio, y la señal fue el arco iris en los cielos, que representaba la seguridad que Dios daba de que no habría otro diluvio. El segundo fue el pacto que Dios hizo con Abraham, y su señal fue la circuncisión. El tercero fue el pacto que estableció con la nación de Israel en el monte Sinaí, y su base fue la Ley. Y el cuarto es el Nuevo Testamento en Jesucristo, cuya señal y garantía es el Espíritu Santo.

Es maravilloso pensar que Dios se acerca a los hombres y entra en una relación concertada con ellos. La verdad es que Dios no ha abandonado nunca a los hombres. No hizo además de acercarse para luego abandonarlos, sino que se ha acercado una y otra vez; y aún lo sigue haciendo con cada alma humana individual. Está a la puerta, y llama; y es la tremenda responsabilidad de la voluntad humana que puede negarse a abrir.

(iv) Israel tenía la Ley. No podía pretender ignorar la voluntad de Dios, porque Dios le había dicho cómo quena que viviera. Si Israel pecaba, lo hacía a sabiendas y no por ignorancia; y el pecado consciente es el pecado contra la luz, que es el peor de todos.

(v) Israel tenía el culto del Templo. El culto es, en esencia, el acercamiento del alma a Dios; y Dios había dado a los judíos en el culto del Templo una manera para que se acercaran a Él. Si estaba cerrada la puerta de acceso a Dios eran ellos los que la habían cerrado.

(vi) Israel tenía las promesas. No podía decir que no conocía su destino. Dios les había dado a conocer la tarea y el privilegio que les tenía reservado en Su propósito. Sabían que estaban destinados para grandes cosas en la economía de Dios.

(vii) Israel tenía a los patriarcas. Tenía una tradición y una historia; y no hay mayor miseria que la del que se atreve a ser infiel a su tradición y avergonzarse de la herencia que ha recibido.

(viii) Y aquí viene la culminación: de Israel vino el Mesías, el Ungido de Dios. Todo lo demás había sido la preparación;

y sin embargo, cuando vino, Le rechazaron. El mayor pesar que puede sentir una persona es haberle dado a un hijo todas las oportunidades de éxito, el haberlo dedicado y sacrificado todo para darle las mejores oportunidades, y descubrir que el hijo, por desobediencia o rebeldía o dejadez, ha dejado de aprovecharlas. Ahí está la tragedia; porque se hacen baldíos los esfuerzos del amor, y no se hacen realidad sus sueños. La tragedia de Israel consistió en que Dios le había preparado para el día de la venida de Su Hijo, y toda aquella preparación resultó frustrada. No es que fuera quebrantada la Ley de Dios, sino que Su amor fue desdeñado. No es la ira de Dios la que se oculta tras las palabras de Pablo, sino el corazón quebrantado de Dios.

LA ELECCIÓN DE DIOS

Romanos 9:7-13

Pero esto no quiere decir que la Palabra de Dios haya quedado completamente frustrada. Porque no todos los israelitas son el verdadero Israel; ni todos los que se consideran descendientes naturales de Abraham son plenamente sus hijos. Por el contrario, escrito está: «Por medio de Isaac tendrás descendencia.» Es decir: que no son realmente hijos de Dios todos los que se consideran descendientes naturales de Abraham. ¡No! Son los hijos de la promesa los que forman la verdadera descendencia de Abraham; porque la palabra de la promesa fue esta: «Vendré a este tiempo, y Sara tendrá un hijo.» Y no hubo sólo este caso, sino también Rebeca, cuando concibió de uno, es decir, de nuestro antepasado Isaac. -Nótese bien que los hijos no habían nacido todavía, ni habían hecho nada ni bueno ni malo, para que la elección de Dios no fuera la consecuencia de obras, sino simplemente porque Dios los llamó-. Se le

dijo a ella: «El mayor servirá al más joven.» Y también está escrito: «He amado a Jacob, pero he aborrecido a Esau.»

El que los judíos rechazaran y crucificaran a Jesús, el Hijo de Dios, ¿quiere decir que el propósito de Dios quedó frustrado, y fracasado Su plan? Pablo está convencido de que eso no puede ser. De hecho, no todos los judíos rechazaron a Jesús; algunos Le aceptaron, porque no cabe duda que todos Sus primeros seguidores eran judíos, lo mismo que Pablo. «Ahora bien dice-, a lo largo de la historia de Israel vemos el proceso de selección una y otra vez en funcionamiento. Una y otra vez vemos que no eran *todos* los judíos los que estaban en el designio de Dios. Algunos estaban, y otros no. La línea de la nación con la que Dios contaba, y por medio de la cual obraba para llevar adelante Su plan, no eran *todos* los descendientes de Abraham. No es la mera descendencia física la que cuenta, sino la selección, la elección de Dios.

Como demostración de esta verdad cita Pablo dos ejemplos de la historia de Israel, y los refuerza con citas bíblicas:

(a) Abraham tuvo dos hijos: Ismael, que le nació de la esclava Agar, e Isaac, que tuvo con su esposa Sara. Los dos eran igualmente descendientes de Abraham. Cuando les nació Isaac, Abraham y Sara eran ya de edad avanzada; tanto es así que, humanamente hablando, ya era imposible que tuvieran un hijo. Cuando Isaac era muchacho, un día Ismael se burló de él; a Sara le dio tanta rabia, que le pidió a Abraham que echara de casa a la esclava y a su hijo, para que Isaac fuera el único heredero. Abraham no quería; pero Dios le dijo que lo hiciera, porque sería la descendencia que tuviera a través de Isaac la que preservaría su nombre (*Génesis 21:12*). Ahora bien: Ismael había nacido por un proceso humano natural, mientras que Isaac había nacido en cumplimiento de la promesa de Dios (*Génesis 18:10-14*). Fue al hijo de la promesa al que se le concedió transmitir la herencia de la elección de Dios. Aquí tenemos la prueba de que no todos los descendientes naturales

de Abraham se pueden considerar elegidos. Y dentro de la nación siguió manifestándose la selección y elección de Dios.

(b) Pablo pasa a citar otro ejemplo. Cuando Rebeca, la mujer de Isaac, estaba embarazada, Dios le hizo saber que iba a tener mellizos que serían los patriarcas de dos naciones; pero que, en el tiempo venidero, el que naciera primero serviría y estaría sometido al segundo (*Génesis 25:23*). Cuando nacieron los mellizos, Esaú nació el primero, y sin embargo la elección de Dios recayó en Jacob; y fue por la línea de Jacob por la que Dios siguió llevando a cabo su plan. Para remachar bien su argumento, Pablo cita *Madaquías 1:2s*, donde Dios le dice al profeta: < He amado a Jacob y aborrecido a Esaú.>

Pablo sostiene que ser judío es más que formar parte de la descendencia física de Abraham; que el pueblo escogido no es meramente la suma de los descendientes de Abraham, sino que en esa familia se lleva a cabo un proceso de selección a lo largo de la historia. Hasta aquí, un judío aceptaría el argumento de Pablo. Los árabes son los descendientes de Ismael, que fue hijo de Abraham; pero a los judíos no se les pasaría por la cabeza decir que los árabes pertenecían al pueblo escogido. Los edomitas eran los descendientes de Esaú fue es lo que quería decir Malaquías-, y Esaú fue tan hijo de Isaac como Jacob su mellizo; pero a ningún judío se le ocurriría decir que los edomitas tenían parte en el pueblo escogido. Desde el punto de vista judío, Pablo ha demostrado su argumento: *había* un proceso de elección que se estaba llevando a cabo en la familia de los descendientes de Abraham.

Pablo añade que esa selección no se basa en las obras ni en el mérito. La prueba está en que Jacob fue elegido y Esaú rechazado *antes de que naciera ninguno de los dos*, cuando estaban en el seno materno. Este argumento sigue siendo válido y concluyente para un judío. Y hasta para nosotros, una gran verdad surge del corazón de este argumento: Todo es de Dios; detrás de todo está Su obrar; aun las cosas que parecen arbitrarias y fortuitas tienen en Él su origen. Nada en el mundo va a la deriva.

LA VOLUNTAD SOBERANA DE DIOS

Romanos 9:14-18

¿Y qué se puede decir a esto? ¿Se puede decir que hay injusticia en Dios? ¡De ninguna manera!, porque Él le dijo a Moisés: «Tendré misericordia del que Yo tenga misericordia, y tendré piedad del que Yo tenga piedad.» Así es que todo depende, no de la voluntad ni del esfuerzo humanos, sino exclusivamente de la misericordia de Dios. Por eso la Escritura dice con respecto al Faraón: «Para esto solo te asigné un papel en el drama de la historia: para demostrar mi poder por medio de lo que te va a ocurrir, y para que Mi nombre sea proclamado por todo el mundo.» Así es que tiene misericordia del que Él quiere, y endurece al que Él quiere.

Ahora Pablo sale al paso de las preguntas y objeciones que surgen en nuestra mente. Ha dicho que el proceso de selección y elección ha seguido su curso a lo largo de la historia de Israel; ha hecho hincapié en el hecho de que la elección no se basa en ningún mérito humano, sino exclusivamente en la voluntad de Dios.

Nuevamente cita dos ejemplos para demostrar su afirmación, y los refuerza con citas bíblicas. El primer ejemplo está tomado de *Éxodo 33:19*. Moisés está pidiendo una prueba definitiva de que Dios está realmente con el pueblo de Israel. La respuesta de Dios es que Él tendrá misericordia de los que tenga misericordia; es decir, le dice a Moisés que confíe y deje la cosa en Sus manos, porque Él sabe lo que hace. Su actitud de misericordia hacia la nación depende exclusivamente de Él mismo. Y el otro ejemplo está tomado de la batalla para la liberación de la esclavitud de Egipto y el poder del Faraón. La primera vez que Moisés fue a pedir la libertad, advirtió a Faraón que Dios le había colocado en el escenario de la historia para demostrar Su divino poder y servir de ejemplo a la hu-

manidad de lo que sucede a los que se oponen a Dios (*Éxodo 9:16*). Pero esto no quiere decir que Faraón no fuera más que una marioneta. Dios le advirtió, pero Faraón escogió no hacer caso.

Cuando llegamos al fondo de la cuestión, vemos que conserva una gran verdad. Es imposible pensar en la relación entre Dios y el hombre en términos de *justicia* -entendida ésta en los términos de nuestra experiencia humana limitadísima. El hombre no puede nunca tener ningún derecho ante Dios. La *creatura* no puede pretender nada ante el Creador. Sea cual fuere la justicia que se aplica, la respuesta es que el hombre no merece nada ni puede pretender nada. En el trato de Dios con los humanos lo esencial son Su voluntad y Su misericordia.

EL ALFARERO Y LA ARCILLA

Romanos 9:19-29

Pero entonces tú podrías preguntar: «Si esto es así, ¿cómo puede Dios seguir echándole las culpas a los hombres cuando no hacen lo que Él quiere? ¿Es que hay alguien que se pueda oponer a Su voluntad?» Amigo, ¿quién eres tú para ponerte a discutir con Dios? Sería tanto como que la arcilla le dijera al alfarero: « ¿Por qué me has dado esta forma?» El alfarero tiene autoridad total para hacer del mismo pegote de arcilla una vasija para un uso honorable u otra para un uso humilde. De la misma manera, ¿qué si Dios, aunque Su propósito fuera demostrar su ira y dar a conocer Su poder, sin embargo tratara con mucha paciencia a los que eran objeto de Su ira, que ya estaban maduros y listos para la destrucción? Sí; ¿y qué si lo hizo porque quería dar a conocer las riquezas de su gloria a los que son objeto de su misericordia, que Él había preparado de antemano para la gloria? Me refiero a nosotros, a los que Él ha

llamado; no sólo de entre los judíos, sino también de entre los gentiles. Como Él dice en Oseas:

*< A los que no eran pueblo
los llamaré < Pueblo mío»,
y a la que nadie quería
la llamaré «Amada mía».*

Y en el mismo lugar en que se les dijo: «¡Vosotros no sois mi pueblo!», se les dará el título de «hijos del Dios vivo».

Y la proclamación profética de Isaías acerca de Israel es: «Los hijos de Israel puede que sean tan numerosos como la arena del mar, pero no se salvará nada más que el resto. Final y sumariamente: el Señor hará en la Tierra lo que dijo que haría. » Como dijo Isaías en un pasaje anterior: « Si el Señor de los Ejércitos no nos hubiera dejado hijos, habríamos llegado a ser como Sodoma, y semejantes a Gomorra. »

En el pasaje anterior Pablo ha mostrado que, a lo largo de toda la historia de Israel, se ha venido produciendo el proceso de elección y selección de Dios. Cuando el alfarero hace una vasija, ésta no puede hacerle sugerencias ni discutirle su destino; el alfarero tiene poder absoluto sobre la arcilla para hacer de ella algo destinado a un uso honorable o vulgar, y la arcilla no tiene derecho a protestar. Pablo en realidad tomó este ejemplo de *Jeremías 18:1-6*, que es un ejemplo de la paciencia de Dios, Que no descarta la masa rebelde, sino le da una nueva forma. Este pasaje ha inspirado un coro que se canta en muchas iglesias:

Yo quiero ser, yo quiero ser, Señor amante, como el barro en manos del alfarero: toma mi vida, hazla de nuevo; yo quiero ser, yo quiero ser un vaso nuevo.

Conviene decir aquí un par de cosas.

Pero debemos recordar una: fue con angustia de corazón como Pablo escribió este pasaje. Se enfrentaba con el hecho desconcertante de que el mismo pueblo de Dios, sus propios parientes, habían rechazado y crucificado al propio Hijo de Dios.

De todas maneras, Pablo no termina así su argumento. Continúa diciendo que el que los judíos hayan rechazado al Mesías ha sido con el fin de que se les abriera la puerta a los gentiles.

Pablo estaba discutiendo con los judíos, y sabía que la única manera de reforzar su argumento era con citas de sus Sagradas Escrituras; así es que pasa a citar textos que prueben que el que Cristo fuera rechazado por los judíos y aceptado por los gentiles había sido de hecho anunciado por los profetas. Oseas había dicho que Dios haría que fuera pueblo Suyo uno que no lo era (*Oseas 2:23*), y que serían llamados hijos de Dios (*Oseas 1:10*); e Isaías había previsto una situación en la que Israel sería obliterado si no fuera por un remanente (*Isaías 10: 22s; 37:32*). Su argumento es que Israel podría haber previsto su ruina si hubiera tenido entendimiento.

LA EQUIVOCACIÓN DE LOS JUDÍOS

Romanos 9:30-33

¿Qué podemos decir a esto? Que los gentiles, que no estaban buscando estar en la debida relación con Dios, la han recibido, una relación que es el resultado de la fe; mientras que Israel, que estaba buscando una ley que produjera la debida relación con Dios, nunca consiguió encontrarla. ¿Y por qué? Porque estaban intentando entrar en una buena relación con Dios, no confiando en Dios, sino dependiendo de sus propios logros humanos. Tropezaron en la Piedra que hace tropezar a los hombres, como está escrito: «He colocado en Sión una Piedra que hace tropezar a la gente, una Roca que los hace vacilar; pero el que crea en ÉL no será defraudado.»

Aquí Pablo traza un contraste entre dos actitudes para con Dios. La de los judíos pretendía alcanzar la debida relación con Dios mediante el propio esfuerzo. Dicho de otra manera, para que quede claro lo que quiere decir: fundamentalmente, la idea de los judíos era que un hombre, mediante la estricta obediencia a la Ley, podía llegar a tener una cuenta positiva con Dios, con el resultado de que Dios estaría en deuda con él y le debería la Salvación. Pero estaba claro que siempre era una batalla perdida, porque la imperfección humana no podía nunca satisfacer la perfección de Dios; nada que el hombre pudiera hacer por Dios podría ni empezar a devolverle a Dios lo que ha hecho por el hombre.

Eso es precisamente lo que Pablo descubrió. Como él decía, los judíos se pasaban la vida tratando de satisfacer una Ley cuya obediencia les dejara en paz con Dios; y nunca lo conseguían, porque tal cosa era imposible. Los gentiles no estaban empeñados en tal empresa; pero, cuando se encontraron de pronto cara a cara con el amor increíble de Dios manifestado y ofrecido en Jesucristo, sencillamente se arrojaron en los brazos de tal amor con entera confianza. Fue algo así como si los gentiles vieran la Cruz y dijeran: < Si Dios me ama de tal manera, puedo confiarle mi vida y mi alma.>

El judío trataba de hacer que Dios quedara en deuda con él; el gentil estaba contento de estar en deuda con Dios. El judío creía que podía ganarse la Salvación haciendo cosas para Dios; el gentil se sumía en la admiración de lo que Dios había hecho por él. El judío trataba de llegar a Dios por sus obras; el gentil llegaba a Dios por el camino de la confianza.

No ya he de gloriarme jamás, ¡oh Dios mío!, de aquellos deberes que un día cumplí. Mi gloria era vana; confío tan sólo en Cristo y su sangre vertida por mí.

JOSÉ M. DE MORA.

Pablo habría dicho < Amén> a esto.

La piedra es una de las referencias características de los

primeros escritores cristianos. En el *Antiguo Testamento* se menciona varias veces una *pedra* misteriosa. En *Isaías 8:14* se dice que Dios será como una *pedra de ofensa* y una roca de tropiezo a las casas de Israel. En *Isaías 28:16*, Dios dice que va a poner en Sión una *pedra, una preciosa piedra angular*, como fundamento estable. En *Daniel 2: 34s, 44s*, se hace referencia a una *pedra* misteriosa. En el *Salmo 118:22*, el salmista escribe: «*La piedra que desecharon los edificadores ha llegado a ser la cabeza del ángulo.*»

Cuando los cristianos empezaron a buscar en el *Antiguo Testamento* anuncios de la venida de Cristo se encontraron con estas referencias a la *pedra* maravillosa, y se dieron cuenta de que se referían a Cristo. En los *Evangelios* se dice que fue Jesús mismo el primero que hizo la identificación y se aplicó a Sí mismo el *Salmo 118:22* (*Mateo 21:42*). Los cristianos reconocieron figuras de Cristo en la *pedra* que era fundamento estable, la *pedra angular* que daba unidad a todo el edificio, la *pedra* que había sido desechada y luego reconocida como la más importante de todas.

La cita que hace aquí Pablo combina *Isaías 8:14* y *28:16*. Los cristianos entendieron que su significado era que Dios se había propuesto que Su Hijo fuera el fundamento de la vida de todos los hombres; pero cuando Él vino, los judíos Le rechazaron; y el rechazar al Don de Dios que era para su Salvación se convirtió en la causa de que quedaran excluidos. Esta figura de la *pedra* aparece varias veces en el *Nuevo Testamento* (*Hechos 4:11; Efesios 2:20, y 1 Pedro 2:4-6*).

La verdad eterna que contiene este pensamiento es que Jesús fue enviado al mundo para ser el Salvador de todos los hombres, pero es también la *Piedra de toque* por la que son juzgados. Si el corazón de una persona responde al amor de Jesús y Le recibe como Salvador, para ella lo es; pero si el corazón de una persona queda totalmente insensible o Le rechaza, para ella es la condenación. Jesús vino al mundo para nuestra Salvación; pero por nuestra actitud hacia Él podemos recibirla o perderla.

UN CELO MAL ORIENTADO

Romanos 10:1-13

Hermanos, lo que deseo cordialmente para los judíos y Le pido a Dios para ellos es que se salven. Porque hay que reconocerles que tienen celo por las cosas de Dios; pero no está basado en un conocimiento verdadero; porque no se dan cuenta de que el hombre no puede llegar a la condición de justicia para con Dios nada más que aceptándola como don de Dios, y ellos tratan de establecerla por sí mismos; así es que no se han sometido a ese poder de Dios que es el único que los puede hacer justos en relación con Él. Porque Cristo es el fin de todo el sistema de la ley, porque vino precisamente para poner en la debida relación con Dios a todos los que creen y confían. Moisés dice que el que actúa de una manera conforme con la justicia que exige la ley, vivirá por ella. Pero de la justicia que se deriva de la fe, la Escritura dice: «¿Quién subirá al Cielo?» -es decir, para hacer bajar a Cristo-; o «¿Quién podrá bajar a lo profundo del abismo?» -es decir, para sacar a Cristo de entre los muertos-. Pero, ¿qué es lo que dice? « La palabra está cerca de ti, en tu boca y en tu corazón. » La palabra de la que se habla aquí es el Mensaje de fe que proclamamos: Que, si confesáis con vuestra boca que Jesús es el Señor, y creéis con el corazón que Dios Le levantó de los muertos, seréis salvos. Porque al creer con el corazón llegáis a la perfecta relación con Dios, y al confesar con la boca estáis en el camino de la Salvación. Porque la Escritura dice: «Nadie que crea en Él será defraudado.» Así que no hay diferencia entre judíos y griegos; porque el mismo Señor es el Señor que está sobre todos, y es suficiente Salvador de todos los que Le invocan; porque dice la Escritura: «Todo el que invoque el Nombre del Señor se salvará.»

Pablo ha estado diciendo algunas cosas muy duras de los judíos; cosas que a ellos les resultaría desagradable oír, y más aún reconocer. Todo el pasaje de *Romanos 9 al 11* es una condenación de la actitud religiosa de los judíos. Sin embargo, desde el principio hasta el fin no hay ira, sino anhelo y ansiedad cordiales. Lo que Pablo desea por encima de todo es que los judíos se salven.

Si vamos a llevar a Cristo a otras personas, esa debe ser nuestra actitud. Los grandes predicadores lo han reconocido. «No des palizas» -decía uno-. «Acuérdete de no chillar demasiado» -decía otro. Y un gran predicador de los tiempos presentes decía que predicar es «suplicar a las almas.» Eso era lo que decía también Pablo (*2 Corintios 5:20*). Y Jesús lloró por Jerusalén. Hay una manera de predicar que pretende aterrar al pecador con palabras airadas de condenación; pero Pablo decía la verdad con amor.

Pablo estaba totalmente dispuesto a admitir que los judíos tenían celo de Dios; pero ese celo estaba mal orientado. La religión judía estaba basada en una obediencia meticulosa a la Ley. Ahora bien: está claro que esa obediencia sólo se la podía proponer alguien que tomara la religión totalmente en serio. No era nada fácil. En muchas ocasiones llevaría a graves inconvenientes y haría la vida sumamente incómoda.

Tomemos como ejemplo la ley del sábado. Se establecía exactamente la distancia máxima que se podía andar; se prohibía llevar una carga superior al peso de dos higos secos; se prohibía cocinar en sábado; se fijaban los medios para evitar que un enfermo se pusiera peor, pero se prohibía curarle. Todavía hoy en día hay judíos ortodoxos estrictos que no encienden ni apagan una luz en sábado. Algunas familias judías acomodadas emplean a criados gentiles para que hagan las cosas imprescindibles los sábados -aunque, según *Éxodo 20:10* y *Deuteronomio 5:14*, la ley del sábado obligaba igualmente a los siervos y a los forasteros gentiles.

Esto es algo que nos debe mover, no a la risa, sino a la admiración. La vida bajo la *Ééy*.no era fácil. Nadie se sometería

a menos que lo tomara realmente en serio. Los judíos eran y son celosos. Pablo no tenía dificultad en reconocérselo, pero les advertía que aplicaban u orientaban mal su celo.

En el *Cuarto libro de los Macabeos* se relata un incidente sorprendente. Llevaron al sacerdote Eleazar ante Antíoco Epífanes, que se había propuesto acabar con la religión judía. Antíoco le mandó a Eleazar que comiera cerdo. El anciano sacerdote rehusó: «Ni aunque me saques los ojos o me abrases las entrañas. Nosotros, oh Antíoco, que vivimos bajo la Ley divina, no admitimos ninguna obligación por encima de la obediencia a la Ley.» Si tenía que morir, sus antepasados le recibirían «santo y puro.» Dio orden de que le apalearan. « Le rasgaron la carne con látigos hasta que chorreaba sangre por todo el cuerpo y las heridas le descubrían los costados. Cayó, y un soldado le dio de patadas. Al final, los soldados se compadecieron de él y le trajeron carne que no era de cerdo y le dijeron que la comiera y dijera que había comido cerdo. Se negó. Por último, le mataron. «Muero en feroces tormentos por amor a la Ley» -dijo en oración a Dios. «Resistió -añade el-narrador- hasta la agonía de la muerte por causa de la Ley.»

¿Y por qué todo eso? *Para no comer cerdo*. Parece mentira que alguien esté dispuesto a morir así por una ley así. Pero los judíos estaban dispuestos. No cabe duda que tenían celo por la Ley. No se puede decir que no tomaran absolutamente en serio su religión.

Los judíos estaban convencidos de que adquirirían crédito con Dios mediante la obediencia a la Ley. Lo que mejor revela la actitud judía son las tres clases en que dividían la humanidad: Había personas que eran buenas, cuyo balance era positivo; había otros que eran malos, cuya vida arrojaba un balance de deuda, y había quienes estaban en medio, que serían buenos si hicieran una buena obra más. Todo era cuestión de ley y mérito. A esto contesta Pablo: «Cristo es el final de la Ley», lo que quiere decir que es el final del legalismo. La relación entre Dios y el hombre ya no es la que existe entre un acreedor y un deudor, entre un asalariado y un patrono o entre un juez

y un acusado. Gracias a Jesucristo, el hombre ya no está en la posición de tener que satisfacer la justicia divina; sólo tiene que aceptar Su amor. Ya no tiene que merecer el favor de Dios, sino solamente tomar la Gracia y el amor y la misericordia que Dios le ofrece gratuitamente.

Para demostrar su argumento Pablo cita dos pasajes del *Antiguo Testamento*. En primer lugar, *Levítico 18: 5*, donde se dice que el que obedezca meticulosamente los mandamientos de Dios encontrará la vida. Es verdad, *pero nadie ha podido*. Luego cita *Deuteronomio 30:12s*. Dice Moisés que la Ley de Dios no es inasequible o imposible: está en la boca, en la mente y en el corazón del hombre. Pablo toma ese pasaje en sentido alegórico. No fue nuestro esfuerzo el que trajo al mundo a Cristo o Le resucitó. No es nuestro esfuerzo lo que nos reconcilia con Dios. Dios lo ha hecho por nosotros, y no tenemos más que aceptarlo y recibirlo.

Los versículos 9 y 10 son de suprema importancia. Contienen la base del primer credo cristiano.

(i) Hay que confesar que *Jesucristo es el Señor*. La palabra para *Señor* es *Kyrios*. Es la palabra clave del cristianismo primitivo. Su significado pasa por cuatro etapas: (a) Es el título normal de respeto, como en español *señor*, en inglés *sir*, en francés *monsieur* y en alemán *Herr*. (b) Era el título que se aplicaba al Emperador romano. (c) Era el título de los dioses griegos y romanos, que se colocaba antes del nombre; por ejemplo: *Kyrios Serapis*. (d) En la traducción al griego del *Antiguo Testamento*, *Kyrios* es la traducción normal del nombre divino Yahweh o Jehová. Los primeros cristianos iban a la muerte con tal de no confesar que el César era *Kyrios*, porque sólo aplicaban ese título a Jesucristo. Cuando llamaban a Jesús *Kyrios*, no sólo le confesaban como el *Señor* supremo de su vida, y Le estaban equiparando al Emperador o a los dioses griegos, sino con el Dios único y verdadero, al Que se debía absoluta obediencia y culto reverente. Llamar *Kyrios* a Jesús era reconocer y confesar su divinidad. Lo primero para ser cristiano es el sentimiento de qué Jesucristo es supremamente *único*.

(ii) Hay que creer que *Jesucristo ha resucitado*. La Resurrección de Jesucristo era una parte esencial del credo cristiano. El cristiano cree, no solamente que Cristo vivió, sino también que *vive*. No sólo debe *saber de* Cristo, sino *conocerle personalmente*. No se limita a estudiar un personaje histórico, por muy grande que fuera; sino que *vive* con una Presencia real. No sólo debe saber de Cristo *el Mártir*: debe también conocer a Cristo *el Vencedor*.

(iii) Pero el cristiano no sólo debe creer en su corazón, sino también *confesar con sus labios*. Ser cristiano es *creer y confesar*; como se dice en muchas declaraciones de fe evangélica, < Creemos y testificamos. > El creer supone testificar ante los demás. No es suficiente que Dios sepa de qué parte estamos, sino que hace falta que también lo sepa la gente.

A un judío le resultaría difícil creer que el acceso a Dios no era por medio de la Ley; este camino de la confianza y la aceptación era algo revolucionario e increíblemente nuevo para él. Además, le resultaría sumamente difícil creer que el acceso a Dios estaba abierto *a todo el mundo*. Le parecía que los gentiles no podían estar en la misma posición que los judíos. Así es que Pablo concluye su argumento citando dos pasajes del *Antiguo Testamento* como última demostración. Cita en primer lugar *Isaías 28:16*: < Nadie que crea en Él será defraudado. > No se dice nada de la Ley; todo se basa en la fe. Y en segundo lugar cita *Joel 2:32*: < Todo el que invoque el Nombre del Señor se salvará. > No hay limitación aquí; la promesa es *para todos*; por tanto no hay diferencia entre judíos y gentiles.

En esencia, este pasaje es una apelación a los judíos para que abandonen el camino del legalismo y acepten el de la Gracia. Es una apelación para que reconozcan que su celo está descarrado, y para que presten atención a los profetas que declararon hace mucho tiempo que la fe es el único camino de acceso a Dios, y que está abierto a todo el mundo.

EL FINAL DE LAS EXCUSAS

Romanos 10:14-21

Pero, ¿cómo van a invocar a Uno en Quien no han creído? ¿Y cómo van a creer en Uno del Que ni siquiera han oído hablar? ¿Y cómo van a oír si no hay nadie que les proclame las Buenas Nuevas? ¿Y cómo va a proclamar nadie las Buenas Nuevas a menos que Dios le envíe? Pero todo esto es exactamente lo que ha sucedido, como está escrito: «¡Cuán hermosos son los pies de los que traen buenas noticias de cosas buenas!» Pero no todos han hecho caso de la Buena Nueva. Eso es verdad, porque Isaías dice: «Señor, ¿quién ha creído lo que ha oído de nosotros?» Así que la fe viene por el oír, y el oír viene de la Palabra que viene de Cristo y que habla de Él. Pero, suponed que yo todavía digo: «¿Será que todavía no han oído?» ¡Claro que han oído! «La voz de ellos ha salido por toda la Tierra, y sus palabras han llegado hasta el fin del mundo habitado. » Bien; entonces, suponed que digo: «¿Será que Israel no lo ha entendido?» Primero, Moisés dice: «Os haré tener celos de una nación que no es nación. Haré que os dé rabia de una nación que no tiene entendimiento.» Y más adelante se atreve a decir Isaías: «Me encontraron los que no Me buscaban. Me manifesté a los que no preguntaban por Mí. » Y, en cuanto a Israel, dice: «Me paso todo el día con los brazos abiertos, invitando a un pueblo que es desobediente y opuesto. »

Todos los intérpretes están de acuerdo en que éste es uno de los pasajes más difíciles y oscuros en la *Carta a los Romanos*. Nos produce la impresión de que lo que tenemos aquí no es una exposición completa sino un resumen. Tiene un estilo telegráfico. Puede ser que sean las notas de una predicación que Pablo tenía costumbre de dirigir a los judíos para convencerlos de su error.

En reglas generales se podría presentar así: En el pasaje anterior Pablo ha dicho que el acceso a Dios no depende de las obras ni del legalismo, sino de la fe y la confianza. La objeción es: < Pero, ¿qué pasa si los judíos nunca lo han oído?> Pablo se ocupa ahora de esa objeción de varias maneras, reforzando su argumento con citas de la Escritura. Vamos a tomar ahora las objeciones y los textos bíblicos que las contestan uno a uno.

(i) La primera objeción es: < Nadie puede invocar a Dios a menos que crea en El. Ni tampoco creer en Él a menos que haya oído hablar de Él. Ni tampoco oír nada acerca de El si no hay quien le anuncie la Buena Nueva. Y nadie puede pregonar la Buena Nueva a menos que Dios le envíe. » Pablo resuelve esa objeción citando *Isaías 52:7*. En ese pasaje el profeta expresa la bienvenida que se les da a los que traen buenas noticias de cosas buenas; así es que la primera respuesta de Pablo es: < No puedes decir que no ha habido mensajeros; porque Isaías los describe en este pasaje, e Isaías vivió hace mucho tiempo. »

(ii) La segunda objeción es: «Pero, el hecho es que Israel *no* hizo caso de la Buena Noticia, aunque tu argumento fuera cierto. ¿Qué dices tú a eso?» Y Pablo contesta: < Era normal esperar que Israel no creyera, porque hace mucho tiempo Isaías se sintió movido a decir desesperadamente: «Señor, ¿quién ha creído lo que hemos oído?» (*Isaías 53:1*). Es verdad que Israel no aceptó la Buena Noticia de Dios, y al rechazarla repitieron su historia.

(iii) La tercera objeción es una nueva formulación de la primera: «Pero, ¿qué si yo insisto en que nunca tuvieron oportunidad de oír?» Esta vez Pablo cita el **Salmo 19:4**: « La voz de ellos ha recorrido toda la Tierra, y sus palabras han llegado al fin del mundo»; lo cual es tanto como decir: «No puedes decir que Israel nunca tuvo oportunidad de oír, porque la Escritura dice claramente que el mensaje de Dios ha llegado a todo el mundo.»

(iv) La cuarta objeción es: «Pero, ¿qué si Israel no se

enteró?> Aparentemente quería decir: «¿Qué si el mensaje era tan difícil de entender que, aunque Israel lo oyó, no pudo entender su significado?» Aquí es donde el pasaje se hace verdaderamente difícil. Pablo responde: < Israel puede que no se enterara; pero los *gentiles* sí: comprendieron perfectamente el sentido del ofrecimiento cuando les llegó, aunque no lo buscaban ni esperaban.» Para probarlo, Pablo cita dos pasajes. Uno es de *Deuteronomio 65:1*, en el que Dios dice que, por la desobediencia y rebeldía de Israel, transferirá Su favor a otro pueblo, e Israel se verá en la situación de tener celos de una gente que no son ni siquiera nación. Y el segundo pasaje es de *Isaías 65:1*, donde Dios dice que, inexplicablemente, Le ha encontrado un pueblo que ni siquiera Le estaba buscando.

Por último, Pablo insiste en que, a lo largo de toda su historia, Dios ha estado apelando a Israel con Sus brazos extendidos, e Israel siempre ha sido desobediente y perverso.

Un pasaje así puede resultarnos extraño y poco convincente; y puede parecernos que Pablo cita algunos de los textos fuera de contexto y con un sentido que no era el original. Sin embargo tenemos que reconocer que esa era la manera característica de los rabinos, de los cuales Pablo había sido uno; y que resultaría totalmente aceptable y convincente para sus objetores judíos. Lo que no se puede negar es que hay algo en este pasaje que es de permanente valor. Fluye por él la convicción de que hay ciertas clases de ignorancia que no se pueden excusar.

(i) Existe una ignorancia que viene del desprecio del conocimiento. Hay una máxima legal que dice que la ignorancia genuina puede ser una defensa; pero el no darle ninguna importancia al conocimiento, no. No se le puede echar en cara a una persona el que no sepa lo que no tuvo oportunidad de aprender; pero sí el no saber por haber desaprovechado las oportunidades que se le brindaron. Por ejemplo: si una persona firma un contrato sin haber leído las condiciones, no puede luego quejarse de que sean distintas de las que se imaginó. Si dejamos de prepararnos adecuadamente para una tarea cuando

se nos han dado todas las facilidades, no tenemos disculpa. Uno es responsable por no saber lo que podía y debía haber sabido.

(ii) Hay una ignorancia que viene de una falta de visión voluntaria. Los seres humanos tenemos una capacidad ilimitada y fatal para cerrarnos a lo que no queremos saber. «No hay peor sordo que el que no quiere oír.» Puede que sepamos que cierto hábito, o indulgencia, o negligencia, o amistad, o relación, va a traernos consecuencias desastrosas; pero muchas veces nos negamos a reconocerlo y obrar en consecuencia. El hacernos los sordos puede que sea una virtud en algunos casos; pero en otros es la mayor estupidez.

(iii) Hay una ignorancia que es en esencia pura falsedad. Lo que ignoramos o dudamos es menos de lo que a veces pretendemos. Son pocas las veces que tenemos derecho a decir: « No sabía que esto iba a acabar así.» Dios nos ha dado la conciencia y la dirección del Espíritu Santo; y muchas veces alegamos ignorancia cuando, si fuéramos honrados, tendríamos que reconocer que, en nuestro fuero interno, sabíamos la verdad.

Hay algo más que queda por decir sobre este pasaje. En el argumento, hasta donde hemos llegado, se presenta una paradoja. En toda esta sección Pablo ha estado insistiendo en la responsabilidad personal de los judíos. Tenían que haber sabido lo que hacían; no les faltaron oportunidades; pero rechazaron la llamada de Dios. Ahora empezaba el argumento diciendo que todo es cosa de Dios, y que los hombres no somos más que como la arcilla en manos del alfarero. Ha puesto las cosas de dos maneras: todo es cosa de Dios, y todo es responsabilidad humana. Pablo no intenta resolver el dilema; y el hecho es que no tiene solución: es el dilema de la experiencia humana. Sabemos que Dios está en todo; y, sin embargo, al mismo tiempo, sabemos que tenemos libertad para aceptar o rechazar lo que Dios nos ofrece. Es la paradoja de la situación humana que Dios está en control de todo y que la voluntad humana es libre.

Entonces se podría preguntar: < ¿Es que Dios ha repudiado a Su pueblo? > ¡De ninguna manera! Yo también soy israelita, descendiente de Abraham, de la tribu de Benjamín. Dios no ha repudiado al pueblo al que señaló para Su plan desde tiempo antiguo. ¿No sabéis lo que dice la Escritura en el pasaje acerca de Elías? Acordaos de lo que le dijo a Dios quejándose de Israel: «Señor, han matado a Tus profetas; han derribado Tus altares, y ahora van a por mí, que soy el único que quedo.» ¿Ycuál fue la respuesta que se le dio? «Me he reservado a siete mil hombres que no han doblado la rodilla a Baal. » Así que, también en el tiempo presente, hay un remanente escogido por la Gracia de Dios. Y al decir que fueron escogidos por Gracia, está claro que su relación con Dios no dependía de las obras de ellos; porque si así hubiera sido, eso ya no sería Gracia. Entonces, ¿qué pasa? Israel no ha conseguido lo que buscaba; pero el remanente escogido, sí, mientras que el resto han llegado a un estado tan torpe e insensible de corazón que no pueden ver. Como está escrito: «Dios les ha dado un espíritu de letargo -ojos que no ven, oídos que no oyen- hasta el día de hoy. > Y David dice: «Que la mesa se les convierta en una red, o en una trampa, o un tropezadero; algo, en fin, que sirva para ajustarles las cuentas, de tal manera que se les encorve la espalda para siempre.» Así es que yo digo: «¿Es que han tropezado para caer definitivamente?» ¡De ninguna manera! Lejos de eso, gracias a su caída se les ha ofrecido la Salvación a los gentiles como un regalo de Dios, para hacer que los judíos les tengan celos. Si su caída ha traído sanidad al mundo, y su fracaso ha producido la riqueza de los gentiles, ¡cuánta mayor

bendición vendrá al mundo cuando ellos entren, y se complete todo el proceso de Salvación!

Lo anterior suscitaba una pregunta que un judío tendría que hacer: «¿Quiere decir esto que Dios ha repudiado a su pueblo?» Y esa era una pregunta que el corazón de Pablo no podía soportar; después de todo, él también pertenecía a ese pueblo. Así es que recuerda una idea que recorre buena parte del *Antiguo Testamento*. El profeta Elías se encontraba en cierta ocasión totalmente desesperado (1 Reyes 19:10-18). Había llegado a la conclusión de que era el único israelita que permanecía fiel a Dios. Pero Dios le dijo que todavía quedaban siete mil que no habían doblado la rodilla a Baal. Así se presentó en el pensamiento judío la idea del *Remanente*.

Los profetas empezaron a darse cuenta de que nunca había habido un tiempo, ni lo habría, en el que toda la nación fuera fiel a Dios; sin embargo, siempre había habido un remanente que no había olvidado su lealtad ni falseado su fe. Un profeta tras otro empezaron a verlo claro. Amós (9:8-10) creía que Dios estaba cribando al pueblo como trigo para que quedara sólo lo bueno. Miqueas (2:12; 5:3) tuvo una visión de Dios reuniendo el remanente de Israel. Sofonías (3:12s) tuvo la misma idea. Jeremías previó que el remanente sería reunido de todos los países por los que se había desperdigado (*Jeremías* 23:3). Ezequiel, el individualista, estaba convencido de que el hombre no podía salvarse por una justicia nacional heredada; los justos salvarían sus almas por su propia justicia (*Ezequiel* 14:14, 20, 22). Esta idea dominó de una manera especial el pensamiento de Isaías, que llamó a su hijo *Shear-Yashub*, que quiere decir *un resto volverá*, es decir, *La Salvación del Remanente*. Una y otra vez vuelve a la idea del resto fiel al que Dios salvará (*Isaías* 7:3; 8:2, 18; 9:12; 6:9-13).

Aquí está amaneciendo una tremenda verdad. Como lo expresó un gran pensador, «Ninguna iglesia o nación se salvará en *masse*. > La idea de un *Pueblo Escogido* hace agua por esta misma razón. La relación con Dios es algo personal e

individual. Cada uno tiene que darle a Dios su corazón y rendirle su vida. Dios no llama a la masa; tiene «Su entrada secreta a cada corazón», como dijo alguien. Una persona no se salva por pertenecer a una nación o familia, o por medio de una justicia y salvación que ha heredado de sus antepasados; se salva porque ha decidido personalmente entrar en relación con Dios. No se trata ya de toda una nación que es Pueblo de Dios en bloque, sino de ese remanente que está formado por hombres y mujeres individuales que Le han dado a Dios el corazón.

El argumento de Pablo es que la nación judía no ha sido rechazada, sino que los verdaderamente judíos no son la nación en su totalidad sino el remanente fiel.

Para confirmar su idea reúne el pensamiento de varios pasajes del *Antiguo Testamento* (*Deuteronomio 29:4; Isaías 6:9s; 29:10*). Cita el *Salmo 69:22s*: «Que su mesa se les vuelva una red.» La idea es que hay gente sentada cómodamente en un banquete; y su misma actitud de seguridad se convierte en su ruina. Están tan confiados en su falsa tranquilidad que el enemigo se les puede echar encima y pillarlos desprevenidos. Así estaban los judíos: tan confiados, tan satisfechos, tan convencidos de que eran el Pueblo Escogido, que esa misma convicción se había convertido en su ruina. Llegaría el día cuando ya no podrían ver en absoluto, y andarían palpando con la espalda encorvada como ciegos o como personas sumidas en la más densa oscuridad. El versículo 7 dice correctamente en la versión Reina-Valera: «... los demás fueron endurecidos.» El verbo griego es *pórun*. El nombre *pórosis* nos acercará al sentido: es un término médico que quiere decir *callo*. Se usaba en cirugía para designar la formación ósea alrededor de una fractura que ayuda a la cicatrización. Cuando se forma un callo en alguna parte del cuerpo, ésta pierde sensibilidad. La mente de la masa del pueblo se ha vuelto insensible: ya no puede oír ni sentir la llamada de Dios.

Esto le puede suceder a cualquier persona: si persiste en no hacer caso a la llamada de Dios, acabará por hacerse insensible.

Si sigue pecando, al final llegará a dejar de percibir el horror del pecado y el atractivo de la bondad. Si uno vive mucho tiempo en condiciones miserables, se llega a acostumbrar.

Lo mismo que en los pies o en las manos, nos pueden salir callos en el corazón. Eso es lo que le había pasado a la masa del pueblo de Israel. ¡Que Dios nos libre de tal condición!

Pero Pablo tiene más que decir. Esa situación es trágica, pero Dios ha sacado de ella un bien: la insensibilidad de Israel le ha abierto la puerta de la Salvación a los gentiles. Como Israel no quiso el mensaje del Evangelio, pasó a comunicársele a un pueblo que estaba dispuesto a recibirlo. El rechazamiento de Israel ha enriquecido al mundo.

Y de ahí pasa Pablo a presentar el sueño que está detrás de todo esto. Si el rechazo de Israel ha enriquecido al mundo al abrirle la puerta a los gentiles, ¡cuál no será la riqueza al final del día, cuando se cumpla plenamente el plan de Dios e Israel también entre en la bendición de Dios!

Así que, al final, después de la tragedia viene la esperanza. Israel se ha hecho insensible, « el pueblo escogido » tiene el corazón hecho un puro callo; los gentiles entraron por la puerta de la fe y la confianza en el amor de Dios; pero llegará el día en que el amor de Dios actuará como un disolvente hasta en el corazón encallecido, y se encontrarán incluidos los judíos y los gentiles. Pablo está convencido de que, a fin de cuentas, nada podrá resistir al amor de Dios.

EL ACEBUCHE -PRIVILEGIO Y ADVERTENCIA

Romanos 11:13-24

Ahora me dirijo a vosotros, gentiles. Ya sabéis que, en cuanto apóstol de los gentiles, le doy a mi ministerio la importancia que tiene porque quiero, de alguna manera, encontrar la forma de mover a mi propia raza a que tenga envidia de los gentiles, para así salvar a

algunos de ellos. Porque, si el hecho de que fueran repudiados ha tenido como resultado la reconciliación del mundo con Dios, ¿cuál será el de su plena incorporación? ¡Algo así como si la vida surgiera de la muerte! Si la primera parte de la masa se consagra a Dios, queda consagrada toda la masa; si la raíz se consagra a Dios, las ramas quedan consagradas. Si algunas de las ramas han sido desgajadas, y si tú, que eras acebuche, has sido injertado entre ellas y has llegado a participar de la riqueza de la raíz, no se te ocurra mirar a las ramas desgajadas por encima del hombro con orgullo. Si te asalta la tentación de pensarlo, acuérdate de que no eres tú el que sostienes a la raíz, sino la raíz a ti. Tú dirás: «Las ramas fueron desgajadas para que yo fuera injertado.» Tienes razón. Fueron desgajadas por su falta de fe; y tú te mantienes por la fe. No te pongas orgulloso despectivamente, sino mantente en una actitud de temor reverente; porque, si Dios no se lo pasó a las ramas, que eran parte natural del árbol, tampoco te lo pasará a ti. Así que, considera la amabilidad y la severidad de Dios. Sobre los que cayeron recayó la severidad, y sobre ti la amabilidad; pero sólo si te mantienes en esa amabilidad, porque, si no, tú también serás desgajado; y ellos, las ramas originales, si no se empecinan en la incredulidad, serán injertados; porque Dios puede injertarlos otra vez. Porque, si tú fuiste cortado de un olivo que era en realidad un acebuche, y, contra lo que se hace naturalmente, fuiste injertado en el olivo cultivado, ¡cuánto más podrán ser injertadas las ramas originales en el olivo al que pertenecían!

Hasta ahora Pablo ha estado hablando a los judíos; pero aquí se dirige a los gentiles. Es el apóstol de los gentiles, pero no se puede olvidar de su propio pueblo. De hecho, llega a decir que una de sus metas principales es hacer que los judíos tengan envidia cuando vean lo que el Evangelio ha hecho por los

gentiles. Una de las maneras más seguras de hacer que la gente desee el Evangelio es hacerle ver en la vida real lo que puede hacer por una persona.

Una vez había un soldado que había sido herido en una batalla. El capellán se arrastró hasta el lugar e hizo todo lo que pudo por él. Se quedó haciéndole compañía cuando se retiró el resto de la tropa. En el ardor del día le dio agua de su cantimplora, mientras él mismo se abrasaba de sed. Por la noche, cuando descendía el relente frío, le cubría con su propia ropa. Al final, el herido miró al capellán y le dijo: «Padre, ¿es usted cristiano?» «Lo procuro» -le contestó el capellán. «Entonces -siguió diciendo el herido-, si el Cristianismo le hace hacer a uno por los demás lo que usted está haciendo por mí, dígame lo que es eso, porque yo lo quiero.» El Cristianismo en acción le hizo sentir envidia de una fe que podía producir una vida así.

Pablo esperaba, pedía y anhelaba que algún día los judíos vieran lo que el Evangelio había hecho por los gentiles y llegaran a desearlo.

Para Pablo el mundo sería un paraíso si los judíos entraran en la Salvación. Si el rechazamiento de los judíos había logrado tanto; si, por medio de él, el mundo gentil se había reconciliado con Dios, ¡qué gloria superlativa sería cuando los judíos entraran otra vez! Si la tragedia del rechazamiento había tenido unos resultados tan maravillosos, ¿cómo sería el final feliz cuando la tragedia del rechazamiento se cambiara en la gloria de la aceptación? Pablo dice simplemente que sería como una resurrección.

Seguidamente Pablo usa dos alegorías para mostrar que los judíos no pueden ser rechazados definitivamente. Todos los alimentos, antes de comerse, tenían que ofrecerse a Dios. Así la Ley establecía (*Números 15:19s*) que, si se preparaba la masa para hacer pan, la primera torta se tenía que ofrecer a Dios; una vez hecho eso, toda la masa quedaba consagrada. No hacía falta, digamos, ofrecerle a Dios todo el amasijo; el ofrecimiento de la primera porción santificaba el todo. Era

costumbre plantar árboles sagrados en lugares consagrados a Dios. Entonces, cuando se plantaba el pimpollo, se consagraba a Dios, y todas las ramas que diera después estaban consagradas.

Lo que Pablo deduce de este principio es que se da por sentado que los patriarcas fueron consagrados a Dios; tenían costumbre de oír la voz de Dios y de obedecer a Su palabra; habían sido elegidos y consagrados a Dios de una manera especial. De ellos procedió toda la nación de Israel; y lo mismo que sucedía con la primera torta de la masa, que se consagraba para que toda aquella hornada quedara consagrada, y con los pimpollos, para que todo el árbol fuera consagrado, la consagración especial de los fundadores hacía a la nación de Israel consagrada a Dios de una manera especial. La verdad que se nos quiere hacer comprender es que el remanente de Israel derivaba su fidelidad de los antepasados. Cada uno de nosotros vive de alguna manera del capital del pasado. No somos los primeros, ni el producto de nuestro propio esfuerzo. Somos lo que nos han hecho nuestros padres y antepasados piadosos; y, aunque nos apartemos y seamos infieles a nuestra herencia, no podemos desligarnos del todo de la bondad y fidelidad que nos hizo lo que somos.

Pablo pasa a hacer otra larga analogía. Más de una vez los profetas habían comparado la nación de Israel con el olivo de Dios. Eso era natural, porque el olivo era el árbol más corriente y útil en los países del Mediterráneo. «Olivo verde, hermoso en su fruto y en su parecer, llamó el Señor tu nombre» (*Jeremías 11:16*). « Se extenderán sus ramas, y será su gloria como la del olivo» (*Oseas 14:6*). Ahora Pablo compara a los gentiles con las ramas de un acebuche que han sido injertadas en el olivo cultivado que era Israel. Desde el punto de vista de la horticultura eso no se haría nunca. Por eso Pablo dice «contra lo que se hace naturalmente» (*versículo 24*). Lo natural sería injertar una rama de olivo cultivado en el silvestre para que diera buen fruto. Pero lo que Pablo nos quiere decir está muy claro: los gentiles habían estado en los montes entre otros

árboles silvestres, y ahora, por obra de la Gracia de Dios, estaban injertados en el buen olivo del huerto de Dios, participando de su riqueza y fertilidad.

De esta alegoría Pablo saca dos lecciones:

(i) La primera es *una palabra de advertencia*. Habría sido posible que los gentiles adoptaran una actitud de desprecio. ¿No era verdad que los judíos habían sido rechazados para que ellos entraran? En un tiempo en el que los judíos eran despreciados por todo el mundo, tal actitud habría sido de esperar. La advertencia de Pablo nos sigue siendo necesaria a nosotros. En efecto, dice que *no habría habido tal cosa como el Cristianismo si no hubiera existido primero el pueblo de Israel*. Sería una desgracia que la Iglesia Cristiana olvidara su deuda para con la raíz de la que brotó. Tiene una deuda que no podrá pagar nunca más que llevando el Evangelio a los judíos. Así que Pablo advierte a los gentiles contra el peligro del desprecio. Severamente, dice que si las ramas naturales fueron desgajadas por su infidelidad, más fácilmente les puede pasar lo mismo a las ramas injertadas.

(ii) La segunda parte es *una palabra de esperanza*. Los gentiles han experimentado la bondad de Dios; y los judíos, Su severidad. Si los gentiles permanecen fieles, seguirán disfrutando de la bondad de Dios; pero, si los judíos abandonan su incredulidad y entran en la fe, serán injertados; porque, dice Pablo, si fue posible que el acebuche fuera injertado en el olivo cultivado, mucho más será posible que las propias ramas del olivo cultivado sean injertadas de nuevo en su árbol original. De nuevo vemos que Pablo sigue esperando el final feliz, cuando los judíos se conviertan a Cristo.

Mucho de este pasaje es difícil de entender, aunque las analogías mediterráneas no podemos decir que nos suenen remotas; pero una cosa queda más clara que el agua: la relación que existe entre el judaísmo y el Cristianismo, entre lo antiguo y lo nuevo, el Antiguo Testamento y el Nuevo. Aquí está la respuesta a los que quieren prescindir del *Antiguo Testamento* como si fuera un libro exclusivamente judío y sin nada que ver

con el Cristianismo. Eso es **tan estúpido como desembarazarnos de una patada de la escalera por la que hemos subido adonde** nos encontramos. Sería estúpido de la rama el desgajarse **del tronco que la sostiene**. Israel es la raíz de la que crece la Iglesia Cristiana. La consumación vendrá solamente cuando el olivo silvestre y el cultivado sean uno solo y el mismo, y cuando no queden ramas sin injertar en el árbol padre.

PARA QUE TODO SEA POR GRACIA

Romanos 11:25-32

Hermanos, quiero que captéis este secreto que sólo pueden comprender los que conocen a Dios; porque no quiero que presumáis de vuestra sabiduría. Quiero que entendáis que el endurecimiento que le ha sobrevenido a Israel es solamente parcial, y durará sólo hasta que el número completo de los gentiles haya entrado. Y entonces, por fin, todo Israel se salvará, como está escrito: «Un Salvador saldrá de Sión, y eliminará toda clase de impiedad de Jacob. Este es el cumplimiento del pacto que Yo haga con ellos cuando quite de en medio sus pecados.» Por lo que se refiere al Evangelio, son enemigos de Dios, pero eso es para vuestro bien. Pero en lo que se refiere a la elección, son amados de Dios por amor a los patriarcas, porque los dones gratuitos y el llamamiento de Dios no se anulan nunca. En un tiempo vosotros desobedecíais a Dios; pero ahora habéis encontrado Su misericordia gracias a la desobediencia de ellos; y de la misma manera, los judíos ahora han desobedecido, para estar en condiciones para entrar en la misma misericordia que vosotros habéis encontrado ahora. Porque Dios ha confinado a todos los seres humanos en una situación de desobediencia, ¡para tener misericordia de todos!

Pablo está llegando al final de su argumento. Se ha enfrentado con una situación desconcertante y, para un judío, descorazonadora. Tenía que encontrar una explicación al hecho de que el pueblo escogido de Dios rechazara al Hijo de Dios cuando vino al mundo. Pablo no cerró los ojos al trágico suceso, sino encontró la forma en que toda la trágica situación podía encajar en el plan de Dios. Es verdad que los judíos rechazaron al Mesías; pero, como Pablo lo veía, ese rechazamiento sucedió para que Cristo pudiera ser ofrecido a los gentiles. Pablo insiste en la responsabilidad personal de los judíos por no haber aceptado el ofrecimiento de Dios. Mantiene al mismo tiempo la soberanía divina y la responsabilidad humana. Pero entonces suena una nota de esperanza. Su argumento es un tanto complicado, y resultará más fácil si tratamos de separar las diferentes partes.

(i) Pablo estaba seguro de que este endurecimiento de los corazones de los judíos no era total ni permanente. Había de cumplir un propósito, y una vez alcanzado, la situación cambiaría.

(ii) Pablo expone la paradoja del lugar de los judíos en el plan de Dios. A fin de que los gentiles pudieran entrar y de que se pudiera cumplir el propósito universal del Evangelio, los judíos habían llegado a una situación en la que quedaban como enemigos de Dios. La palabra que Pablo usa es *efhroi*. Es difícil de traducir porque tiene al mismo tiempo un sentido negativo y otro positivo. Puede querer decir tanto *aborrecedor* como *aborrecido*. Puede ser que en este pasaje tenga que entenderse en los dos sentidos a la vez. Los judíos eran hostiles a Dios y habían rechazado Su ofrecimiento, cayendo por ello en la desaprobación de Dios. Ese era el hecho presente; pero había otro hecho en relación con los judíos que nada podía alterar: eran el pueblo escogido de Dios y ocupaban un lugar especial en Su plan. Independientemente de lo que hicieran, Dios no podía faltar a Su Palabra. Le había hecho a los antepasados de aquel pueblo una promesa que tenía que cumplirse. Era seguro para Pablo por tanto, y cita *Isaías 59:20s* como confirmación, que el que Dios rechazara a los judíos no podía tener carácter permanente; ellos también, por fin, entrarían.

(iii) Entonces Pablo tiene una idea que nos puede parecer extraña: < Dios ha confinado a todos los seres humanos en una situación de desobediencia, ¡para tener misericordia de todos!> La única cosa que Pablo no podía concebir era que nadie, de ninguna nación, pudiera merecer su propia Salvación. Ahora bien: si los judíos hubieran observado una completa obediencia a la voluntad de Dios, podrían haber considerado que se habían ganado la Salvación de Dios como un derecho; así es que Pablo dice que Dios involucró a los judíos en desobediencia para que, cuando viniera Su Salvación, pudiera ser inconfundiblemente un acto de Su misericordia y no el resultado del mérito humano. Ni los judíos ni los gentiles podían salvarse nada más que por la misericordia de Dios.

En muchos sentidos nos puede parecer extraño el argumento de Pablo; pero el argumento no es irrelevante, porque detrás de él se encuentra nada menos que *una filosofía de la Historia*. Para Pablo, *Dios está en control*. Nada va a la deriva. Ni siquiera el acontecimiento más descorazonador puede estar fuera del propósito de Dios. Nada sucede a tontas y a locas. El propósito de Dios no se puede frustrar.

Se dice que una vez estaba un niño a la ventana en una noche terrible de tormenta. < A Dios -dijo- tienen que habersele desbocado los vientos.> Para Pablo eso no podía suceder jamás. Nada estaba nunca fuera del control de Dios.

Pablo habría añadido a ésta otra tremenda convicción. Habría insistido en que en todo y por medio de todo *el propósito de Dios es de Salvación y no de destrucción*. Puede que Pablo hubiera llegado a decir que Dios ordenaba las cosas para salvar a los hombres *aunque fuera contra voluntad de ellos*. En última instancia no es la ira de Dios la que persigue a los hombres sino el amor de Dios.

La situación de Israel era exactamente la que Francis Thompson describe de manera tan conmovedora en *The Hound of Heaven -El Mastín celestial*:

Huí de Él atravesando las noches y los días, Le huí bajo los arcos de los años; Le huí por los caminos laberínticos de mi mente; y en la niebla de lágrimas me escondí de Él, y en risa galopante.

Pero en caza sin prisa, con paso imperturbable, con ritmo calculado e instancia mayestática, los pies batían -y una voz latía más insistente que los pies-. -Todas las cosas te traicionan, porque me traicionas a Mí.

Y entonces llega el momento de la derrota del fugitivo:

¡Desnudo espero el inminente golpe de Tu amor! Has arrancado una tras otra las piezas de mi arnés, y me has hecho caer de rodillas, abatido, totalmente indefenso.»

Y entonces llega el fin:

Junto a mí se detienen las pisadas; ¿Es que es mi sombra sólo la de Tu mano en gesto de caricia? -¡Ah simple, ciego y débil, ¡Yo soy el Que tú buscas! ¡Te alejas del amor al huir de Mí!

Esa era exactamente la situación de los judíos. Se encontraron luchando contra Dios, resistiéndole; y aún lo siguen haciendo. Pero el amor de Dios los sigue persiguiendo. Aunque a veces *Romanos 9-II* nos dé otra impresión, en el último análisis es la historia de una todavía inacabada persecución de amor. No es la única.

EL GRITO DE UN CORAZÓN ADORADOR

Romanos 11:33-36

¡Qué insondables son las riquezas y la sabiduría y el conocimiento de Dios! ¡Cómo trascienden Sus decisiones la capacidad de la inteligencia humana! ¡Cuán misteriosos son Sus métodos! Porque, ¿quién ha alcanzado jamás a conocer la mente del Señor? ¿O quién puede pretender ser Su consejero? ¿Quién Le ha dado a Dios nada que Le pueda reclamar? ¡Todas las cosas proceden de Él, y existen gracias a El, y tienen en Él su meta! Por tanto, ¡a Él sea siempre la gloria! Amén.

Este es el pasaje más característico del apóstol Pablo. Aquí la teología se hace poesía. Aquí se pasa de la investigación de la mente a la adoración del corazón. Como conclusión, todo debe quedar como un misterio que el hombre no puede comprender ahora, pero cuyo secreto es el amor. Si uno puede decir que todas las cosas proceden de Dios, que todas las cosas tienen su ser por Él y que todas las cosas conducen a Él, ¿para qué decir más? Hay una cierta paradoja en la situación humana. Dios le ha dado al hombre una mente, y el hombre está obligado a usarla para pensar las cosas hasta donde pueda alcanzar su pensamiento. Pero es igualmente cierto que a veces se llega al límite y a uno no le queda más que aceptar y adorar.

Es pobre ahora mi cantar; mas cuando en gloria esté y allí Te pueda contemplar, mejor Te alabaré.

Pablo se había enfrentado con un problema descorazonador con todas las fuerzas de su extraordinaria inteligencia. No dice que lo ha resuelto como uno podría resolver un problema de matemáticas; pero dice que, después de intentarlo lo mejor posible, está contento con dejárselo todo al poder y al amor

de Dios. Muchas veces en la vida no nos queda más que decirle a Dios: «Con mi mente no lo puedo comprender, pero con todo mi corazón confío en Tu amor. ¡Hágase Tu voluntad!»

EL CULTO VERDADERO Y EL CAMBIO ESENCIAL

Romanos 12:1, 2

Hermanos, os ruego por las misericordias de Dios que Le presentéis vuestro cuerpo como un sacrificio vivo y santo que Le sea agradable; porque esta es la única clase de culto que es verdaderamente espiritual. Y que no amoldéis vuestra vida alas caprichosas modas de este mundo; sino transformaos independientemente de él; es decir, por medio de la renovación de vuestra mentalidad, hasta que experimentéis una verdadera transformación en la misma esencia de vuestro ser; para que, en vuestra propia vida, comprobéis que la voluntad de Dios es buena, y agradable, y perfecta.

Aquí tenemos a Pablo siguiendo su esquema habitual de escribir a sus amigos: siempre termina sus cartas con consejos prácticos. Su mente se zambulle en el infinito, pero nunca se pierde en él; siempre termina con los pies firmemente plantados en la tierra. Puede debatirse con los problemas más profundos de la teología; pero siempre acaba con las demandas éticas que gobiernan la vida de todo el mundo.

«Presentadle a Dios vuestro cuerpo» -dice. No hay exigencia más característicamente cristiana. Ya hemos visto que eso es lo que nunca diría un griego. Para él, lo que importaba era el espíritu; el cuerpo no era más que una prisión, algo despreciable y vergonzoso. Pero el cristiano sabe que su cuerpo pertenece a Dios tanto como su alma, y que puede servir a Dios tanto con su cuerpo como con su mente o su espíritu.

El cuerpo es el templo del Espíritu Santo y el instrumento

con el que hace Su obra. Después de todo, el gran hecho de la Encarnación quiere decir básicamente que Dios no desdeñó asumir un cuerpo humano, vivir en él y obrar por medio de él. Tomad el caso de una iglesia o catedral: se construye para dar culto a Dios; pero tiene que diseñarla la mente de un arquitecto; tienen que construirla obreros y artesanos, y sólo entonces llega a ser un templo en el que la gente se reúne para dar culto a Dios. Es un producto de la mente y del cuerpo y del espíritu del hombre.

Dice Pablo: «Tomad todas las tareas que tenéis que hacer todos los días: el trabajo ordinario de la tienda, la fábrica, los astilleros, la mina... y ofrecédselo a Dios como un acto de culto.» La palabra del versículo 1 que hemos traducido por culto con la versión Reina-Valera tiene una historia interesante. Es *latréia*, el nombre correspondiente al verbo *latréuein*. En su origen, *latréuein* quería decir *trabajar por la paga o el sueldo*. Era la palabra que se usaba para un trabajador que daba su tiempo y esfuerzo a un contratista a cambio de un salario. No era el trabajo de un esclavo, sino una actividad voluntaria. De ahí pasó a significar *servir* en general; pero también *aquello a lo que una persona dedica toda su vida*. Por ejemplo: de un artista se decía que estaba *latréuein kallei*, que quiere decir *dedicar la vida al servicio de la belleza*. En ese sentido ya se acercaba al de *dedicarse o dedicar la vida*. Por último, llegó a ser la palabra característica del *servicio de los dioses*. En la Biblia siempre se refiere al servicio y al culto a Dios.

Aquí tenemos un hecho muy significativo: el verdadero culto es ofrecerle a Dios nuestro cuerpo y todo lo que hacemos con él todos los días. El verdadero culto a Dios no es ofrecerle una liturgia, por muy noble que sea, o un ritual, ni siquiera el más solemne. *El verdadero culto es ofrecerle a Dios nuestra vida cotidiana*; no algo que hay que hacer en la iglesia, sino algo que ve todo el mundo, porque somos el templo del Dios vivo. Uno puede que diga: «Voy a la iglesia a dar culto a Dios»; pero debería también decir: «Voy a la fábrica, la tienda, la oficina, la escuela, el garaje, la mina, el astillero, el campo, el

jardín o la cocina, a dar culto a Dios.» Esto no quiere decir precisamente estar cantando himnos o pensando en Dios o « dando testimonio» mientras se trabaja, lo cual tal vez nos restaría concentración en lo que estamos haciendo; sino hacer lo que se espera de nosotros lo mejor posible, como si fuera -¡como que es!- para la gloria de Dios.

Esto, sigue diciendo Pablo, exige un cambio radical. No debemos adoptar las formas del mundo; sino transformarnos, es decir, adquirir una nueva manera de vivir. Para expresar esta verdad Pablo usa dos palabras griegas casi intraducibles, que requieren frases para transmitir su sentido. La palabra que usa para amoldarnos al mundo es *sysjématízesthai*, de la raíz *sjéma* -de donde viene la palabra española y casi internacional *esquema*-, que quiere decir *forma exterior* que cambia de año en año y casi de día en día. El *sjéma* de una persona no es el mismo cuando tiene 17 años que cuando tiene 70; ni cuando sale del trabajo que cuando está de fiesta. Está cambiando constantemente. Por eso dice Pablo: « No tratéis de estar siempre a tono con todas las modas de este mundo; no seáis "camaleones", tomando siempre el color del ambiente.»

La palabra que usa para *transformaos* de una manera distinta a la del mundo es *metamorfústhai*, de la raíz *morfé*, que quiere decir *la naturaleza esencial e inalterable* de algo. Una persona no tiene el mismo *sjéma* a los 17 que a los 70 años, pero sí la misma *morfé*; con el mono no tiene el mismo *sjéma* que vestido de ceremonia, pero tiene la misma *morfé*; cambia su aspecto exterior, pero sigue siendo la misma persona. Así, dice Pablo, para dar culto y servir a Dios tenemos que experimentar un cambio, no de aspecto, sino de personalidad. ¿En qué consiste ese cambio? Pablo diría que, por nosotros mismos, vivimos *kata sarka*, dominados por la naturaleza humana en su nivel más bajo; en Cristo vivimos *kata Jriston o kata Pneuma*, bajo el control de Cristo o del Espíritu. El cristiano es una persona que ha cambiado en su esencia: ahora vive, no una vida egocéntrica, sino Cristocéntrica.

Esto debe ocurrir, dice Pablo, por la renovación de la men-

talidad. La palabra que usa para *renovación* es *anakainósis*. En griego hay dos palabras para *nuevo*: *neós* y *kainós*. *Neós* se refiere al *tiempo*, y *kainós* al *carácter* y *la naturaleza*. Un lápiz recién fabricado es *neós*; pero una persona que era antes pecadora y ahora está llegando a ser santa es *kainós*. Cuando Cristo entra en la vida de un hombre, éste es un *nuevo* hombre; tiene una mentalidad diferente, porque tiene la mente de Cristo.

Cuando Cristo llega a ser el centro de nuestra vida es cuando podemos presentarle a Dios el culto verdadero, que consiste en ofrecerle cada momento y cada acción.

UNO PARA TODOS Y TODOS PARA UNO

Romanos 12:3-8

Por la gracia que se me ha concedido os digo a cada uno de vosotros que no tenga una actitud orgullosa por encima de como debe ser, sino encaminada a la sabiduría, y de acuerdo con la medida de la fe que Dios le ha dado a cada uno de vosotros. Así como tenemos muchos miembros en el cuerpo, pero no todos tienen la misma función, así los cristianos, aunque somos muchos, formamos un cuerpo en Cristo y somos miembros los unos de los otros. Puesto que tenemos diferentes dones, según la gracia que se nos ha dado a cada uno, usémoslos en el servicio mutuo. Si hemos recibido el don de profecía, profeticemos de acuerdo con la proporción de la fe que hemos recibido. Si hemos recibido el don del servicio práctico, usémoslo en el servicio. Si nuestro don es la enseñanza, enseñemos. Si está en la exhortación, usémoslo para exhortar. Si somos llamados para compartir, hagámoslo con sencilla amabilidad. Si somos llamados para dirigir, hagámoslo con celo. Si se presenta la ocasión de mostrar misericordia, hagámoslo con simpática alegría.

Uno de los pensamientos favoritos de Pablo acerca de la Iglesia Cristiana es que es como un cuerpo (cp. 1 *Corintios* 12:12-27). Los miembros del cuerpo no discuten, ni se envidian, ni se pelean unos con otros. Cada parte del cuerpo realiza sus funciones, ya sean prominentes o humildes. Pablo estaba convencido de que así debería suceder en la Iglesia Cristiana. Cada miembro tiene una tarea; y es sólo cuando todos cumplen con su función como es debido cuando el cuerpo de la Iglesia funciona como Dios manda.

En este pasaje encontramos reglas para la vida común.

(i) Lo primero de todo es conocernos a nosotros mismos. Uno de los principios básicos de los sabios griegos era: «Conócete a ti mismo.» No llegaremos muy lejos en nada hasta que sepamos lo que podemos y lo que no podemos hacer. El tener clara nuestra capacidad, sin presunción ni falsa modestia, es una de las primeras cosas esenciales para una vida útil.

(ii) Segundo, nos anima a aceptarnos a nosotros mismos y a usar los talentos que Dios nos ha confiado. No tenemos que envidiar los que tengan otros ni lamentar no tenerlos nosotros. Tenemos que aceptarnos tal como somos y usar el don que tengamos. Puede que el resultado sea que descubramos y tengamos que aceptar el hecho de que nuestro servicio ha de ser humilde y poco apreciado. Una de las creencias básicas importantes de los estoicos era que hay una chispa divina en todas las vidas. Los escépticos se reían de esa doctrina. «¿Que Dios está en los gusanos? -preguntaban los escépticos-. ¿Dios en los abejorros?» A lo que respondían los estoicos: «¿Por qué no? ¿Es que no pueden esas criaturas servir a Dios? ¿Es que hay que ser general para ser un buen soldado? ¿No puede el soldado raso pelear bien y dar la vida por la patria? Feliz el que sirve a Dios y cumple su misión tan fielmente como un gusano.»

La continuidad de la vida del universo depende de las criaturas más humildes. Pablo está diciendo aquí que uno tiene que empezar por aceptarse a sí mismo; y aunque encuentre que la contribución que puede ofrecer no se va a ver, ni va a recibir

alabanza ni prominencia, debe hacerla con la seguridad de que es importante, y que sin ella el mundo y la iglesia quedarían privados de algo.

(iii) Tercero: Pablo está diciendo realmente que todos los dones vienen de Dios. Llama a los dones *jarísmata*. En el Nuevo Testamento, *járisma* es algo que Dios le da a una persona que no habría podido adquirir por sí misma.

De hecho, así es la vida. Uno puede pasarse la vida practicando, y nunca tocará el violín como Yehudi Menuhin. Este tiene más que práctica; tiene un extra, un *járisma*, un don de Dios. Puede que uno se afane toda la vida, y no consiga manejar como quisiera la madera, o el vidrio, o los metales; y sin embargo otro les puede dar forma con tal facilidad que parece que la herramienta que usa es parte de su cuerpo; tiene algo especial, el *járisma*, que es un don de Dios. Una persona puede estar practicando día tras día para hablar en público, y no consigue adquirir ese algo mágico que mueve a una audiencia o a una congregación; otro no hace más que aparecer en la tarima o asomarse al púlpito, y ya tiene a la gente pendiente de sus labios; tiene ese *járisma*, o don de Dios. Uno se pasará la vida intentando expresar sus pensamientos por medio de la palabra escrita sin conseguirlo, mientras otro no tiene más que ponerse a escribir, y las páginas le salen perfectas y como sin esfuerzo; el segundo tiene el *járisma*, que es un don de Dios.

Cada uno tiene su propio *járisma*. Puede que sea escribir, o predicar, o construir casas, o plantar semillas, o tocar el piano, o cantar canciones, o enseñar a los niños, o jugar al fútbol o a lo que sea. Es un extra que Dios le ha dado.

(iv) Cuarto: sea el que sea el don que uno tenga, debe usarlo, no para su prestigio personal, sino porque está convencido de que es tanto su deber como su privilegio el hacer su contribución al bien común. La parábola de los talentos nos advierte, además, que es peligroso defraudar a Dios en el uso de sus dones. Y pobre de la iglesia que no tiene interés en descubrir los dones y en dar ocasión de practicarlos al que los tiene. Se empobrece a sí misma y al mundo.

Veamos ahora los dones que Pablo especifica aquí.

(i) El don de profecía. Rara vez se menciona en el Nuevo Testamento con el sentido de predecir el futuro; más corrientemente quiere decir proclamar la Palabra de Dios. En 1 Corintios 14:3 se nos dice que el que profetiza habla para edificar, exhortar y consolar. El profeta anuncia el mensaje del Evangelio con la autoridad del que sabe lo que dice. Para anunciar a Cristo a los demás uno tiene que conocerle primero por sí mismo. «Lo que necesita esta parroquia -decía el padre de Carlyle- es un hombre que conozca a Cristo más que de segunda mano.» Eso es lo que necesitan todas las iglesias.

(ii) El don del servicio práctico (*diakonía*). Es significativo que Pablo coloque el servicio práctico entre los primeros dones de la lista. Puede que uno no tenga nunca la oportunidad de subirse a un púlpito para proclamar a Cristo; pero no hay nadie que no tenga oportunidades todos los días de mostrar el amor de Cristo en obras de servicio a sus semejantes.

(iii) El don de enseñar. No basta con proclamar el mensaje de Cristo; también hay que explicarlo. Es muy posible que uno de los fallos de las iglesias en el tiempo presente esté precisamente ahí. La exhortación y la invitación sin una enseñanza sólida son insuficientes y a veces hasta inútiles.

(iv) El don de la exhortación. La exhortación debe tener una nota dominante, que es dar ánimo. Hay una regla en la marina que es que ningún oficial debe desanimar a otro en el cumplimiento de su deber. Hay una clase de exhortación que desalienta. La verdadera exhortación tiene por objeto, no suspender al oyente sobre las llamas del infierno, sino animarle a disfrutar plenamente de la vida en Cristo.

(v) Está el compartir. Pablo dice que hay que hacerlo con una simpática amabilidad. La palabra que usa Pablo es *haplotés*, que es difícil de traducir porque incluye la sencillez y la generosidad. Un gran comentario cita un pasaje del Testamento de Isacar que ilustra perfectamente el significado de esta palabra:

< Y mi padre me bendijo, viendo que yo me conducía con sencillez (*haplotés*). Yo no era entremetido en mis acciones, ni malintencionado ni envidioso con mi prójimo; no hablaba mal de nadie ni atacaba la vida de nadie, sino miraba a la gente con sinceridad (literalmente: con *haplotés* de mi ojo). Proveía de las cosas buenas de la tierra a los pobres y afligidos con sencillez (*haplotés*) de corazón. Una persona sencilla (*haplús*) no desea oro, ni seduce a su prójimo, ni se preocupa de alimentos delicados, ni anhela ropas diversas, ni se promete una larga vida, sino recibe solamente lo que Dios quiere para él. Se conduce rectamente y considera todo con sencillez (*haplotés*).

Hay una clase de dar que figonea las circunstancias de la persona, que suelta un rollo al dar la ayuda, y da no tanto para aliviar la necesidad del otro como para regodearse en su propia vanidad y satisfacción; que da por un molesto sentido del deber en lugar de un sentimiento radiante de alegría; que da siempre con una segunda intención y nunca por el simple placer de dar. El compartir cristiano es con *haplotés*, la sencilla amabilidad que se deleita en el simple placer de dar, sin otra razón.

(vi) También está el *ser llamado a ocupar un puesto de responsabilidad o de dirección*. Pablo dice que, si somos llamados, debemos hacerlo con celo. Uno de los problemas más difíciles que acechan hoy a las iglesias es encontrar personas responsables para todos sus departamentos. Hay cada vez menos personas con sentido de servicio y de responsabilidad, deseosas de sacrificar su ocio para asumir un cargo directivo. En muchos casos se pretende no estar preparado ni ser digno, cuando la verdad es que no se está dispuesto, o no se tiene suficiente interés. Si tal puesto directivo se asume, dice Pablo, se ha de cumplir con *celo*. Hay dos maneras en las que un anciano de la iglesia puede dar una tarjeta de comunión -para mencionar algo que se hace en Escocia-: puede echarla en el buzón o entregarla personalmente al hacer una visita. Hay dos maneras en que un maestro puede preparar una lección: con mente y corazón entregados, o de una manera rutinaria. Una

persona puede cumplir sus deberes en la iglesia aburrida y monótonamente, o con la alegría y el entusiasmo que da el celo. Las iglesias necesitan ahora líderes con celo en el corazón. Hay una palabra terrible en *Jeremías 48:10*: < Maldito el que hiciere indolentemente la obra del Señor.>

(vi) Hay *momentos en los que hay que mostrar compasión*. Y ha de hacerse con amable simpatía, dice Pablo. Se puede perdonar de una forma que resulta un insulto. Se puede perdonar y al mismo tiempo mostrar crítica y desprecio. Si alguna vez hemos de perdonar a un pecador, debemos recordar que nosotros también somos pecadores. < Ese sería yo, si no fuera por la gracia de Dios> -dijo George Whitefield cuando vio a un criminal camino de la horca. Hay una manera de perdonar que empuja al ofensor hacia el sumidero; y hay otra manera que saca del cieno. El verdadero perdón se basa en el amor y no en la superioridad, y redime y no humilla.

DIEZ REGLAS PARA LA VIDA COTIDIANA

Romanos 12:9-13

Vuestro amor debe ser absolutamente sincero. Aborreced lo malo y adheríos a lo bueno. Sed afectuosos en vuestro amor a los hermanos. Conceded prioridad a los demás en lo que reporta honor. No seáis perezosos en lo que requiere celo. Mantened el espíritu al rojo vivo. No dejéis escapar las oportunidades. Regocijaos en la esperanza. Enfrentaos con la tribulación con victoriosa entereza. Sed constantes en la oración. Compartid lo que tengáis para ayudar en sus necesidades a los que están consagrados a Dios. Estad dispuestos a ofrecer hospitalidad.

Pablo ofrece a sus amigos diez reglas telegráficas para la vida ordinaria y cotidiana. Vamos a considerarlas una a una.

i

(i) El amor debe ser absolutamente sincero. No debe tener nada de hipocresía, ni de apariencia, ni de segundas intenciones. Hay tal cosa como un amor interesado que da afecto con un ojo y mira la ganancia con el otro. Hay tal cosa como un amor egoísta cuya meta es recibir más de lo que se da. El amor cristiano está limpio de egoísmo; es dar el corazón antes que nada.

(ii) Debemos aborrecer lo malo y adherirnos a lo bueno. Se ha dicho que nuestra única seguridad frente al pecado está en que nos repela. Fue Carlyle el que dijo que lo que necesitamos es ver la infinita belleza de la santidad y la infinita fealdad del pecado. Las palabras que usa Pablo son fuertes. Se ha dicho que ninguna virtud es fuerte si no es apasionada. Una persona no tiene estabilidad si todo lo que hace es evitar prudentemente el mal y calcular su adhesión al bien; debe odiar el mal y amar el bien. De una cosa tenemos que estar seguros: lo que muchos odian no es el mal, sino sus consecuencias. Nadie es realmente bueno si lo es sólo porque teme las consecuencias de ser malo. El camino a la verdadera bondad no es temer las consecuencias de la deshonra, sino amar apasionadamente la honra.

(iii) Debemos ser afectuosos en nuestro amor a los hermanos. La palabra que usa Pablo es *filostorgos*, y *storgué* es la palabra griega para el amor de la familia. Debemos amarnos porque somos de la familia. No somos extraños para los demás de la iglesia, ni ellos para nosotros. Y mucho menos unidades aisladas. Somos hermanos y hermanas porque tenemos un mismo Padre, Dios.

(iv) Debemos conceder prioridad a los demás en el honor. Más de la mitad de los problemas que surgen en las iglesias es por los derechos y los privilegios y los prestigios. A alguien no se le ha respetado el puesto; se ha olvidado a alguien o no se le han dado las gracias. La señal del verdadero cristiano ha sido siempre y debe ser la humildad. Uno de los hombres más humildes fue el gran santo e investigador rector Caims. Alguien ha recordado un incidente simpático que le mostraba tal como era. Formaba parte del equipo que presidía una gran conferencia. Cuando él salía por la puerta, en la reunión pública

hubo una gran explosión de aplausos. Caims se puso a un lado, cedió el paso al siguiente y empezó a aplaudirle; no se figuraba que el aplauso era para él. No es fácil ceder a otro el puesto de honor. Hay lo bastante del hombre natural en nosotros como para querer que se nos ponga por delante; pero el cristiano no tiene derechos; sólo deberes.

(v) No debemos ser perezosos en lo que requiere celo. Hay una cierta intensidad en la vida cristiana; no hay lugar para el letargo. El cristiano no puede echarle pachorra a las cosas, porque el mundo es siempre un campo de batalla entre el bien y el mal, el tiempo es corto y la vida es una preparación para la eternidad. El cristiano se puede consumir, pero no oxidar.

(vi) Debemos mantener el espíritu al rojo vivo. El único al que el Señor Resucitado no podía aguantar era el que no era ni caliente ni frío (Apocalipsis 3:1 Ss). Ahora la gente mira con sospecha a los entusiastas; el grito de batalla moderno es: «¡Me importa un rábano!» Pero el cristiano lo toma desesperadamente en serio; está ardiendo para Cristo.

(vi;) La séptima advertencia de Pablo puede querer decir una de dos cosas. Los manuscritos antiguos oscilan entre dos lecturas: unos ponen «Servid al Señor», y otros «Servid al tiempo», es decir, «No dejéis escapar las oportunidades.» La razón por la que hay estas variantes es que todos los antiguos amanuenses usaban abreviaturas. Una de las más corrientes era omitir las vocales -como se hace ahora en taquigrafía- y colocar una tilde sobre las restantes letras. Ahora bien: la palabra para Señor es *Kyrios*, y la de tiempo es *kairós*; así es que las dos se abreviaban *krs*. En una sección tan llena de consejos prácticos es lo más probable que Pablo estuviera diciéndoles a sus amigos: «Aprovechad las oportunidades que se os presenten.» La vida nos ofrece toda clase de oportunidades -de aprender algo nuevo, o de podar algo viejo o infructuoso; de dar una palabra de ánimo, o de advertencia; de ayudar, o de consolar. Una de las tragedias de la vida consiste en dejar escapar estas oportunidades que, en la misma forma, no se nos volverán a presentar. Como dice un refrán: «Hay tres

cosas que no vuelven: la flecha que se tira, la palabra que se dice y la oportunidad que se pierde.»

(vi) Tenemos que regocijarnos en la esperanza. Cuando Alejandro Magno estaba haciendo los planes para una de sus campañas en Oriente, estaba repartiendo toda clase de regalos entre sus amigos. En su generosidad ya había dado casi todas sus posesiones. < Señor -le dijo uno de sus amigos-, no te va a quedar nada.» «¡ Sí! -contestó Alejandro-. Me quedarán mis esperanzas.» El cristiano es optimista por naturaleza. Simplemente porque Dios es Dios, el cristiano siempre está seguro de que lo mejor está por venir. No le va aquello del poeta de que «cualquiera tiempo pasado fue mejor.» Como sabe que la Gracia de Dios es siempre suficiente, y que la potencia de Dios se perfecciona en nuestras debilidades, el cristiano sabe que ninguna tarea le vendrá grande. « No hay situaciones desesperadas en la vida; lo que hay son personas que han perdido la esperanza.» No existe tal cosa como un cristiano desesperado o desesperanzado.

(ix) Tenemos que enfrentarnos con la tribulación con victoriosa entereza. Alguien le dijo una vez a un hidalgo sufridor: «El sufrimiento le da color a la vida, ¿verdad?» A lo que él contestó: « Sí; pero yo elijo los colores.» Cuando se cernía sobre Beethoven la terrible perspectiva, ya segura, de una sordera total, dijo: «Cogeré a la vida por el cuello.»

Cuando Nabucodonosor arrojó a los tres israelitas al «horno de fuego ardiendo», se maravilló de que no sufrieran ningún daño, y preguntó si no habían arrojado a tres hombres atados. Cuando le dijeron que sí, él añadió: «Pues yo veo a cuatro, sueltos, andando por las Vainas tan campantes; y el Cuarto tiene el aspecto de un "hijo de los dioses"» (*Daniel 3:24s*). El cristiano se puede enfrentar con lo que sea, siempre que sea con Jesús.

(x) Hemos de ser constantes en la oración. ¿No es verdad que a veces en la vida se nos pasan los días y hasta las semanas sin hablar con Dios? Cuando un cristiano deja de orar, se despoja de la armadura del Todopoderoso. No hay que sorpren-

derse de que la vida se desmorone cuando nos empeñamos en vivirla solos.

(xi) Hemos de compartir lo que tengamos para ayudar a los hermanos necesitados. En un mundo consumista que no piensa más que en conseguir, el cristiano está dispuesto a dar, porque sabe que < perdemos lo que retenemos y tenemos lo que damos.»

(xii) El cristiano ha de estar dispuesto a ofrecer hospitalidad. Una y otra vez insiste el *Nuevo Testamento* en este deber de la puerta abierta (*Hebreos 13:2; 1 Timoteo 3:2; Tito 1:8; 1 Pedro 4:9*). El traductor inglés Tyndale usaba una palabra magnífica cuando ponía aquí que el cristiano debe tener una disposición *de puerto*. Un hogar no puede ser nunca feliz si es egoísta. El Cristianismo es la religión de la mano abierta, el corazón abierto y la puerta abierta.

EL CRISTIANO Y SUS SEMEJANTES

Romanos 12:14-21

Benedicid a los que os persiguen; bendecidlos en vez de maldecirlos. Alegraos con los que están alegres, y llorad con los que lloran. Vivid en armonía con los demás. Guardaos del orgullo, y no os resistáis a asociaros con la gente sencilla. No os creáis más sabios que nadie. No devolváis mal por mal. Procurad que vuestra conducta sea tal que no ofenda a nadie. En lo que dependa de vosotros, vivid en paz con todo el mundo. Queridos hermanos: No tratéis de vengaros de nadie por vosotros mismos; dejad que sea La Ira la que lo haga por vosotros; porque está escrito: «La venganza me corresponde a Mí; Yo retribuiré, dice el Señor. » Así que, si tu enemigo tiene hambre, dale de comer; y si tiene sed, dale de beber. Al hacer eso le amontonas brasas sobre la cabeza. No te dejes vencer por el mal, sino vence el mal con el bien.

Pablo ofrece una serie de reglas y principios para gobernar nuestras relaciones con nuestros semejantes.

(i) El cristiano debe arrostrar la persecución orando por los que le persiguen. Hace mucho tiempo Platón había dicho que una buena persona prefiere que le hagan mal antes que hacérselo ella a los demás; y odiar siempre es malo. Cuando un cristiano es insultado o maltratado, tiene el ejemplo de su Maestro, Que pidió el perdón de los que Le estaban crucificando.

Una de las más fuertes fuerzas de atracción al Cristianismo ha sido esta serena actitud de perdón que han mostrado los mártires de todos los tiempos. Esteban murió pidiéndole a Dios que perdonara a los que le estaban apedreando (*Hechos 7:60*), entre los cuales había un joven llamado Saulo, que después sería Pablo, apóstol de los gentiles y siervo de Cristo. No cabe duda que el impacto de la escena de la muerte de Esteban fue una de las claves de su conversión. Como dijo Agustín: « La Iglesia debe Pablo a la oración de Esteban.» Muchos perseguidores han llegado a ser seguidores de la fe que trataron de destruir al comprobar cómo perdonan los cristianos.

(ii) Hemos de alegrarnos con los que están alegres, y llorar con los que lloran. Hay pocos lazos tan entrañables como el del dolor compartido. Cierta escritora nos cuenta lo que dijo una mujer americana de color: Una señora de Charleston conocía a la criada negra de una vecina. « He sentido mucho la muerte de su tía Lucy -le dijo-. Debe de echarla usted mucho de menos, porque eran tan amigas...» « Es verdad -contestó la criada-, siento mucho que se haya muerto. Pero no éramos amigas.» « ¿Qué? Yo creía que sí lo eran. Las he visto a ustedes hablar y reírse juntas muchas veces.» « Sí, es verdad -fue su respuesta-;nos reíamos y hablábamos mucho, pero no éramos más que conocidas. ¿Sabe, señorita Ruth? Nunca lloramos juntas. Las personas tienen que llorar juntas para ser amigas.» El lazo que producen las lágrimas une más que nada en el mundo. Y sin embargo es más fácil llorar con los que lloran que alegrarse con los que están alegres. Hace mucho, Crisóstomo escribió sobre este pasaje: «Requiere más talante

cristiano alegrarse con los que están alegres que llorar con los que lloran; porque esto último se hace perfectamente por naturaleza, y no hay nadie tan duro de corazón que no lllore con el que pasa por una calamidad; pero lo otro requiere un alma muy noble, que no sólo está libre de la envidia, sino que siente placer con la persona que es estimada.» Es verdad que es más difícil congratularse con el éxito ajeno, especialmente cuando supone una desilusión propia, que sentir el dolor o la pérdida de otro. Sólo cuando estamos muertos al yo podemos regocijarnos en el éxito de otro como si fuera nuestro.

(iii) Hemos de vivir en armonía con los demás. Fue Nelson el que, después de una de sus grandes victorias, dio como la razón de ésta en su informe: «Tuve la dicha de mandar a una compañía de hermanos.» Eso es lo que debe ser una iglesia cristiana: una compañía de hermanos. Leighton escribió una vez: « La forma de gobierno eclesiástico puede ser optativa; pero la paz y la concordia, la amabilidad y la buena voluntad son indispensables.» Cuando la discordia se introduce en la sociedad cristiana, se pierde la esperanza de hacer un buen trabajo.

(iv) Hemos de guardarnos del orgullo y el esnobismo. Tenemos que recordar siempre que el parámetro por el que juzga el mundo no es necesariamente el mismo que usa Dios. La santidad no tiene nada que ver con el rango, la riqueza o el nacimiento. El Dr. James Back describe una escena de una iglesia cristiana primitiva. Se ha convertido una persona importante, y viene al culto por primera vez. Entra en la habitación donde se está celebrando. El que dirige el culto le señala un lugar. « ¿Se quiere sentar ahí, por favor?» -le dice. «No me puedo sentar ahí -le contesta el hombre importante-, porque eso sería sentarme al lado de mi esclavo.» «¿Quiere usted tener la bondad de sentarse ahí?» -le vuelve a indicar el pastor. «Pero -replica el hombre-, ¡no querrá usted que me sienta al lado de mi esclavo!» « ¿Quiere usted sentarse ahí?» -le dice el otro por tercera vez. Por último el hombre importante cruza la habitación, se sienta al lado de su esclavo y le da el beso de paz. Eso es lo que hacía el Cristianismo, que era lo único

que lo podía hacer en el Imperio Romano. La iglesia cristiana era el único lugar en el que se sentaban el amo y el esclavo el uno al lado del otro. Sigue siendo el único sitio en el que todas las diferencias humanas han desaparecido, porque Dios no hace discriminación.

(v) Hemos de procurar que nuestra conducta sea tal que no ofenda a nadie. Pablo insiste en que la conducta cristiana no sólo debe ser buena, sino parecerlo. Hay un supuesto «cristianismo» intransigente y antipático; pero el verdadero Cristianismo es algo que da gusto ver.

(vi) Hemos de vivir en paz con todo el mundo. Pero Pablo añade dos condiciones: (a) Dice si *es posible*. Puede llegar el momento en que las exigencias de la cortesía tengan que ceder el paso a las del principio. El Cristianismo no es una pachorra tolerante que lo acepta todo con los ojos cerrados. Puede que haya momentos en los que hay que librar batallas, y el cristiano no debe evadirlas. (b) Dice *en lo que dependa de vosotros*. Pablo sabía muy bien que a algunos les es más fácil vivir en paz que a otros. Sabía que algunos tienen que contenerse más en una hora que otros en toda la vida. Haremos bien en recordar que la bondad les es considerablemente más asequible a unos que a otros. Eso nos libraré de la crítica y del desánimo.

(vii) Hemos de abstenernos hasta de pensar en vengarnos. Pablo da tres razones: (a) La venganza no nos corresponde a nosotros, sino a Dios. En última instancia ningún ser humano tiene derecho a juzgar a otro; sólo Dios puede hacerlo. (b) La mejor manera de ganarnos a una persona es tratarla con amabilidad en lugar de vengarnos. La venganza puede quebrantar su espíritu; pero la amabilidad quebrantará su corazón. « Si somos amables con nuestros enemigos dice Pablo-, eso amontará brasas sobre su cabeza.» Eso no quiere decir que hará que le caiga encima un castigo peor, sino que les hará sentir una vergüenza que no podrán soportar, y que los obligará a cambiar. (c) El rebajarnos a vengarnos es dejarnos vencer por el mal. El mal nunca se puede conquistar con el mal. Cuando el odio se encuentra frente al odio, se crece; pero si se encuentra

con el amor, se desintegra. Como decía Booker Washington:

' «No voy a **permitir que ninguna persona me haga rebajarme a odiarle.**» **La única manera de dejar de tener enemigos es hacernos sus amigos.**

EL CRISTIANO Y EL ESTADO

Romanos 13:1-7

Que cada cual preste la debida obediencia a dos que están en puestos de autoridad, porque no hay autoridad a la que Dios no le haya asignado su esfera; porque ha sido Dios Quien ha colocado en su sitio a las autoridades que existen. Esto quiere decir que el que se opone a una autoridad realmente se está oponiendo al orden de cosas que Dios ha establecido. Los que se oponen a la autoridad se acarrearán un merecido castigo. Porque, el que vive honradamente no es el que tiene que tenerles miedo a los gobernantes, sino el que hace lo que no debe. ¿Quieres no tener que temer a la autoridad? Pues vive como es debido, y las autoridades no podrán decir de ti nada más que cosas buenas, porque los que están al servicio de Dios están para tu bien. Si haces lo que no debes, entonces sí que debes tener miedo; porque no en vano tiene poder para dictar sentencia de muerte el que está en autoridad, ya que está al servicio de Dios, y su misión es aplicar ira y venganza al que lleva mala vida. Por eso es por lo que debes someterte, no sólo por temor a la ira, sino por causa de la conciencia.

Por esta misma razón debes también pagar los impuestos; porque los que están en autoridad son siervos de Dios y esa es su misión. Dale a cada uno lo que le es debido: al que se le deba pagar tributo, págaselo; a los que impuestos, lo mismo; al que se deba tener respeto, trátale con respeto. Al que se le deba mostrar honor, muéstraselo.

La primera impresión que nos hace este pasaje es muy extraña. Parece aconsejar al cristiano una sumisión total al poder civil. Pero, de hecho, este es un mandamiento que aparece en todo el *Nuevo Testamento*. En *1 Timoteo 2:1 s* leemos: «Insisto en que se hagan súplicas, oraciones, intercesiones y acciones de gracias por todos los hombres; por los reyes y por todos los que están en posiciones de autoridad, para que vivamos tranquilamente y en paz, piadosamente y con respeto en todos los sentidos.» En *Tito 1:3*, el consejo al predicador es: «Recuérdales que sean sumisos a los gobernantes y a las autoridades, que sean obedientes, que estén siempre dispuestos a hacer las cosas honradamente.» En *1 Pedro 2:13-17* leemos: «Por causa del Señor someteos a toda institución humana, ya sea al emperador como jefe supremo, o a los gobernantes que aquél envía para castigar a los que obran mal y recompensar a los que bien. Porque la voluntad de Dios es que, viviendo honradamente, hagáis callar la ignorancia de algunos tontos... Tened respeto a todos los hombres. Amad a los hermanos. Temed a Dios. Honrad al emperador.»

Puede que nos dé la tentación de suponer que estos pasajes provienen de un tiempo cuando el gobierno romano no había empezado a perseguir a los cristianos. Sabemos, por ejemplo, que en el *Libro de los Hechos*, como hizo notar Gibbon, el tribunal de los magistrados paganos fue a menudo el refugio más seguro contra la furia del populacho judío. Una y otra vez vemos a Pablo recibiendo protección de manos de la justicia imperial romana. Pero lo interesante y significativo es que muchos años y hasta siglos después, cuando la persecución había empezado a rugir y se consideraba a los cristianos fuera de la ley, los líderes cristianos seguían diciendo exactamente lo mismo.

Justino Mártir (*Apología 1:17*) escribe: «En todas partes nosotros estamos más dispuestos que nadie y nos esforzamos por pagar a los funcionarios que asignáis los impuestos ordinarios y extraordinarios, como Jesús nos ha enseñado. No damos culto nada más que a Dios, pero en otros respectos os servimos

de buena gana, reconociéndoos como reyes y gobernantes, y orando para que, con vuestro poder real, se os conceda también sano juicio.» Atenágoras, suplicando la paz de los cristianos, escribe (*capítulo 37*): «Merecemos consideración porque oramos por vuestro gobierno, para que podáis recibir el reino de la manera más justa, el hijo del padre, y que vuestro imperio aumente y se acreciente hasta que toda la humanidad os esté sujeta.» Tertuliano (*Apología 30*) escribe extensamente: «Ofrecemos oración por la salud de nuestros príncipes a nuestro Dios eterno, verdadero y vivo, cuyo favor ellos deben desear más que ninguna otra cosa... Sin cesar, por todos nuestros emperadores ofrecemos oración. Oramos para que se les prolongue la vida; para que haya seguridad en el imperio; por protección para la casa imperial; por ejércitos valerosos, por un senado fiel, por un pueblo virtuoso, por la paz del mundo -por todo, en fin, lo que el emperador pueda desear, como hombre o como César.» Y sigue diciendo que el cristiano no puede por menos de apreciar al emperador, porque «es llamado por nuestro Señor para ejercer su cargo.» Y concluye diciendo que «el César es más nuestro que vuestro, porque nuestro Dios es el que le ha nombrado.» Arnobio (*4:36*) declara que en las reuniones de los cristianos «se pide la paz y el perdón para todos los que están en autoridad.»

Era la constante y reconocida enseñanza de la Iglesia Cristiana que había que obedecer y orar por el poder civil, aunque estuviera personificado en un Nerón.

¿Qué pensamiento y creencia hay detrás de todo esto?

(i) En el caso de Pablo había una razón inmediata para que hiciera hincapié en la obediencia civil. Los judíos eran notorios como rebeldes. Palestina, y especialmente Galilea, estaba bullendo constantemente de insurrección. Sobre todo, estaban los celotas, que estaban convencidos de que no debía haber más rey para los judíos que Dios, y que no se debía pagar tributo a nadie más que a Dios. Tampoco se conformaban con una resistencia pasiva. Creían que Dios no los ayudaría más que si se embarcaban en acción violenta para ayudarse a sí mismos.

Su intención era hacer cualquier gobierno civil imposible. Se los conocía como los «dagados». Eran nacionalistas fanáticos conjurados para usar métodos terroristas, no sólo contra los romanos, sino hasta el punto de destruir las casas, quemar las cosechas y hasta asesinar a las familias de sus compatriotas judíos que pagaran tributo al Imperio Romano.

Pablo no le encontraba ningún sentido a una actitud así. Esa era la negación más absoluta de la conducta cristiana. Y sin embargo, por lo menos para una parte de la nación judía, eso era lo normal. Puede que Pablo estuviera escribiendo aquí tan claramente porque quería disociar el Cristianismo de cualquier insurreccionismo judío, y dejar totalmente claro que los cristianos eran buenos ciudadanos.

(ii) Pero hay algo más que una situación coyuntural en la relación entre los cristianos y el estado. Puede ser verdad que Pablo tuviera en mente las circunstancias que causaban las insurrecciones judías, pero tenía otras cosas también. Lo primero y principal es que nadie puede ni debe disociarse totalmente de la sociedad en la que vive. Nadie puede, en conciencia, optar por desligarse de la nación. Como parte de ella, disfruta de ciertos beneficios que no podría tener si viviera aislado; pero no puede reclamar los privilegios y evitar las obligaciones. De la misma manera que forma parte del Cuerpo de Cristo que es la Iglesia, también forma parte del cuerpo de la nación; no hay tal cosa en el mundo como individualismo aislacionista. La persona tiene deberes para con el estado, que debe cumplir aunque el que esté en el trono sea Nerón.

(iii) El ciudadano debe al estado la protección. Era una de las ideas platónicas que el estado existe para garantizar la justicia y la seguridad, y para proteger al hombre de las bestias y de «los» bestias, es decir, de la gente salvaje, dentro y fuera del país. «La gente -se ha dicho- se reunía como un rebaño detrás de un muro para sentirse a salvo.» Un estado es esencialmente un cuerpo de personas que se han aliado para mantener ciertas relaciones mutuas mediante el cumplimiento de ciertas leyes. Sin esas leyes y el consentimiento general de

cumplirlas, el malvado fuerte y egoísta se haría con el poder; el más débil estaría indefenso; la vida no tendría más ley que la de la selva. Todas las personas ordinarias deben su seguridad al estado, y tienen por tanto una responsabilidad para con él.

(iv) La gente ordinaria debe al estado una gran gama de servicios que viviendo individualmente no podría disfrutar. Sería imposible que todos tuviéramos agua corriente, alcantarillado, electricidad, transporte y un largo etcétera. Todo esto sólo es posible cuando se está de acuerdo en vivir en sociedad. No estaría bien que uno disfrutara de todo lo que provee el estado sin cumplir sus obligaciones. Esa es una razón que obliga al cristiano a ser un buen ciudadano y cumplir todos sus deberes como tal.

(v) Pero la principal razón que veía Pablo era que el Imperio Romano era el instrumento divinamente ordenado para salvar al mundo del caos. Quitad el imperio, y el mundo se desintegraría en pavesas. Fue en realidad la *pax romana* lo que hizo posible la expansión misionera del Cristianismo. Idealmente las personas deben estar unidas por el amor cristiano; pero no lo están; y el cemento que las mantiene unidas es el estado.

Pablo vio en el estado un instrumento en las manos de Dios para preservar al mundo del caos. Los administradores del estado estaban cumpliendo un papel importante en una gran tarea. Lo supieran o no, estaban haciendo un trabajo ordenado por Dios, y el deber del cristiano es ayudar y no dificultar.

LAS DEUDAS QUE HAY QUE PAGAR

Y LA QUE NUNCA SE PUEDE PAGAR

Romanos 13:8-10

No le debáis nada a nadie, a excepción del amor; porque el que ama a los demás ya ha cumplido la Ley. Los mandamientos No adulteres, No mates, No robes, No codicies, y todos los demás- se resumen en éste:

«Ama a tu prójimo como a ti mismo.» El amor no le hace mal al prójimo; así que el amor es el perfecto cumplimiento de la Ley.

El pasaje anterior trataba de lo que se podrían llamar las deudas sociales de las personas. El versículo 7 mencionaba dos de esas deudas: lo que Pablo llama *tributo*, y lo que llama *impuestos*. Entiende por *tributo* el que tenían que pagar los ciudadanos de una nación sometida. Las tres clases de contribuciones que imponía el Imperio Romano eran: (a) Una contribución sobre *el suelo*, que se pagaba o en dinero o en especie -una décima parte del grano, un quinto del vino y de los productos del campo-. (b) El impuesto sobre la renta, que era del uno por ciento de los ingresos. (c) El impuesto de capitación, que pagaban todos los comprendidos entre catorce y sesenta y cinco años. Por *impuestos* Pablo entendía los locales -de aduanas, importación y exportación; por el uso de ciertas carreteras y puentes; los de entrada en mercados y puertos; por tener derecho a poseer un animal o un carro-. Pablo insistía en que los cristianos deben pagar los tributos e impuestos al estado y a las autoridades locales, aunque sean gravosos.

Y luego pasa a las deudas *privadas*. Dice: «No le debáis nada a nadie.» Puede parecer que eso no hacía falta decirlo; pero había algunos que tergiversaban la petición del padrenuestro -«Perdónanos nuestras deudas como nosotros perdonamos a nuestros deudores»- como una razón para pedir que se le perdonaran las obligaciones económicas. Pablo tenía que recordarle a su gente que el Cristianismo no es una disculpa para dejar de cumplir las obligaciones que tenemos con nuestros semejantes, sino al contrario: es una razón para cumplirlas a rajatabla.

Luego sigue hablando de la única deuda que el cristiano tiene que pagar todos los días y que, sin embargo, no acaba de saldar nunca: la deuda de amor que tiene con todos los hombres. Orígenes decía: « La deuda del amor sigue con nosotros permanentemente y nunca nos deja; es una deuda que devolvemos todos los días y que debemos siempre.» Pablo

mantiene que si una persona trata de cumplir esta deuda de amor honradamente, cumplirá automáticamente todos los mandamientos. No cometerá adulterio; porque, cuando dos personas se dejan llevar por sus pasiones, no lo hacen porque se quieren demasiado, sino porque se quieren demasiado poco; en el amor verdadero hay respeto y dominio propio que nos libra del pecado. No matará; porque el amor no trata de destruir, sino de edificar; es siempre amable, y tratará de destruir, no al enemigo, sino la enemistad, convirtiéndola en amistad. No robará; porque el amor tiene más interés en dar que en tomar. No codiciará; porque la codicia (*epithimía*) es un deseo incontrolado de cosas prohibidas, y el amor limpia el corazón desterrando de él el mal deseo.

Hay un dicho famoso: < Ama, y haz lo que quieras. » Si el amor mana abundantemente en el corazón; si toda la vida está dominada por el amor a Dios y al prójimo, uno no necesita más ley.

LA ADVERTENCIA DEL TIEMPO

Romanos 13:11-14

Además hay otra cosa: daos cuenta del tiempo en que vivís, y que ya es hora de que os despertéis del sueño en que vivíais; porque ahora estáis más cerca de la Salvación que cuando os convertisteis. La noche está en las últimas, y se acerca el día; así que dejémonos ya de lo que se hace en la oscuridad y pongámonos la armadura de la luz. Comportémonos como los que ven lo hermosa que es la vida, es decir, como los que viven de día, y no ya en jaranas ni borracheras, en inmoralidad y desvergüenza, en rivalidades y peleas. En una palabra: Vestíos del Señor Jesucristo, y dejaos ya de vivir como si no tuvierais más propósito que el satisfacer los deseos de la naturaleza humana sin Cristo.

Como tantos grandes hombres, Pablo era consciente de la brevedad del tiempo. A Andrew Marvell le parecía estar oyendo siempre: «La carroza alada del tiempo se apresura...» Keats también estaba obsesionado con el temor de dejar de ser antes de que su pluma hubiera espigado los últimos productos de su cerebro.

Pero había más en el pensamiento de Pablo que la indiscutible brevedad del tiempo. Esperaba la Segunda Venida de Cristo. Era la esperanza inminente de la Iglesia Primitiva, y por tanto no olvidaba la obligación de estar preparada. Esa esperanza se ha ido haciendo más tenue e imprecisa; pero queda un hecho permanente: ninguno sabemos cuándo Dios nos va a llamar para que dejemos el mundo y vayamos con Él. El tiempo se va acortando, porque cada día estamos más cerca de su final. Debemos estar preparados.

Los últimos versículos de este pasaje no se olvidarán jamás, porque fueron clave en la conversión de Agustín de Hipona. El mismo nos lo cuenta en sus confesiones: Estaba paseando por un jardín, con el corazón apesadumbrado por su fracaso moral, y no hacía más que exclamar angustiosamente: «¿Hasta cuándo, hasta cuándo? Mañana y mañana... ¿por qué no ahora? ¿Por qué no ha de ser esta hora el final de mi depravación?» De pronto le pareció oír una voz que decía: «¡Toma y lee! ¡Toma y lee!» Parecía la voz de un chiquillo; pero, por más que lo intentó, no pudo recordar ningún juego infantil en el que se dijeran esas palabras. Volvió a toda prisa al lugar en que estaba sentado su amigo Alipio, donde había dejado un volumen de los escritos de Pablo. «Lo tomé con ansia -cuenta Agustín- y leí en silencio el primer pasaje en que se posaron mis ojos: «No andemos en jaranas ni borracheras, en inmoralidad y desvergüenza, en rivalidades y peleas. En una palabra: Vestíos del Señor Jesucristo, y dejaos ya de vivir como si no tuvierais más propósito que el satisfacer los deseos de la naturaleza humana sin Cristo.» Ni quise ni necesité leer más. Al acabar esa frase, como si la luz de la certeza me hubiera inundado el corazón, todas las sombras de la

dispersaron. Puse el dedo en la página, y cerré el libro; me volví hacia Alipio con el rostro tranquilo, y se lo conté.» Dios había hablado a Agustín desde Su Palabra. Fue Colérige el que dijo que creía que la Biblia estaba inspirada «porque me encuentra a mí.» La Palabra de Dios siempre puede encontrar al corazón humano.

Es interesante fijarse en los seis pecados que selecciona Pablo como, digamos, típicos de la vida sin Cristo.

(i) Está la *jarana* (*kómos*). Es una palabra muy interesante. En un principio *kómos* designaba a la banda de amigos que acompañaban hasta su casa a un vencedor en los juegos, cantando sus alabanzas y celebrando su triunfo. Luego llegó a significar una banda de gamberros que recorrían las calles de la ciudad de noche armando jaleo. Describe la clase de jarana que deshonra a los que participan en ella y molesta a todos los demás.

(ii) Está la *borrachera* (*methé*). Los griegos la consideraban de lo más desagradable. Eran un pueblo que bebía vino. Hasta los niños lo bebían. Llamaban al desayuno *akratisma*, que consistía en una rebanada de pan mojada en vino. Pero, con todo y con eso, la borrachera les parecía algo vergonzoso; porque bebían el vino bastante diluido, y lo bebían porque el agua no siempre era más inofensiva. Este era un vicio que no sólo los cristianos, sino también los paganos respetables despreciaban.

(iii) Estaba la *inmoralidad* (*koité*). *Koité* quiere decir literalmente *cama*, y *suele* tener el sentido de una cama prohibida o deshonorosa. Este era un pecado característico del paganismo. La palabra sugiere la actitud del que no da ningún valor a la fidelidad, y que busca el placer donde y cuando quiere.

(iv) Está la *desvergüenza* (*asélgueia*). *Asélgueia* es una de las palabras más feas de la lengua griega. No describe simplemente la inmoralidad, sino al que ha perdido totalmente la vergüenza. La mayor parte de la gente trata de ocultar sus malas acciones; pero no el hombre que se ha vendido a la *asélgueia*. A ese no le importa que le vean, ni la clase de espectáculo que es, ni lo que la gente piense de él. *Asélgueia* es la cualidad del

que se atreve a hacer públicamente lo que sería vergonzoso para cualquiera de sus semejantes.

(v) Está la *rivalidad* (*eris*). *Eris* es el espíritu que nace de la competencia desembocada y despiadada. Viene del ansia de posición y poder y prestigio, y del odio a que le sobrepasen. Es esencialmente el pecado que coloca el yo por delante, y es por tanto la negación total del amor cristiano.

(vi) Está la *envidia* (*zélus*). *Zélus* no tiene que ser una palabra mala. En español tiene sentidos contrarios según se use en singular -celo- o en plural -celos-. Puede describir la noble emulación del que, cuando se encuentra ante la nobleza de carácter, desea alcanzarla. Pero también puede querer decir la envidia que resiente la nobleza y la preeminencia de otro. Aquí describe el espíritu que no se da por satisfecho con lo que tiene, y que mira con envidia todo lo que obtienen los demás merecidamente.

RESPETAR LOS ESCRÚPULOS

Romanos 14:1

Haced que se sienta bienvenido entre vosotros el que es débil en la fe, pero no para luego ponerlos a criticarle sus escrúpulos.

Pablo se está refiriendo aquí a algo que puede que fuera un problema temporal y local de la iglesia de Roma, pero que se presenta con mucha frecuencia en las iglesias y requiere solución. En la iglesia de Roma parece que había dos tendencias. Algunos creían que la libertad cristiana había desterrado los viejos tabúes; que ya no tenían sentido las antiguas leyes relativas a los alimentos, y que el Cristianismo no tenía que ver con guardar ciertos días como si tuvieran un carácter especial. Pablo deja bien claro que ésta es la actitud de la verdadera fe cristiana. Por otra parte, había algunos que estaban llenos de

escrúpulos: creían que no se podía comer carne, y que había que cumplir rigurosamente la ley del sábado. Pablo llama a los superescrupulosos *débiles en la fe*. ¿Qué quería decir?

Se puede ser débil en la fe por dos razones:

(i) Porque todavía no se ha descubierto el sentido de la libertad cristiana, y en el fondo se sigue siendo legalista y se ve el Cristianismo como una serie de reglas y reglamentos.

(ii) Porque uno no se ha liberado todavía de la fe en la eficacia de las obras, y cree que puede ganar el favor de Dios haciendo ciertas cosas y renunciando a otras. En el fondo está intentando ganarse la debida relación con Dios y no ha aceptado el camino de la Gracia; todavía está pensando más en lo que él puede hacer por Dios que en lo que Dios ha hecho por él.

Pablo exhorta a los *hermanos fuertes* a que reciban con cortesía a los *hermanos débiles* y que no los asedien constantemente con sus críticas.

Este problema no se limitó a los días de Pablo. Aún sigue habiendo en las iglesias dos puntos de vista. Uno es el más liberal, que no ve ningún peligro en muchas cosas y considera que ciertos placeres inocentes no, tienen por qué estar en contra del Evangelio. Y hay otro punto de vista más estrecho que se ofende de muchas cosas que los más liberales consideran aceptables.

Pablo nos deja ver que sus simpatías están con el punto de vista más amplio; pero, al mismo tiempo, dice que hay que recibir con simpatía cristiana a esos hermanos más débiles que vienen a la iglesia. Cuando nos encontramos con alguien que tiene un punto de vista más estrecho hay tres actitudes que debemos evitar:

(i) Debemos evitar *la irritación*. El ponernos negros con estas personas no conduce a ninguna parte. Por muy en desacuerdo que estemos con ellas, debemos tratar de comprender y respetar su punto de vista.

(ii) Debemos evitar *poner en ridículo*. A todo el mundo le hiera que se rían de algo que considera que tiene valor. No es ningún «pecaquito insignificante» el burlarse de la fe de otro.

Tal vez nos parezcan prejuicios más que creencias; pero nadie tiene derecho a reírse de lo que otro considera sagrado. Además, la risa no hará que el otro salga de su estrechez, sino le hará encerrarse más dentro de su concha y volverse más rígido.

(iii) Debemos evitar *el desprecio*. Está muy mal considerar al más estrecho como un estúpido anticuado y despreciar sus puntos de vista. El punto de vista de una persona es cosa suya, y hay que tratarla con respeto. No podremos nunca atraer a otro a nuestra posición si no le mostramos un respeto genuino a la suya. De todas las actitudes que podamos adoptar con los demás, la más incompatible con la fe de Cristo es el desprecio.

Antes de concluir con este versículo tenemos que advertir que hay otra traducción perfectamente posible: «Haced que se sienta bienvenido entre vosotros el que es débil en la fe, pero no le metáis en seguida en discusiones sobre cosas que sólo pueden suscitar dudas.» Hay cristianos cuya fe es tan fuerte que no hay cuestiones ni debates que la puedan hacer vacilar; pero hay otros que tienen una fe sencilla que se puede inquietar innecesariamente con discusiones intelectuales. En las dos actitudes puede haber nobleza o extremismos perjudiciales; porque a veces, «el fuerte» cae en el orgullo de considerarse superior y despreciar al «débil» por su ignorancia o escrúpulos; o «el débil» igualmente, dándose las de verdaderamente creyente y piadoso, critica al «fuerte» por su intelectualismo mundano y su libertinaje.

Puede que en nuestro tiempo guste más de la cuenta discutir por discutir. Es pernicioso dar la impresión de que el Cristianismo consiste en una serie de cuestiones en discusión. «Hemos descubierto -dice G. K. Chesterton- todas las preguntas que se pueden plantear. Ya es hora de que dejemos de buscar preguntas, y nos apliquemos a buscar respuestas.» «Dime algo de tus certezas decía Goethe-, que yo ya tengo bastantes dudas.» Hay una buena regla que se debería tener en cuenta en cualquier discusión: aunque sea una discusión desconcertante, y aunque haya sido sobre cuestiones que no tienen una

solución clara, siempre se debe concluir con una *afirmación*. Puede que muchas preguntas queden sin contestación, pero debe haber alguna certeza que permanezca.

TOLERANCIA PARA OTROS PUNTOS DE VISTA

Romanos 14:2-4

Un creyente tiene la fe suficiente para creer que puede comer de todo; mientras que otro tiene una fe débil, y no come más que verduras. Que el que come de todo no desprecie al que no lo hace; y que el que no come de todo no critique al que sí lo hace; si Dios los ha recibido, nosotros debemos recibirlos también. Además, ¿quién eres tú para juzgar al esclavo ajeno? Lo que le hace aceptable o inaceptable es lo que piense de él su amo... ¡Y es aceptable, porque para su Amo lo es!

Aquí aparece una de las cuestiones que se debatían en la iglesia de Roma. Había algunos que no observaban leyes especiales en relación con la comida ni respetaban ciertos tabúes, y que comían de todo; y había otros que concienzudamente se abstenían de la carne y eran vegetarianos. Había muchas sectas y religiones en el mundo antiguo que observaban leyes estrictas de comida; entre ellas, los judíos. En *Levítico 11* tenemos una lista de los animales cuya carne se puede comer y de los que no. Una de las sectas judías más estrictas eran los esenios: tenían comidas de la comunidad a las que iban bañados y con ropas especiales. Los alimentos tenían que prepararlos los sacerdotes, o no se podían comer. Pitágoras enseñaba que el alma humana es una deidad caída confinada en el cuerpo como en una tumba; creía en la reencarnación, por medio de la que al alma le podía corresponder habitar en una persona, en un animal o en una planta, en la cadena internábil del ser. La liberación de esa cadena del ser se obtenía por medio de una

pureza y disciplina rigurosas. La disciplina incluía el silencio, el estudio, el examen de conciencia y la abstención de la carne en las comidas. En casi todas las iglesias cristianas habría quienes siguieran alguna de esas leyes o tabúes.

Es una forma del problema anterior. En la iglesia había un partido más estrecho y otro más liberal. Pablo indefectiblemente señala el peligro que podía surgir. Era de esperar que el partido más liberal despreciara los escrúpulos del más estrecho; y aún más, que el partido más estrecho emitiera juicios condenatorios contra lo que ellos consideraban la laxitud del partido más liberal. La situación es tan acusada y peligrosa en las iglesias de hoy como lo era en tiempos de Pablo.

Para salirle al paso, Pablo establece un gran principio: Nadie tiene derecho a criticar al esclavo de otro. El esclavo no tiene que dar cuenta nada más que a su amo. Ahora bien: todos somos *esclavos* de Dios. No nos corresponde a nosotros criticar a los demás, y menos condenarlos. Ese derecho sólo Le corresponde a Dios. No somos nosotros los que tenemos que decir si es aceptable o inaceptable nadie; y Pablo añade que, si una persona vive honradamente de acuerdo con sus principios, es aceptable para Dios.

Muchas iglesias se han dividido porque los que tienen puntos de vista más amplios tienen una actitud despectiva hacia los que consideran conservadores cerrados o fundamentalistas; y porque los que tienen una actitud más estricta censuran a los que se reservan el derecho de hacer lo que los otros consideran malo. No nos corresponde a nosotros condenarnos unos a otros. «Os ruego por las entrañas de Cristo -decía Cromwell a los rígidos escoceses de su tiempo- que tengáis en cuenta la posibilidad de que estéis equivocados.» Debemos desterrar de la comunión de la iglesia tanto la censura como el desprecio, y dejar todos los juicios a Dios; lo nuestro debe ser simpatizar y comprender.

DIFERENTES CAMINOS CON EL MISMO DESTINO

Romanos 14: Ss

Un creyente guarda un día especial; otro los considera todos iguales. Pues que cada cual esté convencido de lo que hace. El que guarda un día especial lo hace para el Señor. El que come, come delante del Señor, porque Le da gracias. EL que se abstiene de ciertos alimentos, lo hace delante de Dios, porque también Le da gracias a Dios.

Pablo introduce otra situación en la que puede haber diferencias entre los más estrechos y los más anchos. Las personas más rigurosas dan mucha importancia a guardar ciertas fechas. Eso era especialmente característico de los judíos. En más de una ocasión Pablo tuvo problemas con los que guardaban escrupulosamente las fiestas. A los gálatas les escribió: «Guardáis los días, las lunas, las estaciones y los años... ¡Me temo que he estado trabajando para nada con vosotros!» (*Gálatas 4: 10*). Y a los colosenses: «Que nadie os critique por cuestiones de comida o bebida, o en relación con fiestas, lunas nuevas o sábados. Estas cosas no son más que la sombra de lo que ha de venir; pero su contenido pertenece a Cristo» (*Colosenses 2:16*). Los judíos habían convertido el sábado en una tiranía, rodeándolo de una jungla de reglas y prohibiciones. No es que Pablo quisiera acabar con el día del Señor; eso de ninguna manera. Lo que temía era una actitud que de hecho creía que el Cristianismo consistía en guardar un día especial.

El Cristianismo es mucho más que guardar el día del Señor. Cuando Mary Slessor pasó en solitario tres años en la selva, a menudo se confundía de día, porque no tenía calendario. «Una vez la encontraron celebrando el culto en lunes, y otra vez arreglando el tejado en domingo creyendo que era lunes.» Nadie va a pretender que los cultos de Mary Slessor eran menos válidos por tenerlos en lunes, o que estaba quebrantando un

mandamiento por trabajar en domingo. Pablo no habría negado jamás que el día del Señor es especialmente precioso; pero habría insistido igualmente en que no se convirtiera en una tiranía, y menos en un fetiche. No es el día lo que hemos de reverenciar, sino a Aquél a Quien ofrecemos el culto porque es el Señor de todos los días.

A pesar de todo, Pablo pide que haya simpatía entre los hermanos más estrechos y los más anchos. Su argumento es que, a pesar de las diferencias de práctica, su invalidad es la misma. En sus diferentes actitudes en relación con los días, todos creen que están haciendo la voluntad de Dios; y cuando se sientan a comer, unos comen carne y otros no, pero todos dan gracias a Dios. Haremos bien en recordarlo. Si yo quiero ir de Glasgow a Londres, hay varias rutas que puedo seguir. De hecho podría llegar a mi destino sin pasar por los mismos lugares que otro viajero que saliera del mismo sitio y llegara al mismo sitio que yo. Según Pablo es el destino lo que nos une, y no debemos dejar que las diferencias de método nos dividan.

Pero sí insiste en una cosa: Sea cual sea el camino que escoja, que cada cual esté convencido de lo que hace. Sus acciones deben estar inspiradas, no en la *convención*, sino en la *convicción*. Uno no debe hacer nada simplemente porque los otros lo hacen, ni porque está dominado por un sistema de tabúes más o menos supersticiosos; sino porque se lo ha pensado y ha llegado a la conclusión de que, por lo menos él, eso es lo que tiene que hacer.

Pablo hubiera añadido algo más: Que nadie pretenda hacer de su conducta la regla universal para todos los demás. Esta ha sido, de hecho, una de las maldiciones de las iglesias. Los seres humanos tenemos la tendencia a considerar que nuestra manera de hacer las cosas es la única perfecta, incluido el culto a Dios. T. R. Glover cita en algún lugar lo que decía Cambridge: «Sea lo que sea lo que tienes entre manos, hazlo conforme a tu leal saber y entender; pero recuerda que otro lo haría de otra manera.» Haríamos bien en no olvidar que, en muchos

casos, es nuestro deber tener convicciones; pero también dejar que los demás tengan las suyas sin tomarlos por publicanos o pecadores.

LA IMPOSIBILIDAD DEL AISLAMIENTO

Romanos 14:7-9

La razón de todo lo dicho es que no hay nadie que viva ni muera para sí solo; porque, ya sea que vivamos o que muramos, vivimos o morimos para el Señor, porque somos Su propiedad. Fue para esto para lo que Cristo murió y resucitó otra vez a la vida: para ser el Señor tanto para los que viven como para los que mueren.

Pablo presenta el hecho innegable de que es por naturaleza imposible vivir una vida independiente. No hay tal cosa en el mundo como un individuo totalmente aislado. De hecho, eso es verdad en dos sentidos. < El hombre -decía Macneile Dixon- tiene que ver con los dioses y con los mortales. » Nadie puede desligarse, ni de sus semejantes ni de Dios.

Hay tres dimensiones en las que uno no puede desligarse:

(i) No se puede aislar del *pasado*. No hay nadie que se haya hecho a sí mismo. «Soy parte -decía Ulises- de todo lo que me he encontrado.» Todos hemos recibido una tradición. Somos una amalgama de todo lo que nuestros antepasados nos han hecho. Ciertamente que cada uno hace algo en esa amalgama; pero no empieza desde cero. Para bien o para mal empieza con todo lo que el pasado le ha hecho. La innumerable nube de testigos no sólo le rodea, sino que está en él. No se puede disociar del tronco del que ha salido o de la roca de la que ha sido extraído.

(ii) No se puede aislar del *presente*. Vivimos en una civilización que nos va uniendo cada vez más estrechamente. Nada

que haga una persona la afecta solamente a ella. Cada uno tiene el tremendo poder de hacer a otros felices o desgraciados con su conducta; y el poder todavía más tremendo de hacer a otros buenos o malos. Cada persona irradia una influencia que les hace a otras seguir el camino hacia arriba o hacia abajo. Las obras de cada cual tienen consecuencias que afectan más o menos a otros. Cada persona está envuelta en el paquete de la vida, del que no puede escapar.

(iii) No se puede aislar del *futuro*. Como recibe la vida, así la transmite. Comunica a sus hijos una herencia de vida física y de carácter espiritual. No es una unidad hermética, sino un eslabón de la cadena. Alguien ha contado lo que le pasó a un chico que iba a lo suyo, y que empezó a estudiar biología. Estaba viendo por el microscopio algunas de esas criaturas que se pueden ver nacer y producir otras y morir en un instante de tiempo. Cuando se levantó, dijo: < Ahora sé que soy un eslabón de la cadena, y ya no quiero ser más un eslabón flojo. » Nuestra tremenda responsabilidad está en lo que dejamos de nosotros mismos en el mundo al dejarlo en otros. El pecado sería algo mucho menos terrible si solamente afectara al que lo comete. Nos debe infundir santo temor el pensar que cada pecado empieza o continúa una cadena de maldad en el mundo.

Y una persona puede desligarse todavía menos de Jesucristo.

(i) En esta vida Cristo es una Presencia viva para siempre. No tenemos que hablar de vivir como si Cristo nos viera; es que Él nos ve. Toda vida se vive en Su Presencia. Es tan imposible escapar del Cristo Resucitado como de nuestra propia sombra: no hay posibilidad de dejárnosle atrás, ni de hacer nada que Él no pueda ver.

(ii) Ni siquiera la muerte nos puede apartar de Su Presencia. En este mundo vivimos en la Presencia invisible de Cristo; en el siguiente viviremos en Su Presencia visible. La muerte no es una sima que acaba en la total eliminación, sino una puerta que conduce a Cristo.

Ningún ser humano puede seguir una política de

aislacionismo. Está ligado a sus semejantes y a Cristo por lazos que no pueden romper ni el tiempo ni la eternidad. Nadie puede vivir ni morir para sí mismo.

PERSONAS A JUICIO

Romanos 14:10-12

¿Quién eres tú para juzgar a tu hermano por nada? ¿Y tú, el otro, qué te has creído que eres para despreciar a tu hermano? Porque todos vamos a comparecer ante el tribunal de Dios; porque está escrito: «Tan cierto como que Yo estoy vivo -dice Dios-, a Mí se doblarán todas las rodillas, y todas las lenguas confesarán su fe en Dios. » Así que cada cual dará cuenta a Dios por sí.

Hay una razón fundamental por la que no tenemos derecho a juzgar a ningún otro, y es que cada uno de nosotros estamos pendientes de juicio. Es de esencia de nuestra condición humana que no estamos para juzgar a nadie, sino para ser juzgados. Para demostrarlo, Pablo cita *Isaías 45:23*.

Cualquier judío estaría de acuerdo con Pablo en esto. Había un dicho rabínico: «No te imagines que la tumba va a serte un refugio seguro; porque independientemente de tu voluntad fuiste formado, y naciste, y vives, y morirás, y tendrás que rendir cuentas ante el Rey de reyes, el Santo, bendito sea.» Dios es el único que tiene derecho a juzgarnos; el que está pendiente de juicio no puede erigirse en juez.

Pablo ha estado pensando en la imposibilidad de la vida aislada. Pero hay una situación en la que cada uno estará aislado, y es ante el tribunal de Dios. En los tiempos antiguos de la república romana, en la esquina del foro que estaba más lejos del capitolio estaba *el tribunal*, en el que el *praetor urbanus* se sentaba para hacer justicia. Cuando Pablo escribía esto, la justicia romana necesitaba más de un tribunal; así que,

en las grandes basílicas, es decir, las columnatas que rodeaban el foro, se sentaban los magistrados para hacer justicia. Los romanos estaban familiarizados con la escena del acusado que se presentaba a juicio ante el tribunal.

Eso es lo que pasa con todas las personas. Y es un tribunal ante el que nos hemos de presentar uno a uno. En este mundo, a veces se le aplican a uno los méritos de otro. A muchos jóvenes los ha librado del castigo la honorabilidad de sus padres; muchos hombres han obtenido gracia a causa de su esposa o hijos. Pero en el juicio de Dios cada uno tiene que responder por sí. A veces, cuando muere algún personaje, se ponen encima del ataúd los ropajes y emblemas de sus títulos o méritos; pero el muerto no lleva esas cosas consigo. Nacemos desnudos, y desnudos partimos de este mundo. Nos encontramos ante Dios en la tremenda soledad de nuestra alma; ante Él no podemos presentar más que el carácter que hemos forjado durante la vida.

Sin embargo, esa no es toda la verdad. No nos encontramos solos ante el tribunal de Dios, porque Jesucristo está con nosotros. No tenemos que presentarnos despojados de todo, sino cubiertos con Sus méritos. El escritor y periodista Collin Brooks escribe en uno de sus libros: < Puede que Dios sea más benévolo de lo que pensamos. Si no puede decir: < ¡Bien hecho, buen y fiel siervo!», puede que acabe diciendo: "No te preocupes, mal e infiel siervo mío: no me disgustas del todo."» Esa era la manera graciosa en que ese hombre expresaba su confianza; pero es más que eso: no es sólo que a Dios no le disgustamos del todo; es que, aunque somos pecadores, nos ama por amor de Jesucristo. Es verdad que tendremos que comparecer ante el tribunal de Dios en la desnuda soledad de nuestra propia alma; pero, si hemos vivido con Cristo en el mundo, El estará con nosotros en la muerte, y será nuestro Abogado y nuestro Pastor en la Eternidad.

EL HOMBRE Y LA CONCIENCIA DE SU PRÓJIMO

Romanos 14:13-16

Así es que, dejemos ya de dictar sentencia contra los demás, y más bien sea ésta nuestra única decisión: proponernos no ponerle a nuestro hermano ningún tropiezo ni escándalo en el camino. Yo sé muy bien, y estoy convencido de ello como cristiano, que nada es impuro por sí. Pero también, si alguien piensa que algo es impuro, para él sí que lo es. Si haces que tu hermano se escandalice de que comas alguna cosa, ya no te estás conduciendo de acuerdo con el principio que establece el amor. No causes una desgracia irreparable con lo que comas a una persona por la que Cristo dio Su vida.

Los estoicos enseñaban que había muchas cosas que ellos llamaban *adiáfora*, es decir, *indiferentes*. En sí eran neutrales, ni buenas ni malas. Los estoicos lo explicaban diciendo que todo depende del mango por el que las cojas. Ahora bien: eso es indudablemente cierto. Un cuadro puede ser una obra de arte para un estudiante de pintura, mientras que para otra persona es una cosa obscena. Una conversación puede ser interesante y estimulante para un grupo de personas, y una sarta de herejías y hasta de blasfemias para otros. Una diversión, un placer, un pasatiempo pueden ser totalmente permisibles para unos, y prohibidos para otros. Más aún: hay placeres que son inofensivos para una persona, y que pueden hacerle un daño irreparable a otra. Las cosas no son en sí ni limpias ni inmundas; lo que determina su carácter es la actitud de la persona que las ve o hace.

Eso es lo que Pablo nos quiere decir aquí. Hay ciertas cosas que una persona que está firme en la fe puede considerar que puede hacer; pero, si una persona con una mentalidad más rigurosa la ve hacerlo, no le parecerá bien; y si es inducida a hacerlo, su conciencia puede sufrir un daño irreparable. Vamos

a poner un ejemplo sencillo. Una persona sinceramente no ve nada malo en participar en algún juego en domingo; pero a otra no le parece bien y le molesta; y si se la indujera a tomar parte en aquello, estaría sintiéndose mal todo el tiempo y creyendo que está haciendo lo que no debería hacer.

El consejo de Pablo es claro: *Es un deber cristiano el tener en cuenta no sólo nuestro punto de vista, sino también el de los demás.* Fijémonos bien que Pablo no nos está diciendo que debemos someter nuestra conducta a los dictados de las conciencias de otros. Hay cosas que son en esencia cuestiones de principio, y exigen una decisión personal. Pero hay muchas que son indiferentes y neutras; muchas no son ni buenas ni malas en sí; muchas no son partes esenciales de la vida o de la conducta, y pertenecen a la categoría de lo que pudiéramos llamar «los extras». La convicción de Pablo es que, en relación con esas cosas, no tenemos derecho a ofender la conciencia de hermanos más escrupulosos haciéndolas nosotros; y, menos, induciéndolos a que las hagan ellos.

La vida debe regirse por el principio del amor; y cuando así es pensaremos, no tanto en el derecho que tenemos a hacer las cosas a nuestra manera, como en nuestra responsabilidad hacia los demás. No tenemos derecho a inquietar la conciencia ajena en cosas que no tienen importancia. No se debe usar la libertad cristiana como excusa para lacerar los sentimientos de otros. Ningún placer es tan importante como para justificar causar ofensa o dolor, y menos ruina, a otros. Agustín de Hipona solía decir que toda la ética cristiana se puede resumir en el dicho: «Ama a Dios, y haz lo que quieras.» En cierto sentido es cierto; pero el Cristianismo no consiste sólo en amar a Dios, sino también en amar a nuestro prójimo como a nosotros mismos.

EL PELIGRO DE LA LIBERTAD CRISTIANA

Romanos 14:17-20

No permitas que el buen don que posees de la libertad se convierta en algo que te desacredite; porque el Reino de Dios no consiste en comida y bebida, sino en la integridad, la paz y el gozo que son los dones del Espíritu Santo. Porque la persona que dirige su vida de acuerdo con este principio, y así llega a ser esclavo de Cristo, Le es agradable a Dios y aceptable a los hombres. Así que sigamos con atención las cosas que contribuyen a la paz y las que nos edifican mutuamente. No destruyamos lo que Dios está haciendo por causa de la comida. Es verdad que todas las cosas nos están permitidas, pero no está bien que uno les haga la vida más difícil a los demás por lo que come.

En esencia Pablo se está refiriendo aquí al peligro y al abuso de la libertad cristiana. Para un judío, la libertad cristiana tenía sus peligros; porque toda su vida había estado asediado por innumerables reglas y disposiciones: unas cosas eran limpias y otras inmundas; unos animales se podían comer y otros no; había que cumplir las leyes de la pureza ritual. Cuando un judío entraba en el Cristianismo se encontraba con que todas esas reglas y disposiciones se habían anulado de golpe; y el peligro era que tomara el Evangelio como una licencia para hacer lo que le diera la gana. Debemos recordar que la libertad cristiana y el amor cristiano siempre están en armonía. Tenemos que mantenernos en la verdad de que la libertad cristiana y el amor fraternal son inseparables.

Pablo les recuerda a los suyos que el Cristianismo no consiste en comer y beber lo que a uno se le antoje. Consiste en tres cosas muy grandes, que son opuestas al *egoísmo*.

(i) Está *la integridad*, que consiste en portarse con Dios y con los hombres como es debido. Ahora bien: lo primero que

se le debe a un semejante en la vida cristiana es simpatía y consideración; en el momento en que nos convertimos a Cristo, los sentimientos de los demás son más importantes que los nuestros; el Cristianismo quiere decir poner a los demás en primer lugar, y al yo en último. No podemos darle al otro lo que le debemos y hacer lo que nos dé la gana.

(ii) Está *la paz*. En el Nuevo Testamento, la paz no es simplemente la supresión de las hostilidades; no es una actitud negativa, sino intensamente positiva; incluye todo lo que contribuye al mayor bien. Los mismos judíos muchas veces consideraban la paz como un estado de relaciones perfectas entre los hombres. Si nos empeñamos en que la libertad cristiana es hacer lo que nos dé la gana, la paz no se puede conseguir nunca. El Cristianismo consiste en *una relación personal* con Dios y con nuestros semejantes. La libertad cristiana limita con la obligación cristiana de vivir en la debida relación, en *paz*, con nuestros semejantes.

(iii) Está *el gozo*. El gozo cristiano no es nunca egoísta. No consiste en hacernos felices a nosotros mismos, sino a los demás. Una supuesta felicidad que hace a otros infelices no puede ser cristiana. Si uno, en su búsqueda de la felicidad, hiere el corazón e intranquiliza la conciencia de otro, el resultado que coseche no será gozo, sino tristeza. El gozo cristiano no es individualista, sino interdependiente. El cristiano experimenta el gozo cuando se lo produce a otros, aunque le reporte limitaciones.

Cuando uno vive de acuerdo con este principio llega a ser esclavo de Jesucristo. Aquí está el meollo de la cuestión. La libertad cristiana quiere decir que somos libres para hacer, no lo que queramos, sino lo que Cristo quiere. Sin Cristo somos esclavos de nuestros hábitos, placeres e indulgencias. No hacemos realmente lo que queremos, sino lo que nos tiene esclavizada la voluntad. Pero cuando entra en nosotros el poder de Cristo, Él es nuestro dueño, y entonces y sólo entonces tenemos la verdadera libertad. Entonces somos libres, no para tratar a los demás ni para vivir nuestra vida de la manera que nos

dictaba antes nuestra naturaleza egoísta. Somos libres para mostrar a todos nuestros semejantes la misma actitud de amor que hubo también en Cristo Jesús.

Pablo concluye estableciendo la meta cristiana en la comunidad. (a) Es una meta de *paz*; la finalidad de que los miembros de la comunidad mantengan entre sí la debida relación. Una iglesia en la que hay rivalidades y disensiones, peleas y amargura, divisiones y roturas, ha perdido el derecho a llamarse iglesia cristiana. No es un fragmento del Reino de los Cielos, sino una sociedad apresada por lo terreno. (b) Es una meta de *edificación*. La alegoría de la Iglesia como un edificio se encuentra en todo el *Nuevo Testamento*. Los miembros somos las piedras del edificio. Todo lo que debilita la solidez de la Iglesia está contra Dios; y también, todo lo que la consolida y fortalece es de Dios.

Lo trágico es que en muchos casos son cosas sin importancia las que alteran la paz entre los hermanos, cuestiones de orden y de procedimiento y de prestigio. Amanecería una nueva era en la Iglesia si nos diéramos cuenta de que nuestros derechos son mucho menos importantes que nuestras obligaciones; si recordáramos que, aunque tenemos libertad en Cristo, siempre es una ofensa usarla como si nos diera derecho a herir el corazón o la conciencia de otros. A menos que la iglesia sea un cuerpo de personas que, en amor, se tienen mutua consideración, no es iglesia.

RESPECTO HACIA EL HERMANO MÁS DÉBIL

Romanos 14:21-23

Está bien no comer carne, ni beber vino, ni hacer nada que le haga más difícil al hermano el proseguir su camino. Por lo que se refiere a vosotros, ya tenéis fe suficiente para saber que estas cosas no tienen importancia, así que dejadlas que sean algo entre vosotros y

Dios. Feliz el que nunca tiene motivo para condenarse a sí mismo haciendo lo que ha llegado a comprender que tiene derecho a hacer. Pero el que tiene dudas acerca de comer algo incurre en la desaprobación de Dios si lo come, porque su decisión no procede de su fe.

Otra vez volvemos a que lo que está bien para uno puede causar la ruina a otro. El consejo de Pablo es muy práctico.

(i) Les aconseja a los que son fuertes en la fe. Esos saben que lo que se coma o se beba no hace ninguna diferencia. Han comprendido el principio de la libertad cristiana. Bien; entonces, que esa libertad sea algo entre ellos y Dios. Han alcanzado ese nivel en la fe, y Dios sabe que lo han alcanzado. Pero eso no es razón para hacer gala de esa libertad a la cara de los que no la han alcanzado todavía. Muchos han insistido en los derechos de su libertad, y luego se han arrepentido cuando han visto las consecuencias de su presunción.

Una persona puede que llegue a la conclusión de que su libertad cristiana le da derecho a hacer un uso razonable del alcohol; y por lo que a ella respecta, puede que sea un placer perfectamente inofensivo y que no le pone en ningún peligro. Pero tal vez hay otra persona más joven que admira a la primera, que la ve y sigue su ejemplo. Y es posible que la más joven resulte una de esas personas para las que el alcohol es fatal. ¿Está bien que el cristiano más fuerte use su libertad para dar un ejemplo que bien puede llevar a la ruina a su admirador más débil? ¿O debería limitar su libertad, no por causa de sí mismo, sino por causa del que va siguiéndole?

No cabe duda de que lo cristiano es aceptar las limitaciones en nuestra libertad por amor a otros. Si no se ejercita esto, se puede encontrar uno con que algo que pensó genuinamente que le estaba permitido le ha llevado a otro a la ruina. Es seguro que es mejor imponerse esas limitaciones deliberadas que tener el remordimiento de saber que el placer que uno reclamaba como un derecho ha traído la muerte a otro. Una y otra vez, en todas las esferas de la vida, el cristiano arrostra el hecho

de que tiene que examinarlo todo, no sólo por lo que le pueda afectar a él, sino también por lo que pueda afectar a otros. Todos somos en cierto sentido guardianes de nuestros hermanos; responsables, no sólo de nosotros mismos, sino también de los que están en contacto con nosotros. «Su amistad me trajo la ruina» -dijo Robert Bums de un hombre mayor que conoció en Irvine cuando estaba aprendiendo el arte de hilar el lino. ¡Quiera Dios que nadie pueda decir eso de nosotros porque hemos abusado de nuestra libertad en Cristo!

(ii) Pablo les da consejo a los que son débiles en la fe, que tienen una conciencia excesivamente escrupulosa. Estos puede que desoigan o desobedezcan sus propios escrúpulos. Puede que alguna vez hagan algo porque ven a otros hacerlo, y no quieren ser diferentes. Puede que lo hagan porque no quieren quedar en ridículo o hacerse impopulares. La respuesta de Pablo es que el que desafía su conciencia es culpable de pecado. Si cree que algo está mal, entonces, si lo hace, a esa persona se le cuenta como pecado. Una cosa neutral se convierte en buena solamente cuando se hace con la sincera y razonada convicción de que lo es. Nadie es el guardián de la conciencia de otro; y en las cosas indiferentes la conciencia de cada cual debe ser el árbitro de lo que está bien o mal.

LA COMUNIÓN FRATERNAL

Romanos 15:1-6

Los que somos fuertes tenemos la obligación de soportar las debilidades de los que no lo son, y no hacer las cosas a nuestro gusto. Que cada cual obre teniendo en cuenta a su prójimo, de manera que sirva para el bien y la edificación en la fe de los demás. Porque el Ungido de Dios no hacía lo que le venía en gana; sino, como está escrito: «Los insultos de los que te insultaban recayeron sobre Mí.» Todo aquello que se escribió hace

mucho tiempo era para nuestra enseñanza; para que nos mantengamos firmes en la esperanza por medio de la fortaleza y el ánimo que nos dan las Escrituras. ¡Que el Dios Que nos infunde fortaleza y ánimo os conceda convivir en armonía como Jesucristo quiere, para que se eleve al Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo la alabanza que procede de corazones que latán y de voces que resuenen al unísono!

Pablo está tratando todavía de los deberes mutuos de los miembros de la iglesia, y especialmente de los más fuertes hacia los más débiles en la fe. Este pasaje nos da un resumen maravilloso de las señales que deben caracterizar la comunión fraternal.

(i) La comunión cristiana debe tener como una de sus características *la consideración* entre los miembros. Cada uno debe pensar, no sólo en sí mismo, sino en los demás. Pero esta consideración no debe degenerar en una laxitud facilona y sensiblera. Debe ir encaminada al bien y a la edificación en la fe del otro. No es una tolerancia que surge del pasotismo y de la falta de interés, sino la tolerancia que sabe que, para ganar a una persona, hay que arroparla con un ambiente de amor, y no bombardearla con una batería de críticas.

(ii) La comunión cristiana debe tener como una de sus características *el estudio de la Palabra de Dios*. De allí debe proceder nuestro *ánimo*. Desde este punto de vista la Escritura nos provee de dos cosas: (a) Nos informa de la relación que Dios ha tenido con una nación, un informe que es la demostración de que siempre es mejor estar en buena relación con Dios y sufrir, que estar a bien con los hombres y evitarse problemas. Los acontecimientos de la historia de Israel demuestran que al final les va bien a los buenos y mal a los malos. La Biblia demuestra, no que el camino de Dios es siempre fácil, pero sí que a fin de cuentas es lo que hace que la vida tenga buenos resultados en el tiempo y en la eternidad. (b) Nos comunica las grandes y preciosas promesas de Dios. Se dice que

Alexander White tenía la costumbre de decir un versículo cuando se marchaba de una visita pastoral; y añadía: < Póntelo debajo de la lengua y chúpalo como un caramelo. > Estas son las promesas de un Dios que nunca falta a Su Palabra. De estas maneras la Biblia comunica al que la estudia consuelo en la aflicción y ánimo en la lucha.

(iii) La comunión cristiana debe tener como una de sus características *la entereza*, que es una actitud del corazón ante la vida. De nuevo nos encontramos con esta gran palabra *hypomoné*. Es mucho más que paciencia; es la capacidad victoriosa que puede con la vida; la entereza que no se limita a aceptar las cosas, sino que, al aceptarlas, las transforma en gloria.

(iv) La comunión cristiana debe tener como una de sus características *la esperanza*. El cristiano es siempre optimista, y nunca pesimista. La esperanza cristiana no es algo que no cuesta nada. No es la esperanza inmadura que es optimista porque no ve las dificultades ni se ha enfrentado con las experiencias de la vida. Se podría pensar que la esperanza es prerrogativa de los jóvenes; pero un gran artista no lo veía así. Cuando Watts pintó < La Esperanza >, la pintó como una figura combatida y asediada a la que sólo le quedaba una cuerda en la lira. La esperanza cristiana lo ha visto todo y lo ha sufrido todo; pero no desespera, porque cree en Dios. No es esperanza en el espíritu, la bondad o el éxito humanos, sino en el poder de Dios.

(v) La comunión cristiana debe tener como una de sus características *la armonía*. Por muy adornada que esté una iglesia, por muy perfectas que sean su liturgia y su música, por muy generosas que sean sus colectas, habrá perdido lo más esencial de la comunión cristiana si le falta la armonía. Esto no quiere decir que no debe haber diferencias de opinión, o que no deben producirse discusiones ni debates; pero sí quiere decir que los que están en la iglesia ya han resuelto el problema de la convivencia. Están absolutamente seguros de que el Cristo que los une es infinitamente más grande que las diferencias que puedan tener.

(vi) La comunión cristiana debe tener como una de sus características *la alabanza*. Una prueba certera para conocer a una persona es preguntar si el principal registro de su voz es la queja descontenta o la jubilosa acción de gracias. < ¿Qué puedo hacer yo, que soy un pobre vejete cojo decía Epicteto-, sino darle gracias a Dios? > El cristiano debe gozar de la vida, porque goza de Dios. Se llevará el secreto consigo mismo; porque siempre estará seguro de que Dios hace que todo contribuya a su bien.

(vii) Y la esencia de la cuestión es que la comunión cristiana tiene el ejemplo, la inspiración y la dinámica de Jesucristo. Él no se agradó a Sí mismo. La cita que hace Pablo está tomada del *Salmo 69:9*. Es significativo que, cuando Pablo habla de *soportar* las debilidades de otros, usa la misma palabra que se aplica a Cristo llevando la cruz (*bastazein*). Cuando el Señor de la Gloria eligió servir a otros en lugar de buscar su propia seguridad, estableció un modelo que debe aceptar todo el que trate de ser Su seguidor.

LA IGLESIA INCLUSIVA

Romanos 15:7-13

Así que, aceptaos mutuamente como Cristo os aceptó, para que Dios sea alabado. Lo que quiero decir es que Cristo se hizo servidor de la raza y de la manera judía de vivir por causa de la verdad de Dios, no sólo para garantizar las promesas que habían recibido los antepasados de Israel, sino también para que los gentiles alabaran a Dios por Su misericordia. Escrito está: «Por tanto, alabaré a Dios entre los gentiles y cantaré a Tu Nombre. » Y en otro lugar: «Regocijaos, gentiles, con Su pueblo. » Y en otro lugar: «Alabada Dios, vosotros todos los gentiles, y que todos los pueblos Le alaben. » E Isaías también dice: «Vivirá el Pimpollo de Jesé, es decir, el

Que ascenderá para gobernar a los gentiles; en Él pondrán los gentiles sus esperanzas.» ¡Que el Dios de esperanza os llene de la alegría y de la paz de la fe, para que reboséis esperanza por el poder del Espíritu Santo!

Pablo hace el último llamamiento para que todos los de la iglesia estén de consuno, para que los débiles y los fuertes en la fe se vean como parte del mismo cuerpo, para que judíos y gentiles vivan en perfecta comunión. Puede que haya diferencias, pero no hay más que un Cristo, y el lazo de unión es la común lealtad a Él. La Obra de Cristo fue para los judíos y para los gentiles. Nació judío y sometido a la Ley judía. Eso fue para que se cumplieran todas las grandes promesas que Dios había hecho a los antepasados del pueblo de Israel, y para que viniera la Salvación a los judíos en primer lugar. Pero Cristo vino no sólo para los judíos, sino para toda la humanidad.

Para probar que esto no son sus propias ideas heréticas, Pablo cita cuatro pasajes. Los cita de la *Septuaginta*, que era la versión griega del *Antiguo Testamento*. Los pasajes se encuentran en el *Salmo 18:50*; *Deuteronomio 32:43*; *Salmo 117:1*, e *Isaías 11:10*. En todos ellos encuentra Pablo anuncios antiguos de la entrada de los gentiles en la fe. Está convencido de que, de la misma manera que Jesucristo vino al mundo para salvar a todos los hombres, la Iglesia debe recibirlos a todos sin tener en cuenta sus diferencias. Cristo fue un Salvador incluyente, y por tanto Su Iglesia debe ser incluyente y no excluyente.

A continuación, Pablo vuelve a hacer resonar las notas clave del Evangelio. Las grandes palabras de la fe cristiana irradian su luz una tras otra.

(i) Está *la esperanza*. Es fácil a la vista de la experiencia desesperar de uno mismo. Y al considerar los acontecimientos es fácil desesperar del mundo. Alguien ha contado lo que sucedió en una iglesia en tiempos difíciles. Empezó la reunión el presidente con una oración: «Todopoderoso y eterno Dios, Cuya Gracia es suficiente para todas las necesidades», etcétera.

Cuando terminó, se empezó con el orden del día, y el presidente lo inició diciendo: < Caballeros, la situación de esta iglesia es totalmente desesperada, y no se puede hacer nada.» O su oración era vacía y sin sentido, o su afirmación posterior era falsa.

Hace ya mucho que se dijo que no hay situación desesperada, sino sólo personas que han llegado a una condición desesperada. Se dice que había una reunión del gabinete en los días aciagos de la última guerra, inmediatamente después de la capitulación de Francia, Winston Churchill presentó la situación en toda su negrura. El Reino Unido se había quedado solo. Hubo un profundo silencio cuando acabó de hablar, y en algunos rostros se dibujaba la desesperación; algunos de los presentes habrían optado por la rendición. Mr. Churchill recorrió con la mirada aquella triste compañía, y les dijo: « Caballeros, lo encuentro inspirador.»

Hay algo en la esperanza cristiana que no pueden apagar todos los augurios tenebrosos, y es la convicción de que Dios está vivo. Nadie está sin esperanza mientras exista la Gracia de Jesucristo; y no hay situación desesperada mientras exista el poder de Dios.

(ii) Está *el gozo*. El placer y el gozo son diferentes a más no poder. Los filósofos cínicos declaraban que el placer es el mal absoluto. Antístenes hizo la extraña afirmación de que «preferiría estar loco a estar contento.» Su argumento era que «el placer es sólo la pausa entre dos dolores.» Si uno tiene ansiedad por algo, eso es un dolor; si lo obtiene, satisface la ansiedad y se produce una pausa en el dolor; disfruta aquello, pero es un placer pasajero, y el dolor vuelve. Verdaderamente, así es como se experimenta el placer. Pero el gozo cristiano no depende de nada que esté fuera de nosotros; mana de la consciencia de la presencia del Señor Resucitado, de la certeza de que nada nos puede separar del amor de Dios en Él.

(iii) Está *la paz*. Los antiguos filósofos buscaban lo que llamaban *ataraxía*, la vida imperturbable. **Deseaban la serenidad que no pueden inquietar** ni los golpes adversos de la fortuna ni las punzadas molestas de la pasión. Se podría decir

que hoy **en día la serenidad es un paraíso perdido**. Hay dos 'cosas que la hacen imposible:

(a) *La tensión interior*. Se vive una vida distraída -porque la palabra *distraer* quiere decir literalmente «apartar, desviar, alejar» (DRAE); los componentes de la personalidad humana están dispersos y enemistados. Mientras llevemos dentro una guerra civil, una personalidad dividida, está claro que no puede haber serenidad. Sólo hay una salida a esta situación, y es rendirse a Cristo. Cuando Cristo está en control, la tensión desaparece.

(b) *La preocupación por las cosas externas*. Muchos viven apesadumbrados por los azares y avatares de la vida. Cuenta H. G. Wells que se encontraba una vez en un transatlántico en el puerto de Nueva York. Había mucha niebla, de la cual salió inesperadamente otro transatlántico, y los dos se pasaron a pocos metros de distancia. Se encontró de pronto cara a cara con lo que él llamaba la gran peligrosidad general de la vida. Es difícil no preocuparse, porque el ser humano es por naturaleza una criatura que mira hacia adelante con sospecha o miedo. Lo único que puede acabar con esa preocupación es la absoluta convicción de que, pase lo que pase, Dios no causará a sus hijos ninguna lágrima inútil. Nos pasarán cosas que no podamos entender; pero si estamos seguros del amor de Dios, las podremos aceptar con serenidad, aunque hieran el corazón o desazonen la mente.

(iv) Está *el poder*. Aquí tenemos la necesidad suprema del ser humano: no es que no sepamos lo que está bien; lo difícil es hacerlo. El problema consiste en salir al paso de las cosas y conquistarlas; hacer que se haga realidad lo que llama Wells « el esplendor secreto de nuestras intenciones.» Eso es algo que no podemos hacer solos. Sólo podremos dominar la vida cuando la marea del poder de Cristo cubre nuestra debilidad. Por nosotros mismos no podemos hacer nada; pero todo es posible con Dios.

LAS PALABRAS REVELAN AL HOMBRE

Romanos 15:14-21

Hermanos, yo estoy completamente seguro de que vosotros, tal como sois, estáis llenos de bondad, repletos de conocimiento y capacitados para daros buenos consejos unos a otros. Os escribo con un cierto atrevimiento, como si dijéramos, con el propósito de recordaros lo que ya sabéis. Mi razón para hacerlo es la gracia que Dios me ha dado al hacerme siervo de Jesucristo para con los gentiles y encomendarme el sagrado ministerio de proclamar el Evangelio; y mi propósito es hacer que los gentiles sean una ofrenda aceptable a Dios, consagrada por el Espíritu Santo. Ahora bien, como cristiano tengo una buena razón para sentir un legítimo orgullo en mi trabajo en el servicio de Dios. Puedo decir esto porque no me atrevería a hablar más que de las cosas que Cristo ha realizado por medio de mí, en palabra y en obra, por el poder de señales y milagros, y por el poder del Espíritu Santo, para traer a los gentiles a la obediencia a Cristo. Así es que, partiendo de Jerusalén y rodeando Ilírico, he llevado a cabo el anuncio de la Buena Noticia del Ungido de Dios. Pero siempre ha sido mi ambición anunciar la Buena Noticia, no donde ya se haya predicado el Nombre de Cristo; porque quiero evitar el construir sobre el cimiento que haya echado otro; sino más bien, como dice la Escritura: «Verán aquellos a los que no se han anunciado las Buenas Nuevas, y entenderán los que nunca las habían escuchado.»

Este es uno de los pasajes que revelan mejor el carácter de Pablo. Está llegando al final de la carta, y quiere preparar el terreno para la visita que espera hacerles pronto a los romanos. Aquí vemos algo por lo menos de su secreto para ganar almas.

(i) Pablo se nos revela como *un hombre de tacto*. No hay aquí ninguna reprensión. No se enfada con los hermanos de Roma ni adopta el tono de un maestro defraudado. Les dice sencillamente que no hace otra cosa que recordarles lo que ya saben muy bien, y les asegura que está convencido de que ellos están preparados para servir al Señor y a sus semejantes. Pablo estaba mucho más interesado en lo que un hombre podía llegar a ser que en lo que ya era. Veía los defectos con claridad meridiana, y los trataba con total fidelidad; pero todo el tiempo estaba pensando, no en la criatura desgraciada que era un hombre, sino en la espléndida criatura que podría llegar a ser.

Se cuenta que una vez Miguel Ángel, cuando se puso a tallar un imponente y deforme bloque de mármol, dijo que lo que quería era liberar al ángel que estaba prisionero en la piedra. Así era Pablo. No quería dejar a un hombre fuera de combate a golpes; no quería criticar para desanimar; hablaba con sinceridad y hasta con severidad, pero siempre con el deseo de ayudar al hombre a ser el que podía llegar a ser aunque todavía no había llegado a serlo.

(ii) La única gloria que Pablo se atribuía era que él era *siervo de Cristo*. La palabra que usa (*leiturgós*) es una gran palabra. En la antigua Grecia había ciertas obligaciones con el estado que se llamaban *liturgias* (*leiturgúai*), que unas veces se imponían y otras las asumían voluntariamente los que amaban al país. Había cinco de esos servicios voluntarios de los que se encargaban los ciudadanos patriotas.

(a) Uno era *joréguia*, que era el deber de proporcionar un coro. Cuando Esquilo, Sófocles y Eurípides estaban produciendo sus inmortales dramas, en cada uno de ellos intervenía un coro hablando en verso. Había grandes festividades como las de la Ciudad Dionisia en las que se representaban hasta dieciocho obras dramáticas nuevas. Los que amaban a su ciudad se ofrecían para reunir, mantener, instruir y equipar a un coro a sus expensas.

(b) Otro servicio era la *gymnasiarjía*. Los atenienses estaban divididos en diez tribus, y eran grandes atletas. En alguno.

de los grandes festivales había famosas carreras de antorchas en las que competían los equipos de las diferentes tribus. A veces hablamos todavía de *llevar* o de *pasar la antorcha*. El ganar la carrera de las antorchas era un gran honor, y había entusiastas que corrían con los gastos de seleccionar, mantener y entrenar al equipo que había de representar a su tribu.

(c) Otro servicio era la *hestiasis*. Había ocasiones en las que las tribus se reunían para compartir una comida y una fiesta común; y había hombres generosos que se encargaban de los gastos de tales concentraciones.

(d) Otro servicio era la *arjethoría*. A veces la ciudad de Atenas mandaba una embajada a otra ciudad, o a consultar el oráculo de Delfos o de Dodona. En tales ocasiones todo tenía que hacerse de forma que mantuviera el honor de la ciudad; y había patriotas que sufragaban voluntariamente los gastos de esas embajadas.

(e) Otro servicio era la *triérarjía*. Los atenienses eran el gran poder naval del mundo antiguo; y una de las cosas más patrióticas de las que uno se podía encargar era costear voluntariamente los gastos de mantenimiento de un trirreme o barco de guerra durante un año.

Ese es el fondo de la palabra *leiturgós*. En años posteriores, cuando se perdió el patriotismo, estas liturgias dejaron de ser voluntarias y se hicieron obligatorias. Más tarde la palabra llegó a usarse para cualquier clase de servicio; y más tarde todavía se reservó especialmente para el culto y el servicio de los dioses en los templos. Pero la palabra siempre conservó el matiz de servicio generoso. De la misma manera que en los tiempos antiguos un hombre ofrecía su fortuna en el altar del servicio a su querida Atenas, y lo consideraba un honor y una gloria, así Pablo se ponía todo él en el altar del servicio a Cristo, y estaba orgulloso de ser siervo de tal Señor.

(iii) Pablo se veía a sí mismo, en el mismo esquema de cosas, como *un instrumento en las manos de Cristo*. No hablaba de lo que había hecho él, sino de lo que Cristo había hecho con él. Nunca dijo de nada: « ¡Yo lo hice! » Siempre

decía: «Cristo me usó para hacerlo.» Se dice que el cambio en la vida de D. L. Moody llegó cuando fue a un culto y oyó decir al predicador: « ¡Está por ver lo que el Espíritu Santo podría hacer con un hombre que se le entregara totalmente y sin reserva! » Y Moody se dijo: « ¿Por qué no he de ser yo ese hombre? » Y todo el mundo sabe lo que el Espíritu de Dios hizo con D. L. Moody. Las cosas empiezan a suceder cuando una persona deja de pensar en lo que puede hacer por sí misma y empieza a pensar en lo que Dios puede hacer con ella.

(iv) La ambición de Pablo era ser *un pionero*. Se dice que, cuando Livingstone se ofreció voluntario a la Sociedad Misionera de Londres, le preguntaron adónde le gustaría ir. « Me da igual -contestó-, con tal de que sea hacia adelante. » Y cuando llegó a África le fascinaba el humo de mil poblados que veía en la distancia. La única ambición de Pablo era llevar la Buena Nueva de Dios a los que todavía no la habían escuchado. Usa el texto de *Isaías 52:15* para expresar su propósito. Un antiguo himno evangélico español expresa en el coro la misma voluntad:

¡Adelante siempre, - Adelante siempre!
Peleemos con valor,
¡Adelante siempre, - Adelante siempre!
Prosigamos con ardor
Con Jesús delante, - Con Jesús delante
Y es nuestra la victoria
Hasta verle en la gloria.
¡Adelante siempre!

Romanos 15:22-29

Y esa es la razón por la que en muchas ocasiones se me ha cerrado el camino para ir a vosotros. Pero ahora, puesto que ya no tengo más campo de trabajo en estas áreas, y dado que desde hace muchos años he tenido muchas ganas de ir a vosotros, cuando vaya a España espero veros de camino; y espero también, después de disfrutar por un tiempo de vuestra compañía, que me ayudéis a proseguir mi camino lo más pronto posible. Pero de momento voy de camino a Jerusalén para prestarles un servicio a los que están consagrados a Dios allí; porque Macedonia y Acaya han resuelto hacer una colecta para los pobres de entre los que están consagrados a Dios en Jerusalén, porque esa era su resolución, y es verdad que están en deuda con ellos; porque, si los gentiles han recibido una parte de los beneficios espirituales, ellos también están en deuda con ellos de prestarles servicio en las cosas materiales. Cuando haya llevado a cabo este asunto, y haya entregado debidamente completos los regalos que traigo para ellos, me pondré en camino hacia España pasando por vosotros. Sé que cuando vaya a veros, llegaré llevándoos una bendición abundante de parte de Cristo.

Aquí tenemos a Pablo hablando de sus planes inmediatos y más futuros.

(i) Su plan futuro era venir a España. Había dos razones por las que deseara venir. La primera era que España era la tierra más occidental de Europa. Era, en cierto sentido, el límite del mundo civilizado, y eso ya era suficiente para hacer que Pablo quisiera visitarla para predicar el Evangelio aquí. Pablo quería llegar con el Evangelio al NON PLUS ULTRA, al último extremo más allá del cual ya no se creía que había más tierras.

(ii) En aquel tiempo florecía en España una verdadera galaxia de genios. Muchos de los más grandes hombres del Imperio eran españoles: Lucano, el poeta épico; Marcial, el maestro del epigrama; Quintiliano, el más grande preceptor de oratoria de su tiempo. Sobre todos y sobre todo, Séneca, el gran filósofo estoico, preceptor y luego primer ministro de Nerón, era español. Puede que Pablo estuviera diciéndose a sí mismo que podrían suceder cosas maravillosas si España fuera ganada para Cristo.

(iii) Su plan inmediato era ir a Jerusalén. Había tenido un proyecto que era muy querido a su corazón: había organizado que se hiciera una colecta entre las iglesias más jóvenes para la iglesia madre de Jerusalén. No cabe duda de que esa colecta sería muy necesaria. En una ciudad como Jerusalén, muchos de los empleos disponibles tendrían relación con el Templo y sus servicios. Todos los sacerdotes y las autoridades del Templo eran saduceos, que eran los más acérrimos enemigos de Jesús. Por tanto, debe de haber sucedido que muchos, cuando se convertían a Cristo en Jerusalén, perdían el empleo y quedaban en la más completa necesidad. La ayuda que pudiera venirles de las iglesias más jóvenes sería un notable alivio. Pero había por lo menos otras tres razones de peso por las que Pablo tenía tanto interés en llevar aquella ofrenda a Jerusalén.

(a) Para él personalmente suponía el pago de una deuda y un deber. Cuando se llegó al acuerdo de que Pablo fuera el apóstol de los gentiles, lo único que le habían pedido los líderes de la iglesia de Jerusalén había sido que se acordara de los pobres (*Gálatas 2:10*). *< Cosa que siempre tuve mucho interés en hacer >* decía Pablo. Él no era un hombre capaz de olvidar un compromiso o una deuda; y ahora era el momento de cumplir, por lo menos en parte.

(b) No había mejor manera de demostrar prácticamente la unidad de la Iglesia. Era ésta una manera de enseñar a las iglesias más jóvenes que no eran unidades aisladas, sino miembros de una gran Iglesia que se extendía por todo el mundo. El valor de ayudar a otras iglesias consiste en que nos hace

recordar que no somos sólo miembros de nuestra iglesia local, sino también de la Iglesia universal.

(c) Era la mejor manera de aplicar la fe a la práctica. Era bastante fácil hablar de la generosidad cristiana; pero aquí se les ofrecía una oportunidad de pasar de las palabras a las obras.

Así es que Pablo está de camino a Jerusalén, y está preparándose para visitar España. No sabemos seguro si cumplió su deseo, porque en Jerusalén se enfrentó con grandes dificultades que le condujeron a un largo encarcelamiento y tal vez a la muerte. Es posible que este fuera un plan del gran pionero Pablo que nunca llegó a realizar.

CON LOS OJOS ABIERTOS ANTE EL PELIGRO

Romanos 15:30-33

Hermanos, os exhorto por nuestro Señor Jesucristo, y por el amor del Espíritu, que luchéis conmigo en oración a Dios por mí; porque necesito vuestras oraciones para no caer en poder de los de Jerusalén que no creen, y para que la ayuda que estoy llevando a Jerusalén resulte aceptable a los que están consagrados a Dios allí. Quiero que oréis para que en la voluntad de Dios pueda ir felizmente a vosotros, y disfrutar de un tiempo de descanso en vuestra compañía. ¡Que el Dios de paz sea con todos vosotros! Amén.

Llegamos al final del pasaje anterior diciendo que, por lo que nosotros sabemos, el proyecto de Pablo de ir a España nunca lo pudo realizar. Sabemos seguro que, cuando fue a Jerusalén, le detuvieron y pasó los siguientes cuatro años prisionero, dos en Cesarea y dos en Roma. Aquí se nos revela de nuevo la grandeza de su carácter.

(i) Cuando Pablo fue a Jerusalén, sabía lo que hacía y era plenamente consciente de los peligros que le acechaban

(Cp. Hechos 20:22ss; 21:10-14). Como su Maestro cuando «afirmó Su rostro para ir a Jerusalén» (Lucas 9:51, R-V), así hizo Pablo. El valor de más subido valor es el del que sabe que tendrá que arrostrar un grave peligro si cumple lo que considera su deber, y sin embargo sigue adelante. Ese es el valor del que dio muestra Jesús. Y ese es el valor que debemos tener todos los seguidores de Cristo, como lo tuvo Pablo.

(ii) En una situación así, Pablo pidió las oraciones de los cristianos de la iglesia de Roma. Es una gran cosa seguir adelante sabiendo que estamos arropados por las oraciones de los que nos aman. Aunque estemos materialmente a mucha distancia de los que amamos, ellos y nosotros nos podemos encontrar ante el Trono de la Gracia de Dios.

(iii) Pablo les deja su bendición y sigue adelante. Era sin duda todo lo que podía dar. Aunque no podamos hacer nada más, siempre podremos presentar a nuestros amigos y amados en oración a Dios.

(iv) Fue la bendición del Dios de paz la que Pablo envió a Roma, y fue en la presencia del Dios de paz como él mismo fue a Jerusalén, a pesar de todas sus amenazas. El que tiene la paz de Dios en el corazón se puede enfrentar sin miedo con todos los peligros de la vida.

UNA CARTA DE PRESENTACIÓN

Romanos 16:1, 2

Os presento a nuestra hermana Febe, que está al servicio de la iglesia de Cencreas. Confío en que la recibiréis en el Señor como nos debemos recibir mutuamente los que formamos parte del pueblo de Dios; y espero que la ayudéis en lo que le haga falta, porque

ella por su parte ha ayudado a muchos, entre ellos a mí.

Cuando uno solicita un empleo, es corriente que presente cartas de sitios donde ha trabajado o de personas que le conocen y que pueden dar informes de su carácter y habilidad profesional. Cuando una persona va a vivir en algún lugar nuevo para ella, se suelen llevar cartas de introducción de alguien que conoce a algunos de ese lugar. En el mundo antiguo estas cartas ya eran corrientes; se las llamaba *systatikai epístolas*, es decir, cartas de recomendación o de presentación. Se han conservado muchas de estas cartas, escritas en papiro, que se han encontrado en los antiguos basureros enterrados en las arenas del desierto en Egipto.

Un cierto olivicultor llamado Mysterion, por ejemplo, manda a un esclavo suyo con un encargo para un tal Stotoetis, jefe de los sacerdotes; y le da una carta de presentación que dice:

Mysterion a su apreciado Stotoetis: ¡Saludos cordiales! Te mando a mi Blastus para que me traiga aperos para mis olivares. No me le entretengas, que ya sabes que le necesito a todas horas.

A Stotoetis, sacerdote jefe de la isla.

Aquí Pablo escribe una carta de presentación de Febe a la iglesia de Roma.

Febe procedía de Cencreas, que era el puerto de Corinto. Algunas veces se la llama *diaconisa*; pero no es probable que Febe tuviera una posición oficial en el ministerio de la iglesia. No ha habido nunca un tiempo en el que el trabajo de las mujeres no fuera de un valor infinito. Esto debe de haber sido especialmente cierto en los tiempos de la Iglesia Primitiva. En los casos de bautismo por inmersión -que era la manera corriente entonces-, en las visitas a los enfermos y en la distribución de ayuda a los necesitados, las mujeres deben de haber representado un papel importante en la vida de las iglesias; pero no parece que tuvieran cargos oficiales en aquel tiempo.

Pablo encarga que se le dé la bienvenida a Febe: Pide a los cristianos de Roma que la reciban como los que están consagrados a Dios deben recibirse mutuamente. No debería haber extranjeros en la familia de Cristo; no deberían hacer falta las presentaciones formales entre los cristianos; porque son hijos e hijas del mismo Padre, y por tanto hermanos y hermanas entre sí. Y sin embargo la iglesia no es siempre la institución dispuesta a dar la bienvenida que debería ser. Es posible que las iglesias, y aún más las organizaciones eclesiásticas, se conviertan en grupitos exclusivistas que realmente no tienen interés en recibir a forasteros. Cuando venga uno a la nuestra -el consejo de Pablo sigue siendo relevante-, debemos hacer que se sienta bienvenido, como debe suceder entre los que son de Cristo.

UNA IGLESIA QUE ERA UNA FAMILIA

Romanos 16:3, 4

Dadle mis saludos a mis colaboradores en el Evangelio Prisca y Aquila, que se jugaron el cuello para salvarme la vida. No soy yo el único que les está agradecido, sino todas las iglesias de los gentiles; y transmitidle mi saludo a la iglesia que está en su casa.

No hay pareja más fascinante en todo el Nuevo Testamento que la formada por Prisca y Aquila. Algunas veces a Prisca se la llama Priscila -que debería decirse en español *Prisquilla*, porque es el diminutivo cariñoso de su nombre. Vamos a empezar por los hechos que sabemos de ellos con seguridad.

Aparecen por primera vez en *Hechos 18:2*. Por ese pasaje sabemos que antes habían sido residentes en Roma. Claudio había publicado un edicto en el año 52 d.C. desterrando a los judíos. El antisemitismo no es nada nuevo, y a los judíos se los odiaba en el mundo antiguo tanto como en el contemporáneo

a veces. Cuando fueron desterrados de Roma, Prisca y Aquila se quedaron en Corinto. Eran fabricantes de tiendas de campaña, que era también la profesión de Pablo, y éste encontró un verdadero hogar en la casa de ellos. Cuando salió de Corinto y se fue a Éfeso, Prisca y Aquila se fueron con él, y se instalaron allí (*Hechos 18:18*).

El primer incidente en que intervienen es característico. Había llegado a Éfeso un brillante intelectual que se llamaba Apolos; pero éste todavía no había comprendido del todo la fe cristiana. El caso es que Prisca y Aquila se le llevaron a su casa, y le ofrecieron amistad y enseñanza del Evangelio (*Hechos 18:24-26*). Desde el principio Prisca y Aquila eran personas que mantenían la puerta y el corazón abiertos.

La segunda vez que nos los encontramos están todavía en Éfeso. Pablo escribió desde allí su *Primera Carta a los Corintios*, y en ella manda saludos de Prisca y Aquila y de la iglesia que está en su casa (*1 Corintios 16:19*). Esto era mucho antes de que hubiera tal cosa como edificios que se usaran como iglesias; y la casa de Prisca y Aquila se usaba como el lugar de reunión de un grupo de cristianos.

La vez siguiente que tenemos noticias de ellos están en Roma. El edicto por el que Claudio había desterrado de Roma a los judíos había dejado de ser efectivo; y es probable que Prisca y Aquila, como otros muchos judíos, volvieran a sus antiguas casas y negocios, de los que habrían conservado las llaves como hicieron durante mucho tiempo los judíos que fueron expulsados de España en 1492. Descubrimos que Prisca y Aquila siguen siendo los mismos: otra vez hay un grupo de cristianos que se reúne en su casa.

La última vez que aparecen en el *Nuevo Testamento* es en *2 Timoteo 4:19*, y están en Éfeso otra vez; y uno de los últimos mensajes que mandó Pablo fueron sus saludos para esta pareja de cristianos que habían sido sus compañeros en muchos de los lances de su agitada vida.

Prisca y Aquila vivieron una vida curiosamente nómada y desarraigada. El mismo Aquila había nacido en el Ponto, en

Asia Menor (*Hechos 18:2*). La primera vez nos los encontramos en Roma; luego, en Corinto; después, en Éfeso; luego, otra vez en Roma, y finalmente, de nuevo en Éfeso; pero siempre que nos los encontramos, su casa es el centro de encuentro y de servicio de los hermanos cristianos. Todos los hogares cristianos deberían ser iglesias; porque una iglesia es un lugar donde se puede encontrar a Cristo. La casa de Prisca y Aquila, donde estuviera, irradiaba amistad y comunión y amor. Si uno es forastero o extranjero en algún lugar desconocido, una de las cosas que más apreciará será tener un hogar donde se sienta bien recibido y esté a gusto, lo más posible como en su propia casa. Eso disipa la soledad y protege contra la tentación. A veces puede que pensemos que el hogar es un sitio donde nos podemos encerrar dejando fuera al mundo; pero, por otra parte, un hogar debería ser un sitio con una puerta abierta. La puerta abierta, la mano abierta y el corazón abierto son características de la vida cristiana.

Hasta aquí lo que sabemos seguro de Prisca y Aquila; pero puede que haya algo aún más romántico en su historia. Hasta ahora, hay una iglesia en el Aventino de Roma que se llama la Iglesia de Santa Prisca. También hay un cementerio que se llama de Priscilla, y es el cementerio de la antigua familia Acilia. Allí fue enterrado Acilio Glabrio, que fue cónsul de Roma en el año 91 d.C., el puesto más honorable que se podía conceder a un romano; y parece ser que murió como mártir cristiano. Debe de haber sido uno de los primeros nobles romanos que se convirtieron al Cristianismo y dieron su vida por su fe. Ahora bien: cuando un esclavo recibía la libertad en el Imperio Romano se enrolaba en una de las grandes familias y tomaba uno de los nombres de ésta como propio. Uno de los nombres más frecuentes de mujer en la familia Acilia era Prisca; y Acilius se escribe a veces Aquilius, que está muy próximo a Aquila. Aquí nos encontramos con dos posibilidades fascinantes:

(i) A lo mejor Prisca y Aquila recibieron la libertad de algún miembro de la familia Acilia, en la que tal vez habían sido

esclavos. ¿No serían ellos los que sembraron la semilla del Evangelio en aquella familia, de tal manera que uno de ellos, nada menos que el cónsul romano Acilio Glabrio, se convirtió y fue mártir de Cristo?

(ii) Y hay otra posibilidad todavía más romántica. Es curioso que en cuatro de los seis lugares en los que aparece la pareja en el *Nuevo Testamento* se nombre a Prisca en primer lugar, aunque lo normal habría sido poner el nombre del marido delante del de la mujer, como cuando decimos nosotros «el señor y la señora Rodríguez.» Existe la posibilidad de que se hiciera así porque Prisca no era una liberta, sino una dama de la nobleza, perteneciente por nacimiento a la familia Acilia. Es posible que, en alguna reunión de los cristianos, esta gran señora romana conoció a Aquila, el humilde judío fabricante de tiendas de campaña; que se enamoraron; que el Evangelio echó abajo las barreras de raza y rango y riqueza y nacimiento, y que estos dos, la aristócrata romana y el artesano judío, unieron sus vidas para siempre en el amor y en el servicio cristiano.

De estas suposiciones no podemos estar seguros del todo, aunque uno quisiera que fueran verdad; pero podemos estar seguros de que había muchos en Corinto, en Éfeso y en Roma que debían sus almas a Prisca y Aquila, y al hogar de ambos que era también una iglesia.

UN ELOGIO PARA CADA NOMBRE

Romanos 16:5-11

Dad mis saludos a mi querido Epeneto, que fue el primero que se convirtió a Cristo en Asia. Dad mis saludos a María, que ha trabajado mucho entre vosotros. Dad mis saludos a mis parientes y compañeros de presidio Andrónico y Junia, que son muy apreciados entre los apóstoles y son cristianos desde antes que yo.

Dad mis saludos a Ampliato, amado mío en el Señor.

Dad mis saludos a nuestro colaborador cristiano Urbano, y a mi querido Estaquío. Dad mis saludos a Apeles, cristiano íntegro. Dad mis saludos a todos los de la familia de Aristóbulo. Dad mis saludos a mi pariente Herodión. Dad mis saludos a los de la familia de Narciso que son creyentes.

No hay duda de que detrás de cada uno de estos nombres se esconde una verdadera saga cristiana. Ninguna de ellas nos es conocida, pero podemos imaginarnos algunas. En este capítulo hay veinticuatro nombres personales y dos cosas interesantes que notar:

(i) De los veinticuatro, seis son mujeres. Esto vale la pena recordarlo; porque algunos acusan a Pablo de ser *machista* y de minimizar el papel de las mujeres en la iglesia. Si de veras queremos conocer la actitud de Pablo, debemos leer un pasaje como éste, en cada una de cuyas líneas se trasluce el aprecio de Pablo hacia la labor que las mujeres están realizando en la iglesia.

(ii) Trece de los veinticuatro nombres figuran en inscripciones o en documentos que tratan del palacio del Emperador de Roma. Aunque varios son bastante corrientes, este hecho es muy sugestivo. En *Filipenses 4:22* Pablo habla de los santos de la casa del César. Puede que fueran en su mayoría esclavos; pero aun así es importante que el Evangelio parece haber penetrado desde tan al principio en el palacio imperial.

Andrónico y Junias forman una pareja interesante, porque es probable que Junias sea un nombre de mujer. Eso querría decir, ¡nada menos!, que en la Iglesia Primitiva se podía incluir a una mujer entre los apóstoles. Los apóstoles, en este sentido, eran personas que la iglesia mandaba al mundo a predicar el Evangelio. Pablo dice que Andrónico y Junias eran cristianos desde antes que él. Eso quiere decir que se remontarían a los días de Esteban; deben de haber estado en contacto con la iglesia de los primeros días en Jerusalén.

Detrás del nombre de Ampliato puede que se esconda una historia interesante. Es corriente como nombre de esclavo. Ahora bien: en el cementerio de Domitila, que es el más antiguo de las Catacumbas, hay una tumba decorada, dedicada exclusivamente a *Ampliatius*. Los ciudadanos romanos tenían tres nombres: el *nomen*, el *praenomen* y el *cognomen*-, lo cual podría indicar que este Ampliatius, que no tenía más que uno, era un esclavo. Pero la decoración de la tumba y la distinguida escritura nos hacen pensar que se trataba de una persona de alto rango en la iglesia. De ahí se deduce que, desde los primeros días de la Iglesia, las diferencias de rango estaban tan borradas que era posible que un hombre fuera al mismo tiempo un esclavo y un príncipe de la Iglesia. Las diferencias sociales no contaban. No podemos asegurar que este Ampliatius al que manda saludos Pablo fuera el mismo que el del cementerio de Domitila; pero no es imposible.

La casa de Aristóbulo puede también ser una referencia que encierra una historia interesante. En Roma, *la casa* no describía solamente la familia o los parientes de una persona, sino que incluía también a sus servidores y esclavos. En Roma hacía tiempo que vivía un nieto de Herodes el Grande que se llamaba Aristóbulo. Siempre había vivido como un mero particular, y no había heredado nada de los dominios de Herodes; pero era amigo personal del emperador Claudio. Cuando murió Aristóbulo, sus servidores y sus esclavos pasarían a ser propiedad del Emperador, pero formarían una sección conocida como *la casa de Aristóbulo*. Así que esta frase puede describir a los servidores y esclavos judíos que antes habían pertenecido a Aristóbulo, el nieto de Herodes, y que habían pasado a ser propiedad del Emperador. Esto resulta más probable por los dos nombres entre los que se encuentra. *Apeles* puede ser la forma griega del nombre de un judío que se llamara *Abel*, y *Herodión* está claro que sería el que correspondiera a uno relacionado con la familia de Herodes.

La casa de Narciso también puede que encierre una historia interesante. Narciso era un nombre bastante corriente; pero el

Narciso más famoso era un liberto que había sido secretario del emperador Claudio y había tenido una considerable influencia. Se decía que había amasado una fortuna privada que equivaldría ahora a miles de millones de pesetas. Adquirió tanto poder porque toda la correspondencia dirigida al Emperador tenía que pasar por sus manos, así es que de él dependía que llegara a su destino; los sobornos para que las peticiones de la gente llegaran al Emperador iban engrosando la fortuna personal de Narciso. Cuando Claudio fue asesinado y Nerón ocupó su puesto, Narciso sobrevivió un poco de tiempo, pero al final se le obligó a cometer suicidio, y su fortuna y casa pasaron a ser propiedad de Nerón. Puede que aquí se haga referencia a sus servidores y esclavos. Si Aristóbulo era de veras el nieto de Herodes, y si Narciso era el que había sido secretario de Claudio, esto querría decir que muchos de los esclavos de la corte imperial ya eran cristianos. La levadura del Evangelio había llegado a los círculos más altos del Imperio.

SAGAS QUE SE RECUPERAN

Romanos 16:12-16

Dadle mis saludos a Trifena y a Trifosa, que trabajan mucho en el Señor. Dadle mis saludos a la querida Pérsida, que ha trabajado mucho en el Señor. Dadle mis saludos a Rufo, escogido del Señor, y a su madre, que me trató como a un hijo. Dadles mis saludos a Asíncrito, Flegonte, Hermas, Patrobas, Hermes, y a los hermanos que están con ellos. Dadles mis saludos a Filólogo, Julia, Nereo y su hermana, Olimpas, y todos los consagrados que están con ellos. Saludaos unos a otros dándoos unos a otros de mi parte el beso de los consagrados a Dios. Todas las iglesias cristianas os mandan recuerdos.

No cabe duda que todos estos nombres encerrarán sagas; pero sólo podemos aventurarnos a recuperar las de unos pocos.

(i) Cuando Pablo manda saludos para Trifena y Trifosa -que es probable que fueran mellizas, por la semejanza de sus nombres-, lo hace con una sonrisa; porque la forma en que lo dice suena a una graciosa contradicción en términos. En esta lista de saludos Pablo usa tres veces una cierta palabra griega refiriéndose al trabajo cristiano. La usa de María (versículo 6), y de Trifena y Trifosa y de Pérsida en este pasaje. Es el verbo *kopian*, que quiere decir *ajetrase hasta el agotamiento, matarse a trabajar*. Eso es lo que Pablo dice que Trifena y Trifosa tenían costumbre de hacer; y lo curioso es que *Trifena y Trifosa* quieren decir respectivamente *melindrosa y melosa*. Es como si dijera: «Vosotras dos os llamáis *melindrosa y melosa*; ¡pero dais un mentís a vuestros nombres *trabajando como negras* en la causa de Cristo!» Podemos figurarnos a Pablo guiñándole el ojo a su amanuense al dictarle este saludo.

(ii) Una de las sagas más gloriosas ocultas en el *Nuevo Testamento* se encierra en el nombre de Rufo, y su madre, que se portó como una madre con Pablo. Está claro que Rufo era conocido y apreciado por su simpatía y santidad en la iglesia de Roma; y también está claro que Pablo reconocía una deuda de gratitud que tenía con la madre de Rufo por la amabilidad y los cuidados que le había deparado. ¿Quién era Rufo?

Vayamos a *Marcos 15:21*. Allí leemos que los soldados romanos que iban conduciendo a Jesús al Calvario obligaron a un cierto Simón Cireneo a llevar la cruz; y se le describe como *el padre de Alejandro y Rufo*. Ahora bien: si a ese hombre se le identifica por los nombres de sus hijos, está claro que, aunque a él no se le conociera en aquella comunidad a la que se está contando aquello, sus hijos sí eran conocidos. ¿A qué iglesia dedicó Marcos su *Evangelio*? A la de Roma; y daba por

sentado que allí sabían quiénes eran Alejandro y Rufo. Es casi seguro que el Rufo que se menciona aquí era el hijo de aquel Simón Cireneo que llevó la cruz de Jesús.

Aquel habría sido un día terrible para Simón. Era judío,

natural de Cirene, en el Norte de África. Es probable que se hubiera pasado media vida ahorrando para poder ir alguna vez a celebrar la Pascua en Jerusalén. Cuando por fin lo pudo hacer, cuando estaba a punto de entrar en la ciudad con el corazón emocionado por la solemnidad de la fiesta, de pronto un soldado romano le puso la espada plana en el hombro, que era la señal de que se le confiscaba para un servicio... y se encontró llevando la cruz de un criminal. ¡Cómo se cambiaría su elevada emoción espiritual por el resentimiento que le causaba aquella indigna humillación! ¡Haber venido de Cirene para esto! ¡Él, que pensaba solamente en participar de la gloria de la Pascua, y tenía que hacer algo tan terrible y vergonzoso! ¡Tiraría la cruz al suelo con rabia al llegar al Calvario, y se marcharía con odio en el corazón?

Algo como lo que intuyó y nos contó Gabriel Miró en sus *Figuras de la Pasión del Señor* debe de haber sucedido. En el camino del Calvario, el encanto sobrenatural de la figura quebrantada de Jesús habrá ido echando sus zarcillos alrededor del corazón del Cireneo. Probablemente se quedaría para ver más, y la figura del Crucificado le atrajo a Sí para siempre. Aquel encuentro «casual» en el camino del Calvario cambió la vida de Simón. Había ido a Jerusalén para participar allí de la Pascua, ¡y cómo cumplió Dios su deseo! Allí y entonces conoció al Que había venido para hacer realidad todo lo que la Pascua anunciaba y representaba, al Cordero de Dios Que quita el pecado del mundo, Cristo, nuestra Pascua. Volvería a casa, y compartiría su experiencia con su mujer e hijos de tal manera que también ellos creerían.

Podemos entretener toda clase de especulaciones. Fueron hombres *de Chipre y de Cirene* los que fueron a Antioquía y anunciaron el Evangelio por primera vez a los gentiles (*Hechos 11:20*). ¿Era Simón uno de los de Cirene? ¿Estaba Rufo con él entre los que dieron aquel gigantesco paso de fe de hacer que el Cristianismo ofreciera la Salvación a toda la humanidad? ¿Estaban ellos entre los que soltaron las amarras del Cristianismo del muelle de Israel? ¿Será posible que los gentiles

debamos el ser cristianos hoy al extraño episodio del hombre de Cirene al que obligaron a llevar una cruz al Calvario?

Vayamos ahora a Efeso en aquel día en que produjeron un tremendo disturbio los industriales que tenían montado un muy próspero negocio en torno a la diosa Diana de los Efesios, cuando la multitud habría linchado a Pablo si le hubiera echado mano. ¿Quién salió a enfrentarse con aquel gentío enfurecido? Uno que se llamaba Alejandro (*Hechos 19:33*). ¿Sería el otro hermano, arrojándolo todo por Jesús con Pablo?

Y en cuanto a la madre, no cabe duda de que en momentos de necesidad debe de haber brindado a Pablo la ayuda y la hospitalidad que su propia familia le rehusó desde el día que creyó que el Crucificado era el Mesías. Puede que nos estemos pasando en algunos detalles, porque Alejandro y Rufo eran nombres bastante corrientes; pero no nos podemos pasar al suponer que aquel encuentro < casual » en el camino del Calvario produjo consecuencias maravillosas, de las que seguimos beneficiándonos.

(iii) Todavía nos queda otro nombre que tal vez encierre una historia todavía más sorprendente, el de Nereo. El año 95 d.C. tuvo lugar un suceso que escandalizó a toda Roma. Dos de las personas más distinguidas de la ciudad fueron condenadas a muerte por ser cristianas. Eran Flavio Clemente, que había sido cónsul de Roma, y su esposa Domitila, que era de sangre real. Era nieta del emperador Vespasiano, y sobrina del actual emperador, Domiciano. De hecho, los dos hijos de Flavio Clemente y Domitila habían sido designados como sucesores de Domiciano en el poder imperial. Flavio fue ejecutado, y Domitila fue desterrada a la isla de Pontia, donde unos años después Paula vio la cueva en la que « Domitila arrastró su largo martirio por el nombre de Cristo. »

Lo curioso del caso es que el mayordomo de Flavio y Domitila se llamaba Nereo. Es posible que el esclavo Nereo fue el instrumento para que el ex cónsul Flavio Clemente y la princesa de sangre real Domitila se convirtieran al Cristia-

nismo. Nereo era un nombre bastante corriente, pero la suposición es posible.

Hay otro hecho de interés que añadir a esta historia. Flavio Clemente era hijo de Flavio Sabino, que era el prefecto de Roma cuando Nerón persiguió sádicamente a los cristianos después de acusarlos de haber provocado el terrible incendio de Roma del año 64 d.C. Como prefecto de la ciudad, Flavio Sabino tiene que haber sido el oficial encargado de la persecución. Fue entonces cuando Nerón ordenó que se cubriera de brea a los cristianos y se les prendiera fuego para servir de antorchas vivas en sus jardines, o que se los cubriera de pieles de animales y se les lanzaran los salvajes perros entrenados para la caza mayor, o que los encerraran en navíos que luego se hundían en las aguas del Tíber. Es posible que, treinta años antes de morir por Cristo, el joven Flavio Clemente presenciara el valor inquebrantable de los mártires, y se preguntara qué los hacía arrostrar así las muertes más horribles.

¡Cinco versículos de saludos y nombres que nos revelan sagas que alucinan el corazón!

LA ÚLTIMA APELACIÓN DEL AMOR

Romanos 16:17-20

Hermanos, os advierto que tenéis que tener cuidado con los que, apartándose de la enseñanza que han recibido, causan disensiones y ponen tropiezos en vuestro camino para haceros caer. No tengáis nada que ver con ellos. Tales personas no están realmente al servicio de Cristo nuestro Señor, sino sólo de su propia codicia. Con halagos y buenas palabras engañan los corazones de los inocentes. Sé que sabréis lo que tenéis que hacer con tales personas, porque el informe de vuestra obediencia ha llegado a todo el mundo. Así que me alegro de cómo sois. Quiero que seáis expertos en el

bien e ignorantes en el mal. ¡El Dios de paz derribará pronto a Satanás a vuestros pies! ¡La Gracia del Señor Jesucristo sea con vosotros!

A Pablo le resultaba difícil ponerle punto final a su *Carta a los Romanos*. Ya había mandado saludos; pero antes de terminar incluye una última apelación a los cristianos de Roma para que se guarden de las malas influencias. Escoge dos características de las personas que son dañinas para la iglesia y la comunión cristiana.

(i) Son personas que causan divisiones entre los hermanos. Los que hacen cosas que alteran la paz de la iglesia tendrán que dar cuenta. Cierta pastor estaba una vez hablando a uno que acababa de llegar a su congregación de otro pueblo. Estaba claro que el tipo aquel tenía poco amor de Cristo. Le dijo al pastor: «¿Conoce usted tal y tal iglesia?» -refiriéndose a la anterior de la que había sido miembro. Cuando el pastor asintió, prosiguió con malvada complacencia: «Bueno, ¡yo la hice polvo!» Hay personas que se complacen en causar problemas, y les encanta sembrar cizaña. La que ha producido disensión en una compañía de hermanos tendrá que dar cuenta algún día al Que es Rey y Cabeza de la Iglesia.

(ii) Hay personas que ponen tropiezos en el camino de los demás. El que se lo pone más difícil a otro el ser cristiano, también tendrá que dar cuenta. Si la conducta de alguien es un mal ejemplo, o su influencia es una trampa, o su enseñanza diluye o tergiversa la fe cristiana que pretende defender, esa persona no quedará sin castigo. Y no será ligero, porque ya se lo advirtió Jesús a los que hagan tropezar a uno de Sus pequeñitos.

Hay dos palabras interesantes en este pasaje. (a) Una es la que hemos traducido por *halagos* (*jréstologuía*). Los mismos griegos definían a un *jréstólogos* como «uno que habla bien pero actúa mal.» Es la clase de persona que, tras una fachada de palabras piadosas, ejerce una mala influencia que desvía, no mediante un ataque directo, sino rastreramente; que pretende

ser servidor de Cristo, pero lo que hace en realidad es destruir la fe. (b) La otra palabra es la que hemos traducido por *incontaminado de nada malo* (*akeraios*), que se usa de un metal puro y sin aleaciones, o del vino o la leche a los que no se ha añadido agua. Describe algo que es puro y sin contaminación, «limpio de polvo y paja.» El cristiano es alguien cuya integridad ha de estar fuera de toda duda.

Una cosa hay que notar en este pasaje. Está claro que los problemas latentes en la iglesia de Roma no han salido a la luz. Pablo, desde luego, dice que cree que la iglesia romana está capacitada para resolverlos. Era un pastor precavido, porque creía firmemente que prevenir es mejor que curar. A veces en una iglesia o sociedad se deja desarrollar una mala situación porque nadie tiene valor para exponerla; y a menudo, cuando ya se ha desarrollado es demasiado tarde para resolverla. Es bastante fácil apagar un fuego localizado cuando empieza, pero casi imposible cuando ya es todo un bosque lo que está ardiendo. Pablo tenía la sabiduría necesaria para atajar una situación peligrosa.

El pasaje cierra con algo muy sugestivo. Pablo dice que *el Dios de paz* derribará pronto a Satanás, el poder del mal. Debemos fijarnos en que la paz de Dios es la paz de la acción y de la victoria. Hay una clase de paz que se puede obtener al precio de evadir todos los problemas y decisiones, una paz que viene del letargo de la inactividad. El cristiano debe recordar siempre que la paz de Dios no es la paz que se ha sometido al mundo, sino la que ha vencido al mundo.

SALUDOS

Romanos 16:21-23

Mi colaborador Timoteo os manda recuerdos, lo mismo que mis parientes Lucio, Jasón y Sosípater. (Yo Tercio, el que he escrito esta carta, también os mando

mis saludos en el Señor). Gayo, que ofrece hospitalidad no sólo a mí sino también a toda la iglesia, os manda recuerdos, lo mismo que el hermano Cuarto.

Es tentador intentar identificar al grupo de amigos que mandan recuerdos. Timoteo era el brazo derecho de Pablo, el que Pablo veía como su sucesor y del que diría más tarde que era el que estaba más identificado con él (*Filipenses 2:19, 20*). Lucio es posible que fuera el Lucio de Cirene que era uno de los profetas y maestros de Antioquía que mandaron a Pablo y Bemabé en su primer viaje misionero (*Hechos 13:1*). Jasón puede que sea el que dio hospitalidad a Pablo en Tesalónica y sufrió por ello a manos de la multitud (*Hechos 17:5-9*). Sosípater puede que fuera el Sópater de Berea que llevó la colecta de su iglesia con las de las otras a Jerusalén con Pablo (*Hechos 20:4*). Gayo puede que fuera uno de los dos que bautizó Pablo en Corinto (*1 Corintios 1:14*).

Por primera y única vez, sabemos el nombre del amanuense que escribió esta carta al dictado de Pablo, porque introduce aquí su saludo personal. Todos los grandes hombres han dependido de la humilde ayuda de otros para llevar a cabo su labor. Nos son desconocidos los nombres de los que hicieron las veces de secretarios para Pablo en otras ocasiones, así es que Tercio es el representante de los todos los amanuenses de Pablo.

Una de las cosas más interesantes de este capítulo es la manera en que Pablo nos retrata a las personas con una sola frase. Aquí tenemos dos de esas descripciones resumidas: Gayo es un hombre que practica la hospitalidad, y Cuarto es un hermano. Es una gran cosa el pasar a la Historia como persona que mantuvo su casa abierta a los forasteros, o por haber sido un hombre de corazón fraternal. Algún día alguien resumirá nuestra personalidad en una frase. ¿Qué dirá esa frase?

LA ALABANZA FINAL

Romanos 16:25-27

A Aquel que es poderoso para hacer que os mantengáis firmes como promete el Evangelio que yo predico y ofrece el Mensaje que nos trajo Jesús, de la manera que se desvela ahora el secreto que estuvo envuelto en silencio largas edades pero que ahora aparece totalmente al descubierto y se está dando a conocer a todos los gentiles -como dijeron que sucedería los escritos de los profetas, y ahora Dios manda que sea- para que Le ofrezcan la sumisión que nace de la fe: ¡al único sabio Dios, por medio de Jesucristo, sea la gloria para siempre! Amén.

La *Carta a los Romanos* termina con una doxología que es también el sumario del Evangelio que Pablo amaba y predicaba.

(i) El Evangelio nos permite mantenernos firmes. «Hijo de hombre -dijo Dios a Ezequiel-, ponte en pie para que Yo hable contigo» (*Ezequiel 2:1*). El Evangelio es el poder que nos permite mantenernos invictos frente a todos los golpes del mundo y los ataques de la tentación.

Un periodista relata un incidente de la guerra civil española. Había una pequeña guarnición de hombres sitiados. El fin estaba cerca, y algunos querían rendirse para salvar la vida; pero otros querían seguir resistiendo. El dilema se resolvió cuando un alma noble declaró: « Es mejor morir de pie que vivir de rodillas.»

La vida puede ser difícil; a veces abate con sus golpes. La vida puede ser peligrosa; a veces es fácil caer en los lugares resbaladizos de la tentación. El Evangelio es el poder de Dios para salvar; ese poder que nos mantiene erguidos, hasta cuando la vida se presenta de la peor manera más amenazadora posible. La vida no nos puede separar del amor que Dios

nos ha mostrado en nuestro Señor Jesucristo (*Romanos 8:38, 39*).

(ii) Es el Evangelio que predicaba Pablo y que ofreció Jesucristo. Es decir: el Evangelio tiene su origen en Cristo, y lo transmiten las personas. Sin Jesucristo no podría haber Evangelio; pero si no hay personas que lo transmitan, otras personas no lo llegarán a conocer. El deber cristiano consiste en que, en cuanto Cristo nos encuentra, nosotros vayamos a encontrar a otros para Cristo. Cuando Jesús encontró a Andrés, *Juan* nos dice: «Lo primero que hizo éste fue salir al encuentro de su hermano Simón para decirle: « ¡Hemos encontrado al Mesías!» (*Juan 1:40-42*).

Aquí tenemos el privilegio cristiano y el deber cristiano. El privilegio cristiano es apropiarnos el Evangelio para nosotros; y el deber cristiano, que no sea sólo para nosotros, sino que se lo transmitamos a otros.

Una leyenda famosa nos cuenta que Jesús, después de la Cruz y de la Resurrección, volvió a Su gloria, con las señales de Sus sufrimientos. Uno de los ángeles le dijo:

-Tienes que haber sufrido terriblemente por la gente de ahí abajo. ¿Ya saben todos los seres humanos lo que has hecho por ellos?

-No -respondió Jesús-, todavía no. Hasta ahora sólo lo saben unos pocos.

-Y -siguió preguntando el ángel-, ¿qué has hecho para que todos lo sepan?

-Bueno dijo Jesús-, les he dicho a Pedro, Santiago, Juan y los demás; que se dediquen a contárselo a todo el mundo, hasta que lo sepan hasta los que viven en el último rincón de la Tierra.

El ángel se quedó pensativo, porque sabía lo despistados que son los seres humanos.

-Sí -siguió diciendo-; pero, ¿y si se les olvida a esos? ¿Y si se cansan de decírselo a otros? ¿Qué pasará si, allá para el siglo XX, los que saben la historia de Tu amor Te fallan

y dejan de contársela a otros? ¿Qué pasará entonces? ¿Es que no has hecho ningún otro plan?

-No he hecho ningún otro plan. *Cuento con ellos. Me fío de ellos* -fue la respuesta de Jesús.

Jesús murió para darnos el Evangelio; y ahora cuenta con nosotros para transmitírselo a todos los demás.

(iii) El Evangelio es la consumación de la Historia. Es algo que existía desde todos los tiempos, y que ha venido y se ha revelado al mundo en la Persona de Jesucristo. Algo absolutamente nuevo sucedió cuando Jesús vino al mundo: la eternidad invadió al tiempo y Dios apareció en la Tierra. Su venida fue el acontecimiento al que se dirigía toda la Historia anterior y del que fluye toda la Historia posterior. Después de la venida de Cristo, el mundo ya no puede seguir siendo el mismo. Fue el acontecimiento central de la Historia, y por eso fechamos el tiempo en *antes de Cristo y después de Cristo, a. C. y d. C.* Es como si, con Su venida, la vida y el mundo empezaran de nuevo otra vez.

(iv) El Evangelio es para *toda* la humanidad, y así ha sido *siempre*. No solamente para los judíos; su salida a todo el mundo no fue algo que ocurrió después. «De tal manera amó Dios al mundo», y no solamente a Israel. Los profetas, tal vez sin darse cuenta del todo, intuyeron y anunciaron el tiempo en que todos los pueblos conocerían a Dios. Ese tiempo no ha llegado todavía; pero es el propósito de Dios que algún día Su conocimiento cubra toda la Tierra como las aguas cubren el mar, y es nuestro privilegio el colaborar en que el propósito de Dios se haga realidad.

(v) El Evangelio conduce al mundo a la obediencia, a ser el mundo en el que Dios es el Rey. Pero esa obediencia no la impone una ley de hierro que quebranta al que se opone; es una obediencia que brota de la fe, una rendición que es la conquista y el resultado del amor.

Para Pablo, el cristiano no es uno que se ha rendido a un poder ineludible, sino uno que se ha enamorado del Dios que

ama a todos, y Cuyo amor se ha revelado para siempre en Jesucristo.

Así termina el largo argumento de la *Carta a los Romanos*: con un cántico de alabanza al Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo.